

# EL ESPAÑOL

3 Ptas.

162

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 24 febrero - 2 marzo 1957 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Núm. 436

## ESCUELA DE HEROES



ACADEMIA GENERAL:  
VIRTUDES, LAS DE SIEMPRE,  
Y LA TECNICA, AL DIA

UN VIAJE DE FELIPE DE EDIMBURGO QUE DURARA CIENTO DIECISIETE DIAS (pág. 51)

Rodrigo Leile de Faria, un voluntario portugués en España (Pág. 9). — La materia prima: el hombre (Pág. 13). — Entrevista con Rodrigo Rojo (Pág. 17). — Historia del traje talar (Página 21). — Crónica viajera por La Alpujarra (Página 27). — Un Colegio Mayor para estudiantes que trabajan (Pág. 33). — Entrevista con Teodoro Delgado (Pág. 43). — El libro que es menester leer: "Jesús", por Jean Guilton (Pág. 47). — Acción de Francia en Cataluña (Pág. 55). — "Gabrielle", novela, por Luys Santamarina (Página 38)

LA COLUMNA VERTEBRAL DE LA PATRIA



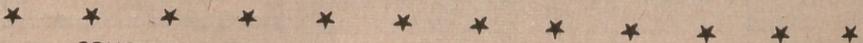
*El primer estornudo*

Un estornudo aislado puede no ser nada; a lo sumo, acción refleja de cualquier estorbo respiratorio pasajero. Pero el «primer» estornudo, en cambio, puede ser mucho. Por lo pronto, su repetición indica que la causa no ha desaparecido. La mucosa está inflamada por algo. Será peligroso no desinfectar inmediatamente la garganta con Antiséptico Listerine. Está comprobado su gran poder germicida. Y también que, usado a tiempo, evita muchas afecciones respiratorias y calma o corta otras.



# ANTISEPTICO LISTERINE

**DESINFECTA BOCA Y GARGANTA**



CONCESIONARIOS: FEDERICO BONET, S. A. - INFANTAS, 31 - MADRID



# ESCUELA DE HEROES

## ACADEMIA GENERAL: VIRTUDES, LAS DE SIEMPRE, Y LA TECNICA AL DIA

### LA COLUMNA VERTEBRAL DE LA PATRIA



En épocas duras ha sido ordenado el cierre de la Academia. El general Franco, su director de entonces, pronuncia el último discurso

A cinco kilómetros de Zaragoza, sobre una leve loma al lado de la carretera de Francia, está la Academia General, un conjunto de edificios que se corteja con vistosos y bien cuidados jardines. No es muy alto el terreno, pero si tiene el suficiente dominio de horizonte para poder contemplarse el amplio valle, verde y jugoso, que se extiende desde los cerros del campo de San Gregorio hasta la bien lejana sierra de Alcubierre. Un campo, en verdad, que a través del nebuloso cendal de esta mañana de febrero se presenta rico, vegetante, productor y abierto, con los entrecortados trazos, como decoración artificial, de los caseríos de San Juan de Mozarrifar, pueblo nutrido por el valle como su vecino Villanueva de Gállego.

Lo Academia, los edificios de la Academia, miran al valle, porque atrás, a sus espaldas, se encrespa, no con mucha bravura però sí con dureza de suelo, el campo de San Gregorio, ondulado, de cerros anchos y no altos, rebelde a la vida y hasta el extremo de que los pinos allí plantados hoy se muestran a la vista como un eczema vegetativo de su tierra pelada. Pero este campo cumple también su misión, es el lugar de ma-

niobras tanto de la Academia como de la guarnición de Zaragoza.

Apenas se cruza las no estrechas portadas, de verja de hierro, con ánimo de llegar a las edificaciones, se hacen sensibles las primeras notas o cualidades operantes de este centro escolar castrense: orden. Un orden meticuloso, que dispone y controla lo más nimio, lo más insignificante y al parecer intrascendente. Hay que detener el paso y contemplar, però contemplar, el jardín no como tal jardín, sino exponente de un celoso cuidado que responde a una virtud, la virtud de la ordenación. Se pregunta uno: ¿por qué? Y tiene uno que contestarse: tiene que ser una norma para crear con su ejemplo constante el hábito en quien no lo tuviera.

El paseo central, que está en cuesta, deja al visitante al pie de una estatua ecuestre del Caudillo, creador y forjador de esta pequeña ciudad. En marcha sobre su caballo de bronce parece indicar a los habitantes de la Academia su fe y su esperanza en las generaciones que allí se modelan. No es de quietud su ademán, sino de cabalgadura andante, de diligente servicio sin reservas, como la Historia, testigo veraz, puede ya contar con creces.

En efecto, doy media vuelta a la derecha, como simple curioso, y tengo ante mí, tengo erquido y blancuzco, un grueso monolito en cuyas cuatro caras resaltan, hacia los cuatro puntos cardinales, bronceos escudos y coronas, ramos y palmas como atributos de triunfo por el valor y la muerte. Adelanto cinco o seis pasos, con algo de emoción, y también de recuerdo doloroso, porque uno también participa de las señales trágicas que evoca esta piedra en hito de Historia. De cerca leo: «1936-1939. Español: Lee y divulga que 70.561 muertos, 353.352 heridos, 50.000 mutilados ha sido la contribución del Ejército a nuestra Cruzada Nacional. Por ello España te pide una oración por los caídos, respeto para los mutilados y cariño para tu Ejército».

Hay, sí, un silencio impresionante. Ni una voz, ni un eco lejano. Un viento frío y fino, de los que llaman sano, golpea a veces, y otras parece balancearse como aura de poco ímpetu, pero que de todos modos quiere dejar constancia de su presencia. Cuando giro a la izquierda veo desfilar solitario, fusil al hombro, rígido, marcial, al cadete de guardia. Va y viene como un péndulo humano, de movimiento continuo y constante. Va solo, pero no se cree solo, sino que el mundo le contempla, y su espíritu militar se carga al máximo. En su uniforme impecable, en su cara juvenil, en la reflexiva ejecución de la guardia, creo ver el cuño que habrá de marcar en cuarteles y donde Dios disponga.

El ruido de unos motores me hacen volver la vista y observar cómo se acercan tres autobuses de color caqui. Pasan por delante, tuercen a la derecha, paran ante uno de los edificios y dejan militares uniformados, de capitán para arriba. Los militares entran con ese prisita que impone el fresquito mañanero, y ya no me queda por comprobar más que aquel edificio tiene un rótulo en cerámica: «Jefatura de Estudios». Son, por tanto, parte de los profesores, que tienen su residencia en Zaragoza.

—¿Son muchos?

—¿Los profesores?

—Sí, los profesores.

—Contando la dirección, profes-

sores y auxiliares, suman ciento diez.

—¿Se exige graduación determinada para la función docente?

—Los profesores son comandantes; los auxiliares, capitanes. Y siete tenientes, coroneles hacen de primeros profesores, cuya misión es dirigir un grupo de asignaturas.

Ha comenzado a brillar la segunda nota de la Academia: puntualidad. Claro que esta nota entra en el complejo del orden, pero por brillante hay que dejarla lucir. Faltan pocos minutos para las nueve de la mañana, y esto me indica que la marcha total de la Academia empieza ahora. El Director, por tanto, ya estará en su sitio.

Y me voy al cuerpo de guardia, que lo hay como en cualquier cuartel, pero con la particularidad de que aquí está realizada la función por caballeros cadetes. La Dirección tiene su sede en un edificio de la izquierda, simétrico al de la Jefatura de Estudio, tomando como eje de simetría las dos grandes portadas de talaustres de hierro que dan acceso a un grandioso patio denominado plaza del Caudillo. Estos dos edificios gemelos son de estilo mudéjar zaragozano, de tres plantas, con sendos torreones de mayor altura, en que sobresalen por sus dimensiones y bien labrados artesones los aleros, además de gruesa balconada. El limpio ladrillo amarillento, tirando a beige, juega con la cerámica en la fachada en estado de conservación tal, que todo parece de reciente estreno. Esta larga fachada forma con los jardines la llamada avenida del Generalísimo, de perfecta urbanización.

Ahora empieza mi rapidísima ojeada audición de cuanto aquí es y se hace.

#### CULTO AL HONOR

Es director el teniente general Vicario, hombre de armas y letras, militar de porte y acción. Alto, algo enjuto, pelo grisáceo casi planchado sobre la cabeza, voz gruesa y sonora y mirada fuerte. Habla con cierta lentitud y con frases directas, aunque con palabra precisa y adecuada. Botas altas con espuelas, uniforme gris con cuello vuelto es su uniforme, porque el uniforme de la

Academia es así gris, con gorri- llo del mismo color.

—El fin primordial de la Academia General es proporcionar a los caballeros cadetes la cultura básica y los conocimientos profesionales indispensables a los oficiales del Ejército de Tierra, prepararlos físicamente e inculcarles todas las virtudes que la profesión de las Armas exige.

—Principalmente, ¿qué virtudes?

—El honor... Culto al honor. Y espíritu militar, en el que entran amor a la Patria, disciplina, valor y espíritu de sacrificio.

El despacho de la Dirección es serio, confortable, pero sin lujo. Sus dimensiones—un cuadrado—habrán de ser de unos nueve metros de lado. Alto zócalo de madera y techo artesonado. Una mesa y un tresillo.

—Este fué el despacho del Generalísimo Franco cuando estuvo al frente de la Academia.

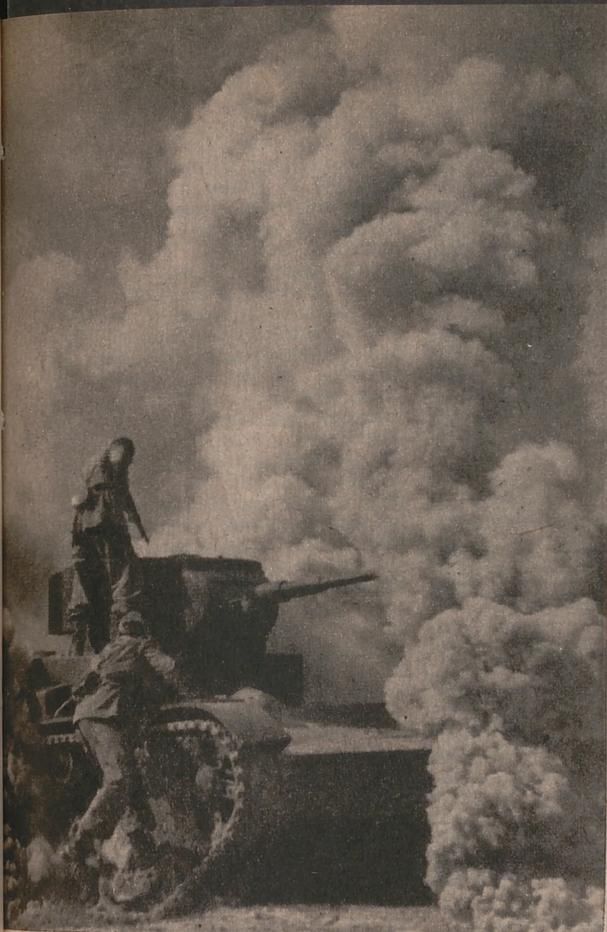
E inmediatamente nos dirigimos a una placa de metal, verdadera y buena obra de orfebrería, donde leo: «En esta sala tuvo su despacho el Caudillo cuando al frente de la Academia General educaba a sus cadetes en el culto a la unidad del Ejército y a la grandeza de España». En otro lugar hay un gran retrato del Caudillo con el uniforme de la Academia, pintado por Párraga en 1940, según fotos de Jalón.

—Esta es la tercera etapa de la Academia.

Una llamada telefónica interrumpe la conversación. Y aprovecho la ocasión para recordar algo de lo que fué y aconteció en las dos etapas anteriores. Es de 20 de febrero de 1882, bajo el reinado de Alfonso XII, siendo Ministro de la Guerra el general Martínez Campos, la creación de la Academia General, que al año siguiente abrió sus puertas en el Alcázar de Toledo. La biografía de este primer período puede resumirse: diez años de existencia y 2.250 alumnos. Su primer director: el general Galbis. Su primer caído: el teniente García Cabrelles en los campos de Melilla. Su primer general, don Miguel Primo de Rivera, que también fué el primero en ostentar sobre su guerrera azul la laureada. Gente joven y llena de fe y entusiasmo, con Marruecos y Cuba como campos de batalla. Los días de hero-



Antes de salir al campo de ejercicios se dan los últimos toques al equipo. Luego, sobre los «dados», llega el momento de la rapidez y el reflejo



En las maniobras con fuego real y todos los elementos de combate se ponen de manifiesto las cualidades adquiridas en el campo de gimnasia

ca grandeza de San Juan y del Caney.

—Brindo por el primero de vosotros, alumnos, que muera cargando con los Húsares de la Princesa.

Así levantó su copa el entonces jefe de Estudios, coronel Vázquez Landa, al final de un banquete en los jardines del Palacio Real de Aranjuez, con que obseciaron los Húsares a los cadetes, y al que asistieron el Rey Alfonso XII y la Reina María Cristina.

—¡Tuvo ese honor—dice uno de los supervivientes—el teniente Ballenilla en la guerra de Cuba!

—Recuerdo—dice otro—el cólera que azotó Toledo en el mismo año de 1885. Víctimas fueron tanto profesores como alumnos, pero adelante siguieron las clases por ser época de exámenes de fin de curso.

—¿Y la muerte de Alfonso XII? Luto llevamos desde el 25 de noviembre de aquel año en el puño de la espada—dice un tercero—. ¿Y aquella noche en que, con fuerzas de la guarnición de Madrid a su mando, quiso el Rey sorprendernos en el campamento de Majazala, donde hacíamos ejercicios de armas? Dos días estuvo entre nosotros, como uno más.

¡Y el incendio del Alcázar, el 10 de enero de 1887! A prueba se puso el valor de profesores y alumnos, al salvar la «santabárbara», que ya lamían las llamas. Quedamos sin enseres, sin casa y ropa. Tres días hubimos de ser huéspedes de los vecinos de Toledo. Luego cargamos bancos y mesas, jergones y banquillos de cama hasta el viejo edificio de Santa Cruz, en cuya sala de recepciones hacíamos las comidas

mientras las habitaciones servían de aulas. Pero ¡el curso no se perdió!

Hubo un embajador salvadoreño que, al hacer la entrega de credenciales por aquellos días, comenzó su discurso así: «Señor: el embajador que tiene la honra de presentar las credenciales a Vuestra Majestad sirvió con las armas en la mano a las órdenes de Vuestra Augusta Madre, porque yo soy, Señor, el alumno número 1934 de la Academia General Militar». El nuevo embajador fue en la Academia el cadete Peralta, el primero que de las Repúblicas americanas vino a España a estudiar disciplinas militares.

Viejos recuerdos son que perduran en los diez o doce cadetes de aquella lejana Academia que aún quedan. Hoy, vueltos de espaldas al camino de la vida para ver lo que atrás quedó, hacen desfilar, como por juego de magia en el tiempo, los teléfonos «Ader», aquellos antiguos teléfonos cuya primera instalación interurbana, allá en 1892, se tendió precisamente entre el Alcázar y el campamento de los Alijares, sucesor del primitivo de Majazala. Y el fusil «Máuser». El primer fusil «Máuser» que a España vino sufrió el examen y ensayo en la Academia toledana, poco antes de que hiciese relevo el viejo «Remington»...

Los años pasaron, hasta diez. Una década para el primer período. Los suficientes para no quedar retrasados en tácticas y ángulos defensivos. Otro día de febrero, el 8 de 1892, por decreto, con refrendo del general López Domínguez, la Academia se disolvió.

«Mi general: he tenido el honor de visitar el primer centro de enseñanza militar del mundo.»

Pero otro 20 de febrero, treinta y cinco años después, vuelve de nuevo a vivir, por obra y gracia de un cadete de la primera; don Miguel Primo de Rivera.

Y aquí donde ahora me encuentro, comienza el zafarrancho de las obras. Pero... Pero, ¿qué y cómo hacer? Una consignación paupérrima; muebles viejos, guardados en más viejos almacenes, eran enviados a Zaragoza a la consigna del general director. Pero Franco, el general más joven de España y de Europa, sereno, dominador de sus circunstancias, cumple y sigue, sin reserva de pensamiento ni mal uso de palabras para vencer: se limpia y barniza los viejos enseres, que, al menos, recobran cara de nuevos. Imposible parece el cercano comienzo, pero no lo es: en junio de 1928 sale al público la primera convocatoria. ¿Aulas? ¡Qué importa el lugar! ¡Adelante! Es la obra humana—no las obras—, la empresa a seguir. Hay, por fin, aula: el grupo escolar «Joaquín Costa», de Zaragoza. Bien rápido es el «NO-DO» de estos días: exámenes con rigurosa justicia en el grupo, inspección diaria de obras en el Campo de San Gregorio, conferencias con los ingenieros directores, examen y corrección de planos en discusión con los autores del proyecto, don Vicente Rodríguez y don Antonio Paredada. Doce horas diarias de trabajo intenso por la Academia, que a primeros de octubre habría de abrir. Reglamentos, programas, guiones de materias, aparatos científicos para la enseñanza, instalaciones de gimnasia y de

portes, enfermería, sala de óptica, topografía, telegrafía, picadero... Y, 5 de octubre de 1928: al fin, Academia. Un milagro de inteligencia y voluntad, disciplina, mando y acción. Academia con 215 cadetes, de 785 estudiantes que a la convocatoria de junio vinieron. Y ante Primo de Rivera, que preside la solemne fiesta inaugural, el nuevo director habla, más bien explica, su primera lección: «Imitad las virtudes de los que os antecieron en este puesto... No olvidar que el que sufre vence, y ese resistir y vencer de cada día es la escuela del triunfo y es mañana el camino del heroísmo».

Afuera los libros de texto farragosos y caros. Toman puesto de primacía la práctica y el trabajo en el campo o gabinete. Y luego, las prácticas de montaña en Canfranc, pero con el director al frente.

Un decálogo sale de su puño y letra, que hoy, como lección perenne, esculpido se despliega por los pasillos de la nueva Academia. Su texto es: I. Tener un gran amor a la Patria y fidelidad al Rey, exteriorizado en todos los actos de su vida. II. Tener un gran espíritu militar, reflejado en su vocación y disciplina. III. Unir a su acrisolada caballerosidad constante celo por su reputación. IV. Ser fiel cumplidor de sus deberes y exacto en el servicio. V. No murmurar jamás, ni tolerarlo. VI. Hacerse querer de sus inferiores y desear de sus superiores. VII. Ser voluntario para todo sacrificio, solicitando y deseando siempre ser empleado en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga. VIII. Sentir un noble compañerismo, sacrificándose por el camarada y alegrándose de sus éxitos, premios o progresos. IX. Tener amor a la responsabilidad y decisión para resolver. X. Ser valeroso y abnegado.»

—Mi general, he tenido el honor de visitar el primer centro de enseñanza militar del mundo.

Así se despidió del general Franco, en el curso 1930-31, el entonces ministro de la Guerra francés, M. Maginot, famoso por la línea defensiva de su nombre. Anduvo por la Academia, preguntó, oyó, entró en clases para ver y oír a profesores y alumnos, contempló prácticas de aparatos y, por último, presencié un ejercicio de combate y el desfile militar. Aquel hombre, impresionado, pudo decir al llegar a París:

—La Academia General que dirige Franco es la última palabra en la técnica y pedagogía militares.

Pero sólo tuvo un plazo de tres años. La República vino en abril del 31, y Franco en su orden, dijo: «El Ejército necesita, sereno y unido, sacrificar todo pensamiento de ideología al bien de la Nación y a la tranquilidad de la Patria.» Unión. Y tal vez de aquí, de la unión, partiera la condenación. Y la Academia General fué de nuevo disuelta.

Terminado el urgente quehacer del director, general Vicario reanudamos de nuevo el diálogo, al que accede con extrema amabilidad.

—Mi general, ¿pertenece a la

Academia General en su segundo período?

—Fuí capitán profesor.

—¿Qué recuerdo más vivo le queda?

—El de la ley de Retiro de Azaña y la disolución.

Queda pensativo y con la mirada fija en el gran cuadro de Franco y expone luego con dejo ambivalente de amargura y brío:

—Fuimos a la Dirección para preguntar qué hacer, y Franco contestó: «Es cuestión de solución personal. Sé que hay deseos de que me retire, pero mi puesto está en el Ejército para servir a la Patria. Cada cual puede hacer lo que estime más conveniente.

Vuelve un poco la cara para decirme con cierta rapidez y brío:

—Nadie se retiró.

Pero, al fin, el 14 de julio de 1931 apareció una Orden extraordinaria, la orden postrera antes de la disolución por mandato gubernamental. Franco, entre otras cosas dice a sus Caballeros Cadetes:

«... en estos momentos, cuando las reformas y nuevas orientaciones militares cierran las puertas de este Centro, hemos de elevarnos y sobreponernos, acallando el interno dolor por la desaparición de nuestra obra, pensando con altruismo: se deshace la máquina, pero la obra queda; nuestra obra sois vosotros, los 720 oficiales que mañana vais a estar en contacto con el soldado, los que vais a cuidar y a dirigir; los que, constituyendo un gran núcleo del Ejército profesional, habéis de ser sin duda, paladines de la lealtad, la caballerosidad, la disciplina y el cumplimiento del deber y el espíritu de sacrificio por la Patria, cualidades todas inherentes al verdadero soldado, entre las que destaca con puesto principal la disciplina... ¡Disciplina!... Nunca bien definida y comprendida. ¡Disciplina!... que no encierra mérito cuando la condición del mando nos es grata y llevadera. ¡Disciplina!... que reviste su verdadero valor cuando el pensamiento aconseja lo contrario de lo que se nos manda cuando el corazón pugna por levantarse en íntima rebeldía o cuando la arbitrariedad o el error van unidos a la acción del mando. Esta es la disciplina que os inculcamos. Esta es la disciplina que practicamos. Este es el ejemplo que os ofrecemos.»

La máquina quedó quieta en aquel año de 1931 y la obra se desparamó principalmente por tierras de África. Y la Historia cuenta lo demás.

#### MAS DE 2.000 ASPIRANTES AL AÑO

«Decíamos ayer...» Estas fueron las primeras palabras del ya Caudillo de España al hablar a los primeros cadetes del tercer período, que se inició el 15 de septiembre de 1942, tras los cursos de transformación de oficiales procedentes de nuestra Guerra de Liberación.

Hay en todo esto, bajo la escuela y rígida disciplina castrense, un sustrato, una corriente de cariño que, por humano, despor-

da las fórmulas. Es una obra con inversiones de duros afanes y trozos de vida. Es el hombre que pervive, que palpita e integra. El hombre. Porque la concepción racionalista, mecánica y científica, tiene que dar paso a la vida, al instinto, al genio.

Un cornetín rompe, al fin, el silencio de estas alturas. Agudo y continuo, convoca. Y desde un balcón queda a la gran plaza interior—ahora me encuentro en la Secretaría—contemplo a un grupo de cadetes que, fusil al hombro, vienen hacia el cuerpo de guardia. Andan de relevos. La plaza está sola; no hay nadie que mire. Su grandeza impone, pero hay cierta uniformidad. No puedo precisar sus dimensiones, que calculo en 100 metros de lado, pero sí me entretengo en contar las casi incontables ventanas con tamaño de balcón, cuyo número consigo determinar. Cuento veintinueve ventanas en cada planta, y como son tres plantas en cada costado del patio y hay cuatro costados, me sale este número, salvo error u omisión: 252 ventanas.

—En esta plaza, que se denomina Plaza del Caudillo, es donde se efectúan los actos solemnes de jura de bandera, entrega de despachos, misa de campaña los domingos...

Pasa en dirección contraria otro grupo de cadetes formados. Vida de escuela y cuartel. Junto a las letras, la mística de la disciplina, la vela de armas, las guardias, las instrucciones y marcha.

—¿No hay métodos especiales para la formación de los futuros oficiales?—pregunto al coronel jefe de Estudios, mientras vamos a su despacho.

Es jefe de Estudios el coronel Estella, que pronto pone de manifiesto su condición de hombre militar al mismo tiempo que responsable de la instrucción y formación de otros militares. Es rápido en sus contestaciones, que las tiene al canto:

—No. No se siguen métodos especiales. La formación o creación del espíritu se realiza a través del ordinario vivir de la Academia.

—¿Régimen?

—Militar-escolar, muy rígido, muy duro.

—¿Están sometidos los caballeros cadetes al Fuero Militar?

—No están dentro del Código de Justicia Militar.

—Y ¿no se realizan especiales pruebas psíquicas y morales?

—El concepto depende de su vida. Anotamos los arrestos y sus motivos, las notas de clase... Hacemos fichas de sus cualidades personales, donde se recogen las observaciones de los profesores. Bimensualmente se da conocimiento a los familiares mediante hojas en que se registran las notas desde 0 al 10.

—¿Y la calificación final?

—Por la conducta.

—¿Cuáles son las principales causas de expulsión?

—Enfermedad, mala conducta y deficiencia en los estudios. Por motivos justificados puede repetirse el curso, pero una vez nada más.

—¿Los cursos han de ser completos?

—Completos.

—¿Y los permisos?

—Además de las vacaciones de verano, Navidad y Semana Santa, pueden salir en casos de grave enfermedad de padres o hermanos y para asistir a bodas o toma de hábitos de hermanos.

—¿Cuál es aquí el concepto del Ejército?

—El de brazo armado de la Patria.

—¿Y su misión?

—Mantener la integridad e independencia del territorio nacional. Y que está al servicio del Estado.

—Pero es que hoy la vida en el cuartel es muy compleja. Han surgido nuevas necesidades de índole humana. Esto exige no sólo técnica, sino también ideas. Ya se ha dicho que por el cuartel pasan todos y que por la Universidad sólo una minoría.

—Así es. Y por eso aquí existe la idea de que el Ejército es conductor, instructor y educador de las masas de jóvenes que desfilan por los cuarteles.

—¿El Reglamento es el mismo de la época fundacional?

—No. Varía a tenor de los tiempos, pero no en lo fundamental. Este último—y me enseña un ejemplar—es de noviembre de 1955.

—¿Lema de la Academia?

—El Decálogo.

Como es sabido, la formación profesional de la oficialidad se realiza en tres fases, de las cuales la primera y la última, con la designación de Primero y Segundo Período, respectivamente, se desarrollan en esta Academia General. La intermedia tiene por centro docente su correspondiente Academia: Infantería, Caballería, Artillería, Ingenieros, Intendencia, Guardia Civil... La distribución de fases es así: Primer período: (Academia General), dos cursos de diez meses de duración; Academias de las Armas, dos cursos de diez meses. Segundo período: (de nuevo en la Academia General), un curso de tres meses. Este curso de tres meses lo realizan va como alféreces y es evidentemente práctico, especialmente de táctica y conocimiento para el ejercicio del mando. Casi todo el tiempo están los alumnos en el campo. Mando Y durante un mes hay tropas traídas para sus prácticas.

—¿Cuántos cadetes hay en la actualidad?

—Alrededor de 700, entre las dos promociones. La promoción normal suele ser de 300 a 350, pero la segunda de este año sólo llega a 260.

—¿Y se presentan muchos al examen de ingreso?

—Ahora la cifra corriente es dos mil.

Las pruebas a que suelen someter a los aspirantes son: reconocimiento físico y gimnasia; conocimiento de idiomas (francés, inglés o árabe); dibujo panorámico; Geografía, Historia y Análisis gramatical de la lengua española; análisis matemático (Aritmética y Álgebra) práctico oral; Geometría y Trigonometría, práctico y oral.



El director de la Academia, general Vicario, dirige una alocución a los cadetes, reunidos en la plaza del Caudillo. A la derecha, los alumnos se ejercitan en el telesférico y cuerda floja, para vadear el río artificial

—¿No hay variaciones en el número de aspirantes?

—Después de nuestra guerra fueron menos, por exigirse el Bachillerato y estar la mayoría en edad madura. Pero luego, al exigirse sólo cinco años de Bachillerato, hubo una subida hasta 3.000. Ahora, con la vuelta al título de Bachiller, ha bajado y se mantiene en los 2.000.

—¿Es fijo el número de plazas que se convoca todos los años?

—Varía.

—¿Qué regiones suelen dar menos oficiales?

—Aquí, la mayoría son hijos de militares. Pero de ajenos al cuerpo, las regiones que dan menos cadetes son Cataluña y Vascongadas, aunque es poca la diferencia.

—¿Qué pensión pagan los cadetes?

—Sólo 15,60 para comer. Las familias aportan 14,10, y el resto, el Estado.

—¿Y los alféreces que realizan el último período, desde septiembre a diciembre?

—De su sueldo han de abonar esa misma cantidad.

Por orden de mi reloj, puesto que tengo el tiempo contado para mi regreso a Madrid, hemos de concluir el diálogo. Queda un rápido recorrido por algunas de las instalaciones y departamentos, que por mor de la prisa han de ser pinceladas fugaces.

#### UN LEMA: EL DECALOGO

Al pasar por el cuerpo de guardia oigo: «Mi capitán, se presenta el caballero cadete...» No oigo más. Se trata, por lo visto, de uno que ha cometido falta. El capitán

consulta una lista, no breve, y apunta. Después de todo... Son jóvenes. Y los sábados por la tarde, y también los domingos, se trasladan a Zaragoza, donde bien los esperan las jovencitas zaragozanas o la novia que haya llegado de la propia tierra, aunque esto debe de suceder poco. Son jóvenes. No tienen siquiera la edad militar. Seriores y derechos pasean por las calles de la capital, si van solos. Pero en caso de dulce compañía que el caso es el de la mayoría de los casos, la cosa varía. Lo demás es cuestión particular. Lo que sí hay que registrar es que la Compañía de Tranvías coopera con coches especiales a horas determinadas: de cuenta del capitán de guardia corre el hacer valer los derechos de primacía de acceso al tranvía, si falta hiciere. Luego, en la ciudad, hay una vigilancia.

Con prisa de viajero retrasado voy en compañía de un caballero cadete por uno de los pasillos que enmarcan la gran plaza. Abre una puerta:

—El bar de los cadetes.

Bien amplio, de estilo de refugio de montaña. Precisamente el actual director, general Vicario, ha sido director de la Escuela de Alta Montaña de Jaca. Mesas gruesas y ancas de madera, en tono colonial, lámparas de metal artístico en forma de grandes parillas, mesas para entretenimientos...

—¿Horas fijas para venir aquí?

—Durante el recreo de la tarde.

Este recreo es largo, quizá de hora y media, si mal no recuerdo. Seguimos y abre otra puerta:

—Otro bar.

Veo varios oficiales que miran extraños.

—Mi capitán—dice el caballero cadete—, por orden del coronel jefe de Estudios cumpro la misión de enseñar las dependencias.

No hay tiempo para acceder a las amables invitaciones de los oficiales, que son profesores. El bar es pequeño, moderno, de mucho color, como ahora se lleva, y decorado con buen gusto. El salón bar de cadetes, antes citado, era de grandiosas proporciones. Un tercer bar, el de alféreces cuando están aquí, que además sirve a los aspirantes en época de exámenes de ingreso, también puede hacer alarde de dimensiones. Hoy su estantería, completamente desnuda de botellas, exhiben como un modesto muestrario las copas y trofeos ganados por la Academia General en competiciones, con otras Academias o entidades.

Andando, andando, entramos en un aula vacía. Es de pequeñas proporciones. Unas doce bancas bien sólidas, bipersonales y orientadas en la misma dirección que el profesor, a quien dan espaldas los sentados en las dos centrales. Las paredes fronterizas son pizarras, donde aún quedan líneas y números. En lápida de cerámica hay escrito: «Ebro. 25-VII-1938. 16-XI. 38.»

—Cada clase está bajo el signo de una gran batalla.

En gráficos que penden en marcos hay normas de combate. En otros, signos distintos, todos ellos referentes a la vida y acción militar.

Y seguimos. Quedo mirando y leyendo una frase precedida de número romano. Otras como ésta he podido ver a lo largo del pasillo.

—Párrafos del «Decálogo»—me dice indicándome.

Con fuerte pisada nos adelanta un oficial. Botas altas, uniforme de loneta gris, gorrillo del mismo color... Va solo y meditabundo.

—Un profesor.

Cuesta trabajo a nosotros los paisanos figurarnos un profesor así. Sigue silencioso su camino y tuerce a la derecha. Y seguimos nosotros también... Otra clase. Otro párrafo del «Decálogo». Hay doce clases para cada curso con un promedio de 25 alumnos por clase. Y son cinco las horas que se dedican diariamente a teórica-práctica, y dos y media a la instrucción táctica, práctica y tiro. El material de enseñanza es el más común de todas las armas, ya que la especialización habrá de efectuarse después en la Academia correspondiente. Aquí ni siquiera hay carros de combate. Y unos 200 caballos sirven para las prácticas de equitación, que se alternan con las de gimnasia, de 9 a 9.45 de la mañana. Porque estos caballeros cadetes están en pie desde las 6.15 de la mañana en que tocan diana, para pasar inmediatamente al reconocimiento facultativo, y luego a estudio. El desayuno viene después, a las 8.25 de la mañana. Un comandante, dos capitanes y dos tenientes forman el cuerpo médico al que auxilian cuatro practicantes: un teniente y tres brigadas. Un alférez y un brigada atienden la farmacia. Hay de todo: estafeta de correos, central telefónica y

telefónica, laboratorio fotográfico... y una revista, «Armas» que es compendio de esperanza, humor y buenas letras, cuya imprenta se aloja aquí también.

Andando, andando, veo una vez más el escudo, el escudo de la Academia, una síntesis de todos los Cuerpos y Armas de tierra, a excepción de la Guardia Civil, cuya incorporación es posterior a la creación del emblema.

—¿Y el himno?

—No hay.

Es curioso. Pero si hay banda de música.

—¿Hay talleres auxiliares de artesanía?

—Sí; de zapatería, carpintería, armería...

Por el sentido del olfato se nos cueca el mensaje de la cocina. ¿Qué decir de una cocina para 800, entre unos y otros? Un fogón negruzco que parece una plataforma, calderas, bandejas. Bandejas que ya dan albergue a montones de huevos fritos. En cuatro grandísimas calderas, que al principio me parecieron autoclaves, contemplo los dorados garbanzos en pilas que invitan a la venta al por mayor.

—Hoy toca cocido.

—Bien está si bueno es—contesto.

—Comemos bien, bastante bien

Y el comedor, que no está lejos, invita a ello. Amplio, de mucha luz de techo bien decorado. Diez mesas por compañía, que son seis. En cada mesa, al frente de la cual hay un jefe—caballero cadete, cabo o sargento galonado—, toman asiento doce. Dos jarras de vino, que nada quiere decir, puesto que puede repetirse. Esperan tres platos y su buen «chusco» al lado. Ahora mismo no hay nadie en el comedor. Pero dentro de poco, a las 14.05, entrarán formados los cadetes, y después de tocar firme escucharán la lectura de un hecho histórico—la «tradición del día»— a cuyo final tocarán punto, y ¡a comer!

Después de la comida vendrán, según el reglamento, prácticas de automovilismo; tiro, armamento y material; detail y contabilidad. Así hasta las dieciocho, hora de recreo vespertino. Y sigue el programa.

#### TANQUES, RIO, VALLES, ALAMBRADAS, TRINCHERAS Y MUROS DERRUIDOS PARA LAS PRÁCTICAS

—El picadero.

Huele a paja y caballo. El salón es grande, muy grande; de techo alto, muy alto. El suelo parece un mar de ligeras olas. Las pisadas de los caballos sobre la tierra suelta, como arena, lo hace ondulado, a fuerza de hoyos.

—¿Y aquel espejo?

Indico un gran espejo pendiente de la pared.

—Sirve para rectificar posturas—responde sonriendo.

En el centro hay vallas. El suelo es blando. Se comprende.

—De modo que hay un picadero, dos campos de práctica de equitación y uno de hípica para competiciones—pregunto mientras atravesamos una de las calles.

Son varias las calles que he podido ver: de José Antonio, de F. Medrano. Una pequeña ciudad. En la otra acera, un nuevo

edificio todavía con las instalaciones sin rematar, que resulta ser el nuevo gimnasio cubierto. Cerca tenemos el parque deportivo, que lleva por nombre «Campo de Deportes Alcázar de Toledo»: dos piscinas, cuatro campos de baloncesto, cuatro de balonmano a siete, dos de balonvolea, uno de fútbol, dos pistas de tenis, pista de patinajs, de carreras, de lanzamiento, de gimnasia con espalderas y paralelas, frontón...

—¿Y eso?

—La pista de aplicación.

Tengo ante mí vista un gran tanque, cuya presencia en medio de un parque no comprendía. Miro y remiro.

—Es de ladrillo; y las ruedas, de cemento.

Rebasamos el tanque y aparece una valla, y después un río con un puente cortado. Hay que vadear, saltar y salvar. Salto sobre el hueco del puente, paso de equilibrio sobre dos gruesos troncos de madera, cruce sobre telesféricos de unos seis metros de altura o encaramados sobre una cuerda floja. De alguna de estas maneras hay que pasar. Después, otra valla de tres tabloncillos verticales, con una altura de cerca de dos metros. Cuatro filas de dados, unas blancas, pirámides truncadas, obligan a brincar por ellos en sentido diagonal, para venir a parar a un foso, de unos dos metros, a cuyo fondo hay que caer y luego salir. Creo hallarme de pronto ante una de esas nuevas construcciones de forma semicilíndrica, pero no. No es eso. Es un montículo que hay que escalar para saltar desde su cumbre.

Y termina nuestro recorrido. Me acuerdo, por asociación de ideas, de los dormitorios. Y vamos a estos lugares de descanso. Una nave: salón de unos 50 por 10 metros; 60 camas, todas con colchas del mismo color, beige; al frente, un crucifijo, una gran luna, y debajo los fusiles alineados, dos series de taquillas metálicas, como ficheros, hacen armarios, y una mesilla para dos. Son seis las compañías y cada una usa dos naves.

De prisa ya por el pasillo, que es la de la segunda planta, tropiezo con un caballero cadete bien sentado en una mesa y leyendo o estudiando.

—Es un cadete, cuartelero.

—¿Su misión?

—Vigilar la nave. Está exento de toda clase y servicio.

—¿Y estas lápidas?

—Cada compañía tiene una tradición de la Academia. Esta, que es la segunda, fijese: «Primera época, 1887-1891. General Mealla».

Sorprende la enfermería por su pasillo repleto de macetas de flores. Monjas de la Caridad asisten a los enfermos, que hoy son bien pocos y de cosa ligera, a juzgar por los síntomas. La capilla es más modesta, porque los grandes actos religiosos tiene por iglesia al aire libre a la gran plaza. El salón de actos, teatro, aun no inaugurado oficialmente, bien puede trasladarse con ventaja a la capital.

Hay que terminar. Así es, así se vive, contado a grandísimos rasgos, en esta pequeña ciudad de 100.000 metros cuadrados.

Jiménez SUTIL  
(Enviado especial.)

# RODRIGO LEITE DE FARIA, LEGIONARIO

## LAS INSIGNIAS DE LA TORRE Y DE LA ESPADA EN EL PECHO DE UN VOLUNTARIO PORTUGUES

### EL "TRAGATANQUES" DE LA 13 BANDERA

—¡E L siguiente!  
Y un ponerse delante algo tímido, pero sereno. El militar que está sentado tras la mesa mira. Trata de traspasar lo que pueda haber en el interior de aquel individuo alto, delgado. Nada, ve aparte de un facha imperturbable.

—Venga, nombre y apellidos.

—Rodrigo Leite...

—Más despacio, más despacio.

—Rodrigo Leite de Faria—añade con lentitud, pero sin poder disimular el característico acento cerrado de los portugueses.

—Bien, ya veo que es usted de Portugal. ¿Edad?

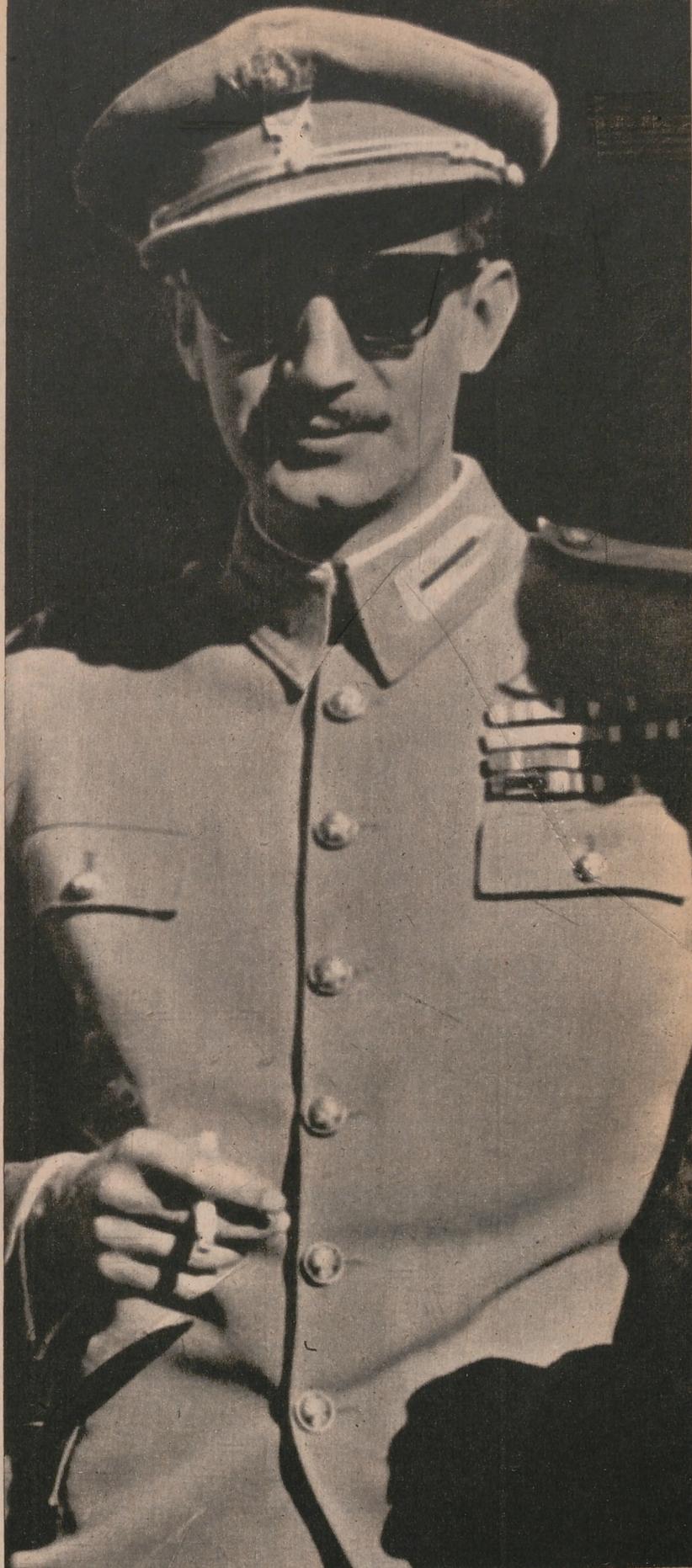
—Veinte años.

—La pluma y la palabra se van alternando en el interrogatorio. No han pasado arriba de cinco minutos y la Legión española cuenta con un nuevo soldado.

Hace dos días, en un claro amanecer de junio del 37, ha cruzado clandestinamente la frontera de España. A su espalda quedan las comodidades de un hogar de la alta burguesía y todas las perspectivas de un veraneo tranquilo en las playas de la Costa del Sol. Los libros de estudio del alumno de segundo año de Ingeniería han quedado muertos en los anaqueles. Cuando vuelvan a sus manos habrá que limpiarlos de una añeja capa de polvo.

—No puedo más —comentaba con un compañero de tareas estudiantiles—. Ahí al lado se está luchando con el comunismo. Yo tengo que participar en su derrota.

El paso más difícil ya está dado: romper con el medio habitual de vida. La ropa veraniega, de corte deportivo, es sustituida por el sufrido y verdozo caki legionario. Y la blanda cabellera



Esté es el capitán Leite de Faria. La foto ha sido tomada momentos antes de embarcar para Goa, después de haber seguido los cursos de paracaidismo en España

castaña desaparece bajo el puntiagudo gorro de dos picos.

Los primeros contactos con la vida militar pueden parecer duros a los hombres débiles de alma. Son los días monótonos en que la instrucción se va aprendiendo como las letras, poco a poco, y de la mano. Las horas se hacen eternas y la cabeza está llena de voces de mando.

—¡Firmes, mar!

—¡Media vuelta, mar!

—¡Sobre el hombro por tiempos, uno!...

Y día a día, la sección, en plan intensivo, va adquiriendo la marcialidad requerida. Luego, a punto en el orden cerrado, los nuevos pelotones legionarios se adiestran en el orden abierto con gran rapidez.

—¡Adelante en saltos de diez metros!

La pequeña guerrilla vuela entre los matorrales. Desaparece y aparece con arte de magia.

—¡Escaquearse bien!

Corren, saltan, reptan y zigzaguean como auténticos veteranos.

#### LAS PRIMERAS HERIDAS

La guerra entraba en su segundo año. Los periódicos resaltaban en grandes titulares los avances sobre Bilbao. Desde el 31 de marzo, fecha en que se había iniciado la ofensiva, día a día, la geografía de España reconquista pueblos y más pueblos. A principios de junio comienza el ataque al famoso «Cinturón de hierro» que defendía la capital vizcaína. Y el 19, Bilbao estaba ganado por el Ejército del Norte.

En estos momentos aquel voluntario portugués, Rodrigo Leite, de Faria, es destinado a la 13 Bandera de la Legión, 51 compañía. El camino hasta el frente es corto: unos cuantos kilómetros en camión y otros pocos a pie. Cuando Leite llega a las inmediaciones de la primera línea, sus oídos y su temple ya se han habituado al especial clima del frente, pero de tal forma que en aquella atmósfera, cargada de extraña electricidad, su actitud aparece completamente distinta, y salen a re-

lucir cualidades, hasta entonces inéditas, del hombre que en el campo de batalla se encuentra en su natural elemento.

El golpe asestado por los nacionales con la ocupación de Bilbao trataron de compensarlo los rojos en Brunete. Y el día 6 de julio se lanzan a un ataque extraordinariamente fuerte. La primera línea nacional es una cortinilla ligera que, pese al heroísmo de su resistencia, fue rota por la inmensa ola enemiga. La situación es muy delicada: existe el peligro de que la totalidad del frente de Madrid sea tomado por la espalda.

Llegan refuerzos a la línea, queda estabilizada, hasta que el 25 de julio se decide la batalla, con la dispersión total del Ejército rojo atacante, un total de 58 000 hombres, 128 carros, 20 baterías y 150 aviones.

La 13 Bandera de la Legión también estaba allí. El legionario Leite se batía con gran aplomo, pegado al suelo seco de Castilla. El sol abrasaba el fusil que no cesaba de responder un solo momento. La Bandera se movía con toda exactitud.

De pronto, llega una orden:

—Hay que echarlos de aquella caseta. Y tiene que hacerlo nuestro pelotón.

Con un ligero fuego de cobertura inician el avance. Leite es un legionario más. Allí va serpenteando, en unión de sus compañeros. Pero algo le ha pasado. Se queda quieto, clavado en el suelo. Un balazo le ha quemado friamente la piel. Otro «novio de la muerte» le recoge entre el tablete de las armas automáticas, y le retira.

La herida es grave y los primeros momentos son de delirio. Palabras incoherentes salen de sus labios.

—Nao... Nao... Portugal...

En el primer momento se le hospitalizó en las proximidades del frente. Luego pasa a Talavera, Cáceres y al hospital de Nuestra Señora de las Nieves, en Avila, donde completa su recuperación.

Y al fin, después de haber estado más de veinte días al mar-

gen del frente, retorna al campo de lucha y se incorpora a la Bandera, que ahora combate por tierras de Aragón.

#### EL «TRAGATANQUES»

Ya en el otoño, los rojos iniciaban una serie de operaciones en dirección a Zaragoza. La 13 Bandera legionaria está en Zuera, al norte de la ciudad del Pilar, posición importante en la carretera de Huesca.

Una mañana, las tropas enemigas atacan con fuerte ímpetu la línea nacional que se mantiene incólume. Parece que todo ha quedado en nada después de la primera refriega, pero poco más tarde el empuje redobla su violencia.

El jefe de la Bandera, capitán Carreño Velarde, había preparado la posición con todo cuidado y allí no pasa nada. En la 51 compañía—la del soldado Leite de Faria—la situación ha sido grave, el fuego era espeso y una bala hirió ligeramente al legionario portugués, que fue citado en el orden como muy distinguido.

Algunos días más tarde, en la primera quincena del mes de octubre, la Bandera es trasladada a Fuentes de Ebro. El jefe de la unidad prepara adecuadamente el terreno previendo cualquier posible ataque enemigo con tanques, cosa que, efectivamente, se produce en las primeras horas del día 13.

Leite de Faria, nombrado cabo interino, mandaba una avanzadilla de un pelotón de la sección, cuando los rojos, con gran lujo de carros y numerosa infantería, desencadenaron un violento ataque.

Hacia la trinchera en que se hallaba el voluntario portugués avanzaba un carro blindado. Leite le dejó llegar y procuró situarse en un ángulo muerto. Cuando creyó oportuna la ocasión, saltó sobre el carro con objeto de ponerlo fuera de combate, pero apercibido uno de los ocupantes, le disparó con una pistola, derribándole, herido de gravedad en el brazo derecho, pero cuando ya



Entre los oficiales portugueses homenajeados en Salamanca el año 1939 se hallaba el famoso «Traga-Tanques»

el legionario portugués había conseguido su objetivo.

Al verle en tierra, el capitán Salvo, que mandaba la compañía, salió de la trinchera con intención de recogerle, pero un balazo, a consecuencia del cual falleció en Zaragoza días más tarde, le perforó el intestino. Entretanto Leite de Faria se lanzó a la persecución de otro carro hasta más allá de las alambradas nacionales, consiguiendo incendiario.

La herida recibida le produjo gran fiebre; pese a ello, no quiso ser evacuado, hasta que por la fuerza, el jefe interino de la compañía, teniente Riaño, le obligó a abandonar el campo. Y allí mismo se le impusieron los galones de cabo, siendo propuesto para recompensa especial.

El comportamiento conjunto de toda la Bandera fué extraordinario, rivalizando el último soldado y el oficial más alto. Desde aquel día, a Leite de Faria se le conoció con el sobrenombre de «Traga Tanques», que no le abandonó en toda la campaña.

Ya con los galones de cabo fué hospitalizado en Zaragoza y más tarde trasladado a un sanatorio de Logroño.

#### ALFEREZ PROVISIONAL

*Paseando por un campo un amanecer, amanecer, me encontré con una bella y hermosa mujer, que imitando al ruiseñor entonaba esta canción de amor...*

Y los cadetes pasaban y repasaban la explanada de la Academia de Alféreces Provisionales de Avila, desfilando al son de la «canción de amor».

—¡Uno-dos!

El portugués Leite de Faria formó parte de la «Promoción Eeruel», que realizó los cursos durante los meses de diciembre del 37 y enero del 38.

En la instancia presentada por Leite de Faria, se puede leer:

«Señor Director de la Academia de Alféreces Provisionales de Avila. **Cuerpo:** 13 Bandera de la Legión, 51 compañía, División Marroquí 150. **Lugar actual de la Bandera:** Fuentes de Ebro (Zaragoza). **Empleo:** Legionario desde hace cuatro meses. **Apellidos:** Leite de Faria. **Nombre:** Rodrigo. **Edad:** Veintidós años. **Tiempo en la línea de jefa:** Cuatro meses. **Títulos que posee:** Declaración jurada de tener aprobados dos años de Ingeniería en Portugal. **Informe del Jefe:** El legionario Rodrigo Leite de Faria ha dado pruebas de un valor excepcionalísimo en todas las ocasiones en que ha intervenido...»

Y sigue un resumen circunstanciado de los hechos que ya conocemos. La instancia, fechada en Fuentes de Ebro el día 5 de noviembre de 1937, lleva el visto bueno del jefe de la bandera, capitán Carreño Velarde.

Leite de Faria, por su extraordinario temple y sereno valor en todas las acciones, había llegado a ser uno de los soldados más queridos por sus superiores. No hace muchos días me decía en Madrid un militar que lo tuvo bajo sus órdenes:

—Era un hombre que llamaba la atención por su manera de es-



La Legión portuguesa desfila por las calles de Salamanca, entre la admiración y el aplauso de los salmantinos

tar en el campo de batalla. A nosotros, ya veteranos en la guerra, nos admiraba su seriedad y su entereza. Y siempre se ha portado así, como si hubiese vivido años y años entre las balas.

Un ex combatiente portugués en nuestra guerra de Liberación, Antonio Pereira Baptista, ha afirmado que en abril de 1938, deseando ingresar en la Academia de Avila, le dijo al teniente-secretario de la misma:

—Desde que funciona la Academia han pasado por aquí 1.800 alumnos, y la mejor información sobre comportamiento en campaña es la que se refiere al alférez Rodrigo Leite de Faria.

De la estancia del «traga-tanques» en la Academia se cuenta que desde el primer día de clase el profesor de Táctica ordenó que Leite se sentase siempre a su derecha «por el heroísmo que ha demostrado en todos los frentes».

Concluidos con buen aprovechamiento los cursos se incorpora al frente. Pero, por su calidad de extranjero, no pudo tener efectividad el empleo de alférez conseguido en Avila.

En febrero de 1938 es herido de gravedad cuando formaba parte de la 4.ª Bandera del Tercio. Hospitalizado en Zaragoza, fué trasladado días más tarde al Hospital de las Nieves, de Avila, «procedente del Hospital de la Facultad de Medicina de Zaragoza—dice un informe del doctor Madureira—el día 13 de febrero, con herida de bala en tercio medio cara interna muslo derecho su orificio de entrada y salida por cara posterior. Presenta síndrome de parálisis ciático-politeo externo.»

Y allí, en Avila, estuvo convaleciente hasta los últimos días del mes de mayo de 1938.

#### ALFEREZ DE LA LEGION

Más de cien días en el hospital no le han puesto todavía en forma. Para ello, y teniendo que apoyarse todavía en un bastón, regresa como legionario a su primitiva unidad, la 13 Bandera, destinada por entonces, en la cabeza de puente Tremp.

Aprovecha su especial situación de hombre de convalidación para asistir, con aprovechamiento, a

un curso de guerra química. Poco más tarde es trasladado a Caspe. Son momentos decisivos en la lucha. Durante la noche del 24 al 25 de julio de 1938, los rojos, con una gran masa de ataque, han cruzado el Ebro en un frente de 60 kilómetros. Ha comenzado la batalla definitiva para el futuro de la guerra. Día y noche se combate a todo lo largo de la cuenca del Ebro. En tierras de Aragón se concentran las reservas de los dos bandos.

La unidad de Leite de Faria ha entrado en acción e irrumpe en la batalla. Es verano y la tierra quema desde Zaragoza hasta Amposta. Infantería, Artillería, Aviación, no conocen el descanso. Y un día del mes de agosto, un avión nacional cae derribado en la cota 471 frente a la posición en que se halla Leite.

—Es João Manoel Soares—llega el rumor a oídos del legionario «traga-tanques»—un piloto portugués voluntario.

El aparato ha caído sobre las trincheras enemigas. Leite de Faria se impacienta por la suerte de su compatriota. Corre al puesto de mando.

—Mi comandante—dice con frialdad—yo iré a rescatar el cadáver de mi compatriota.

Pero la guerra tiene sus leyes. Un hombre sólo no puede entregarse inconscientemente a una muerte cierta.

—Lo siento, pero eso no puede ser, Leite—responde el jefe de la unidad—. Regrese usted a su puesto. Nosotros haremos lo conveniente.

Horas más tarde, tras pequeña preparación, un grupo de soldados españoles ataca la posición enemiga en que ha caído el piloto portugués. Y entre ellos iba Leite de Faria, que había solicitado de nuevo, participar en la operación.

Día a día, su comportamiento es ejemplar, sobrio, de verdadero soldado que nunca pierde el dominio de sus facultades. A mediados de septiembre, y teniendo en cuenta su actuación sin tacha, llega a la Bandera una orden de Burgos accediendo, atendidos los extraordinarios méritos y circunstancias que concurren en Leite de Faria, a reintegrarle a su puesto de alférez.

La 16 Bandera de la Legión estaba batiéndose con toda bravura en el Ebro cuando se le incorporó el nuevo oficial. La gran batalla estaba en franco período de liquidación, pero todavía eran duras las jornadas, mientras el río seguía pasando y pasando. Por fin, el 16 de noviembre, puede darse por cumplido el objetivo del Caudillo: el Ejército rojo ha quedado destruido, sus bajas se elevan a cien mil hombres. Luego, ya todo será fácil.

Hay que ir a la reconquista de Cataluña y la 16 Bandera toma por base de partida la cabeza de puente de Tremp. Todo estaba preparado para culminar las operaciones durante el mes de diciembre. Pero... el tiempo: el invierno de 1938 se entregó al aguacero.

Por fin, la víspera de Nochebuena parece que las nubes comienzan a descansas. Los seis Cuerpos de Ejército de Franco

están preparados: el de Urgel lo manda Muñoz Grandes; el del Maestrazgo, García Valiño; Moscardó, el de Aragón; Gámbara, el Legionario; Solchaga, el de Navarra; Yagüe, el Marroquí, y Badia, el de reserva. Un puñado de generales que nada tienen que envidiar al brillante conjunto de mariscales napoleónicos.

La araña de la estrategia se lanza sobre Cataluña. A las lluvias de diciembre sigue el tiempo frío y seco de enero. Por la «conca de Tremp» todo sale bordado, pese a la resistencia enemiga. Un día la Bandera tropieza con una seria resistencia: los de la F. A. I. no quieren vender barato el terreno. Los de la 16 están en una posición difícil, muy hostigada.

—Hay que realizar un golpe de mano—piensa el comandante Carreño—para desorganizar el fuego sobre la posición.

Muy de madrugada sale un grupo mandado por el teniente Berenguer. Allá van los hombres, pegados a los secos matorrales. El día se va echando encima, y la situación no se aclara. Berenguer ha sido herido y clavado por las balas enemigas. Es necesario resolver el laberinto. El jefe da las órdenes precisas, indica los itinerarios y la forma de quebrantar la moral enemiga: el plan lo realizará Faria al frente de un grupo de hombres escogidos.

Todo ha sido previsto por el comandante de la unidad, pero aquel recio fuego está a punto de quebrantar el espíritu de la tropa. El rastrear ha sido descubierta y comienza la lucha cuerpo a cuerpo. De los 36 hombres que habían salido, solamente once se mantenían con vida. Parecía que su muerte estaba decidida, no quedaba más que morir. Pero allí estaba Leite de Faria, que con su espíritu, siempre dinámico, mantuvo el dinamismo de sus hombres hasta la llegada de los refuerzos. A la hora de echar cuentas, el enemigo había dejado más de cien muertos y centenares de heridos y prisioneros.

Rodrigo Leite de Faria ha culminado su ciclo militar. Poco antes de concluir la guerra de Liberación ha ascendido a teniente. El círculo de su aureola ha quedado cerrado el día 1 de abril de 1939. Leite de Faria ha sido el prototipo de los «viriatos» en comunión perfecta con los soldados españoles.

#### UNO DE LOS PRIMEROS SOLDADOS DEL MUNDO

La paz es ejercicio más difícil para los hombres de armas. Es un enfundar la espada brillante y escurridiza en la funda de la inacción material. La Península ha dado la patada a la conjura internacional del comunismo, y Rodrigo Leite regresa a Portugal para incorporarse al Regimiento número 18 de Infantería.

Paz y vida de guarnición en la metrópoli. Hasta que en 1941, cuando la vida internacional está sumergida en el ritmo de la guerra, Leite de Faria es destinado a Cabo Verde para mantener tenso el espíritu de las tropas coloniales. No hay un momento de descanso en el decadente clima de los trópicos, y su unidad es siempre la más distinguida.

Leite de Faria, uno de los soldados más valientes de las Españas. Su prestigio rebasa todas las fronteras. El temple conseguido en la guerra española al lado de nuestros soldados ha hecho del famoso «traga-tanques», uno de los soldados legendarios de los tercios de Iberia.

Aquel gran militar que fué Millán Astray le consagró en Lisboa durante una recepción en la Embajada de España.

—Dejadme abrazar—gritaba el general— al más bravo de mis soldados.

Y no es ésta la única confirmación de su valer internacional. Ya hace más de diez años durante un almuerzo ofrecido por el ministro de la Guerra portugués al comandante en jefe de las fuerzas brasileñas en Europa, el oficial adjunto del Ejército yacuí al lado de las fuerzas brasileñas, decía a un alto jefe lusitano:

—No está aquí el oficial propuesto para la más alta condecoración militar del mundo?

Al decir esto aludía a la Cruz Laureada de San Fernando, que durante cierto tiempo rondó el pecho del oficial portugués. El militar del país hermano creyó que era una referencia al conde de Arranches, el de la Jarretiera. Pronto fué sacado de su error.

—No—dijo el americano—, no es la Jarretiera, sino la Laureada de San Fernando.

Y la alabanza era mayor dado que el eco de las hazañas de Leite no había sido recogido en Europa, sino en América.

Hay circunstancias en que el espíritu del hombre puede anquilosarse. Tal vez el matrimonio influya en la línea tensa del heroísmo. Leite de Faria se casó en 1952 con doña Rita María Teresa del Niño Jesús Cohen do Spirito Santo, hija de un opulento banquero.

Pero Rodrigo Leite, cuando la existencia de la patria está en peligro, no duda un sólo momento en arriesgar las comodidades de la vida para salvar la integridad de Portugal. Por eso, cuando Goa, fué puesta en entredicho, el veterano voluntario de la guerra española volvió a nuestra patria y asistió en Alcantarilla a los cursos de paracaidismo, demostrando una vez más, su innato espíritu de milicia.

Medallas, cruces. El pecho de Rodrigo Leite de Faria se ha ido cubriendo con la constancia oficial del valor. Y ahora, hace pocos días: dos, tres... Portugal le ha entregado la más alta condecoración castrense: las insignias de la Torre y de la Espada por su comportamiento en la Cruzada española.

España estaba allí con su embajador don Nicolás Franco.

—«Esa tropa española—dijo Botelho Moniz, jefe de los «viriatos» portugueses en nuestra guerra, refiriéndose a nuestra Legión—es la «primera del mundo.»

Y es que en ella se dió la conjugación perfecta del espíritu de España y Portugal.

Luis LOSADA

Presidencia del acto inaugural de la Escuela



## MATERIA PRIMA: EL HOMBRE

CON LAS MISMAS MAQUINAS Y EL MISMO PERSONAL  
EL RENDIMIENTO PUEDE SER DISTINTO

UNA ESCUELA DE ORGANIZACION INDUSTRIAL PARA ALUMNOS QUE TENGAN TITULOS Y EXPERIENCIA PROFESIONAL

PARA ingresar se les ha exigido: Traducir del inglés un trozo de Smith, presentar un informe de lo realizado en el campo de sus actividades profesionales y responder a cinco largos cuestionarios de un «test». Y nada más, si es que esto es poco.

Ha nacido en Madrid, para España, la primera Escuela de Organización Industrial. Una Escuela distinta a todas las que han funcionado nunca en nuestra Patria.

Ha comenzado con 18 alumnos

y seis profesores para esos 18 alumnos. Los alumnos tienen que ser profesionales titulados: ingenieros, abogados, economistas. La media de edad entre los alumnos es de treinta y cinco años. Los alumnos han tenido experiencia profesional durante varios años. No hay libros de texto. La matrícula cuesta 6.000 pesetas. El curso dura cinco meses. Al final no se concede ningún título especial. La Escuela no garantiza ninguna colocación.

Esos 18 hombres, elegidos entre

cincuenta, pueden abrir para España nuevos caminos en la Organización Industrial. Esos caminos que naciones con más poderío industrial que la nuestra, con más materias primas, más máquinas, más medios, han recorrido para poder rendir más en todas sus posibilidades; los caminos que van hacia el hombre. Hombres. Hombres que trabajan junto a las máquinas y hombres que dirigen.

Suiza no tiene materias primas, grandes yacimientos o grandes centros mineros. Pero sus hom-

bres de empresa están capacitados, tienen una visión económica de los problemas de sus empresas y de los problemas de la economía nacional. Y Suiza aprovecha las ocasiones, su situación, los vaivenes de la economía mundial. Hay hombres de empresa, formados, no autodidactas.

«La mejor partida en el activo de una nación son sus hombres.» Pero los hombres no figuran en la mayoría de los libros de contabilidad...

En la nueva Escuela de Organización Industrial se va a tratar de formar hombres de empresa españoles con unos métodos aceptados en otras naciones europeas y aceptados también en los Estados Unidos.

Se reunirán futuros miembros de dirección de las más diversas empresas a estudiar los problemas de Organización. Juntos el director de un hotel, de una empresa de camiones, de una mina de sal, de una compañía de seguros. Los problemas técnicos de cada uno serán distintos, pero los problemas de dirección son los mismos: trato con el personal, control de materiales, ventas, salarios, bolsa, publicidad, estadística... Un tipo de formación que no se ha dado nunca en España.

#### UN RENDIMIENTO DISTINTO

Es director de una mina, por ejemplo, un ingeniero. Ha ascendido a la dirección, en el mejor de los casos, por sus propios méritos. Pero su visión de técnico le hace fijarse en la mina, sin dejarle parar la atención sobre nuevos sistemas de ventas, mercado nacional o internacional, ambiente en que vive el personal a su servicio, la propaganda que se hace de sus productos... El, ante todo, es un hombre que sabe de minas. De los mil métodos de ampliar el capital elegirá uno guiado un poco por su intuición de «hombre de negocios», más que por su saber. Al tratar de distribuir el capital entre las necesidades de su empresa, entre renovar el material de extracción o renovar el sistema de distribución del producto se inclinará, por instinto, a la renovación del material, creyendo, como técnico, que el material es lo más importante y a lo mejor, en el momento de desarrollo de su empresa, no lo es.

De hecho, muchas de las empresas españolas están en manos de magníficos ingenieros, entre las que no todas tienen una visión suficientemente actual de los problemas de organización de su empresa. Y su saber de hombre técnico y el esfuerzo del personal a sus órdenes se desperdicia. Aunque en muchos casos la empresa progresa. Pero no progresa todo lo que podría.

En Norteamérica cayeron en la cuenta que, resulta impropio usar con técnicas, medios y procesos industriales modernos, técnicas de dirección viejas, de hace cuarenta, cincuenta o más años. Los mismos americanos confiesan que esta idea, y los estudios planteados como consecuencia, es la que les ha dado la superioridad técnica en muchos aspectos fundamentales. Y esta es



Los alumnos de la Escuela de Organización Industrial, en una de las clases

la razón por la que estos estudios se realizan ya en las naciones europeas más adelantadas. Naturalmente, si naciones con una potencia industrial y una capacidad de desarrollo como Estados Unidos, Alemania o Inglaterra se han preocupado de estos problemas para incrementar su producción—que ya es grande por la cantidad de materias primas e instalaciones con que cuentan—para una industria como la nuestra, en trance de adaptación y superación, el encontrar y explotar esos recursos internos que proporcionan una buena organización debe resultar vital.

En la nueva Escuela de Organización Industrial se tratará de proporcionar unos conocimientos fundamentales que ayuden a resolver y analizar los problemas de organización; se fomentará el espíritu de colaboración y de trabajo en equipo; se tratará de desarrollar el hábito de considerar y analizar las nuevas ideas y los nuevos métodos, vengan de quien vinieren.

Con las mismas máquinas, con los mismos hombres, el rendimiento puede ser distinto.

Porque los hombres pueden estar mejor o peor preparados.

#### HARVARD 1956

«Eran 157 asistentes al curso. La media de edad giraba al rededor de los cuarenta y cuatro años. La media de ingresos de aquellos hombres que se preparaban para seguir el curso de personal directivo de empresa era de unos 25.000 dólares. Todos acostumbrados a un alto nivel de vida. Alguno de aquellos hombres de empresa solía después de bastantes años a la Universidad; algunos llevaban sus aparejos de pesca, sus palos de golf, sus aparatos de televisión portátiles, su automóvil, sus diccionarios; había quien traía consigo hasta su pequeña bodega. Acudían puntuales a las clases solicitaban permiso para hablar, alzando el brazo, de profesores a veces más jóvenes que ellos; a quienes tuteaban, y estudiaban hasta las dos o las tres de la mañana...

Harvard, 1956. Un curso cualquiera del «Advanced Manage-

ment Program—se podría traducir «Programa para personal directivo»—de la «Business School».

La Business School puede significar «Escuela de Administración de Empresas». Pertenece a la Universidad de Harvard y fué fundada de 1907. Este tipo de escuela tuvo gran éxito y fué copiada por casi todas las universidades americanas. En la Business School se enseña—entre otros muchos cursos orientados a miembros de asociaciones laborales—el «Advanced Management Program».

Este curso A. M. P. fué creado durante la guerra, ya que se reconoció que muchos directivos, a pesar de que las escuelas de administración llevaban funcionando treinta años, eran autodidactas, precedentes de campos muy especializados, hechos directivos sobre la marcha, carentes de una formación dirigida y completa.

Hoy se dan cursos para personal directivo en todas las universidades americanas y en algunas escuelas europeas.

El método seguido en Harvard supuso también una innovación. Excluye los estudios de memoria: aspira a enseñar a pensar y a decidir. No se estudia un problema: se le vive.

En Harvard todo puede ser un caso. Lo más frecuente es que el caso sea eso, un caso real ocurrido en una empresa, un ejemplo de buena o mala administración, expuesto con riqueza de datos. Son temas de estudio y discusión las memorias de sociedades, informes, artículos, conferencias, ciertas leyes, juicios y procesos contra empresas y hasta películas comerciales cuya proyección se puede interrumpir a la mitad para dar paso a la discusión...

Esos casos son estudiados por grupos de alumnos y después discutidos en las clases.

«En las discusiones de la Business School he visto de cerca lo que es una discusión mesurada y de altura y he visto que en aquel ambiente se consideraba como la cosa más natural que siempre se está a tiempo para aprender algo, cualquiera por modesto que sea puede enseñarnos algo, nadie se cree en posesión de la verdad, lo que hace que se tenga un gran



Un profesor explica, en inglés, su lección sobre producción y control

respeto a las ideas ajenas y que se escuche al que habla tratando de aprovechar lo que tenga de bueno en lo que dice, en lugar de prestarle oídos sordos rebuscando en la mente argumentos para contradecirle, con el resultado de impermeabilizarse a las nuevas ideas.

Don Fernando del Castillo es uno de los ingenieros españoles que han participado en Norteamérica en un curso de A. M. P., precisamente en Harvard.

«Las empresas, continúa diciendo, no dudan en privarse durante tres meses largos de sus elementos más eficaces, seguras como están de que a su regreso la mejor formación de los mismos le compensará con creces de este tiempo que ellos no llaman «perdido», sino «invertido», en el curso.

Pregunté a muchos de mis compañeros: «¿Para qué has venido a este curso?» La respuesta fué casi siempre la misma: «Para poder hacer mejor mi trabajo».

La Universidad de Harvard, y por tanto su Business School, con 800 millones de dólares de presupuesto, se sustenta con donativos de las empresas industriales americanas...

### NUEVOS METODOS, NUEVOS FRUTOS

La industrialización española, en su caminar, está tentando nuevos sistemas de renovación interna. Hace dos años el movimiento de racionalización del trabajo, la campaña de productividad, ha tratado de plantear nuevas soluciones y los problemas que el cambio de métodos —no sólo el avance de la maquinaria— está planteando a la industria de todas las naciones.

Cientos de empresas han enviado miles de obreros a cursillos de racionalización en las capitales más importantes. Los frutos se van a ver dentro de muy poco tiempo, y en muchas ya se pueden apreciar.

Faltaba dentro de este movimiento general de racionalización, una mejor formación de técnicos superiores, de directivos de empresa.

Hace unos meses el presidente de la «Unilever» —una empresa

gigante inglesa—dedicó más de tres cuartas partes de su discurso a los accionistas en hacer hincapié en esta suprema necesidad para su empresa y para toda la industria de las islas, no una formación mejor en el orden técnico de la especialidad de cada cual, sino en orden a la dirección de ese mundo tan complejo como es una gran empresa.

La productividad es resultado de muchos factores: técnicos, de administración, de trabajo, de organización... El hecho de que un obrero rinda poco puede ser culpa de él, pero generalmente será del personal que le dirija: si se le enseña a trabajar se le dan medios, se le pone un buen clima de relaciones humanas dentro de la empresa...

«Sería terrible que las muchas y nuevas fábricas e instalaciones

que se están levantando en España no llegaran a dar el máximo rendimiento de que son capaces.» Dentro de unos años, estos alumnos de la nueva Escuela tendrán la palabra.

### «SI NO FUERA INTERESANTE NO HUBIERA VENIDO. ¿PARA QUE?»

«Otra de las innovaciones de nuestra Escuela es que los profesores, aunque sólo expliquen una clase, deberán permanecer en la Escuela cuatro horas y algunos hasta ocho horas al servicio de los alumnos para resolver dudas, dar bibliografía o comentar casos concretos.»

La Escuela tiene pocas cosas que ver. Está situada por ahora en dependencias de la Escuela Especial de Ingenieros Industriales. Por los pasillos del caserón, como una señal para buscadores de tesoros, unas flechas suben y bajan escaleras llevando hacia la Escuela de Organización Industrial, y allí...

Una obra que comienza. Estanterías vacías aún de libros. Ficheros con pocas fichas. Butacas, no: sillas de oficinas de chapa y repujado verde. Tres pequeños despachos y una clase poco amplia. Luz de sol sobre las mesas limpias, sobre las sillas limpias, sobre las paredes... como en una empresa que nace, como en un despacho donde nadie se ha echado hacia atrás con la silla ni ha pegado un golpe violento sobre la mesa.

En la clase el tablero ya está sucio, aunque sea el segundo día de actividad. En el tablero claves y divisiones que califican al personal de una fábrica. Y en las sillas verdes, dieciocho hombres, le empresa con muchas cifras, muchos datos y muchas experiencias sobre sus vidas.

—¿Hay alguno que no haya cumplido treinta años?».



En Norteamérica también se sigue con el máximo interés cuanto se refiere a la organización industrial. El director de una institución explica a un vocal el funcionamiento

—Treinta ¿dice treinta? ¡Quién los pescara! ¡¡Cuarenta y cinco!!

Hablan como estudiantes. Todos amontonados y de prisa. De verdad que han rejuvenecido al volver a una escuela.

—¿Cuál es la primera impresión de la escuela?

—¿Cuál es la primera impresión de la escuela?

—Todavía no hay muchas; aun falta algún profesor por dar clase...

—¿En general?

Los profesores quieren entablar conversación y las clases son eso conversaciones.

La mesa del profesor está a medio metro de los alumnos. El de primera fila se podría apoyar en ella.

—Y eso es muy distinto a lo que habíamos visto hasta ahora, claro.

Entre los que hablan hay dos economistas, tres ingenieros industriales, un abogado, un ingeniero de telecomunicación, dos de caminos, dos de armamentos, uno de minas, cuatro ingenieros más de otras especialidades y un intendente: total, 18. Alguno con una calvicie bastante avanzada, otros con un pelo peinado de galán maduro, uno de uniforme —tres estrellas de cinco puntas—.

—¿Y el ingreso?

—¡Traducir inglés del siglo XVII!

Debe de estar exagerando.

—¿Y el «test»?

Dicen cosas terribles del «test». Sobre todo del «test» sobre fichas de dominó. Nadie habla bien del dominó ni de sus inventores.

En el examen no se azuzó a nadie para ver quién sabía más, como se acostumbra por aquí en estos casos, en que se ha decidido admitir a pocos como prueba primera y se presentan casi cincuenta. Se exigió, sencillamente, en primer lugar, traducir un trozo de inglés, porque el inglés es imprescindible en materias de organización industrial. Además se exigió realizar un «test» de capacidad. El «test» había sido preparado especialmente por el Instituto Psicotécnico Nacional, donde se analizaron los resultados. El Instituto Psicotécnico realizó el año 56—es un dato de pasada, para subrayar su experiencia y solvencia científica—56.377 «test». El «test» preparado para la Escuela de Organización Industrial consistía en cinco pruebas: de razonamiento, de inteligencia especial, de comprensión verbal, de fluencia y de atención. El del dominó debió ser el «test» de atención.

Además, de estos dos ejercicios se exigía la presentación de un informe relativo a sus actividades en empresas. Empresas esparcidas por toda España. Algunos de los alumnos ha vuelto al aula después de quince años de trabajos. Algún otro abandonando su puesto de jefe de administración

de una gran firma comercial. Todos dispuestos a aprender.

—«Si no me pareciera interesantísimo no hubiera venido. ¿Para qué?».

## INTERCAMBIO CON LOS ESTADOS UNIDOS

El Profesorado está formado en los Estados Unidos. Hay un profesor norteamericano y vendrán otros en su día. Mr. Wayne L. Mc. Naughton que fué profesor de la Universidad de Illinois, después de la de Dakota y actualmente de la «Business Administration» de California, con la que tiene un contrato especial de intercambio. Hay además, cuatro profesores españoles preparados en Norteamérica enviados allí por la Escuela: don Luis Torres Márquez, ingeniero industrial formado por la Universidad de California en las materias de su asignatura; don Alberto Pintado Fe, ingeniero industrial, también ha estudiado en California; don Alfredo Miret, ingeniero industrial por la Escuela de Barcelona con estudios en la misma universidad norteamericana; D. José Gil, doctor en Exactas por la Universidad de Madrid con estudios en Chicago y California, y finalmente, don Carlos Fernández Arias, único miembro del I. N. I. que está de profesor en la escuela actualmente, que fué enviado por el I. N. I. a Norteamérica, es licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad de Madrid y tiene estudios en la Universidad de Syracuse, actualmente secretario de la Escuela. Todos con una relación de actividades y estudios que no es posible dar a conocer aquí, pero que les dan una categoría indiscutible.

Hay actualmente en Estados Unidos otros cuatro futuros profesores preparándose para el profesorado de la Escuela; en este año saldrán otros ocho para Norteamérica.

Estos intercambios se hacen a través de la Administración de Cooperación Internacional, I. C. A., con una mayor o menor aportación de esta organización según los casos. Para esta colaboración con la I. C. A. los fondos disponibles ascienden a 166.600 dólares. Además, de esos dólares la I. C. A. ha proporcionado a la Escuela un total de 4.227.000 pesetas destinadas a honorarios de profesores, administración, libros, viajes...

Actualmente, ha comenzado el curso de organización de la Producción. En septiembre próximo comenzará también el curso de Organización de Empresa y otros cursos diferentes para personal intermedio entre la dirección y la mano de obra: jefes de ventas, jefes de personal, etc.

Para participar en el curso de Organización que ha comenzado ya se exigía tener título de ingeniero civil en cualquiera de las

especialidades o tener cualquier otro título reconocido que fuera equivalente en categoría y especialidad a los anteriores. Aun tratándose de un curso orientado hacia técnicos industriales han sido admitidos dos economistas y hasta un abogado.

En la próxima convocatoria para el curso de Organización de la Empresa junto a los títulos de ingeniero se especificarán los de derecho, económicas, ciencias e intendentes mercantiles.

La Escuela fué creada por un decreto conjunto de los ministerios de Industria y Educación Nacional del 12 de julio de 1955. El mismo decreto encomendaba a la Comisión Nacional de Productividad la tarea de organizar la Escuela.

## SIGA LA DIRECCION DE LA FLECHA

«El conocimiento de los problemas de la organización nos hará llamar en el momento oportuno al técnico, al economista, al agente de publicidad.»

Era el segundo día de clase. En el apretujado cambio de impresiones con unos y otros, uno de los ingenieros «soltó» esa frase. Una frase muy importante en el momento de tomar decisiones. Si la nueva escuela consigue una mayor tendencia al trabajo en equipo, el sentido del conjunto en los hombres de empresa, la Escuela puede ser una lección clave en la industrialización española.

La Escuela no da título. No ofrece colocaciones. No asegura nada. Forma, capacita, para que, al regreso a sus centros de trabajo, los alumnos puedan trabajar mejor, con más sentido de la totalidad, con visión más amplia, en puestos de responsabilidad dentro de la escala directiva de las empresas.

Ocho horas de clase diarias, sin textos, dialogando con el Profesor, es una buena manera de ganar el tiempo.

Las flechas suben y bajan escaleras en el edificio de la Escuela de Ingenieros Industriales; podríamos tomarlas como una llamada de atención, como esas manos negras antiguas con el índice extendido que iban señalando caminos o subrayando párrafos.

Se calcula que la Escuela cuando funcione con todos sus cursos en marcha serán necesarios veinte millones de presupuesto. Los alumnos son y serán elementos que hayan trabajado y que después del curso seguirán trabajando en sus empresas, aportando al funcionamiento de las mismas la novedad de los métodos que en la Escuela se les enseñe. Es natural que se espere para un futuro próximo que las empresas, al ser las primeras beneficiarias, sean las que aporten libremente ese capital necesario para el funcionamiento eficaz de la Escuela... Ahí está Harvard, para el bien de las empresas industriales norteamericanas.

Van a dar las once y vuelve el profesor a clase. A los pocos minutos se oye al otro lado de la puerta la discusión. La Escuela de Organización Industrial sigue su camino. Con las flechas—como un apuntador—apuntando hacia ella.

José Luis TORRES

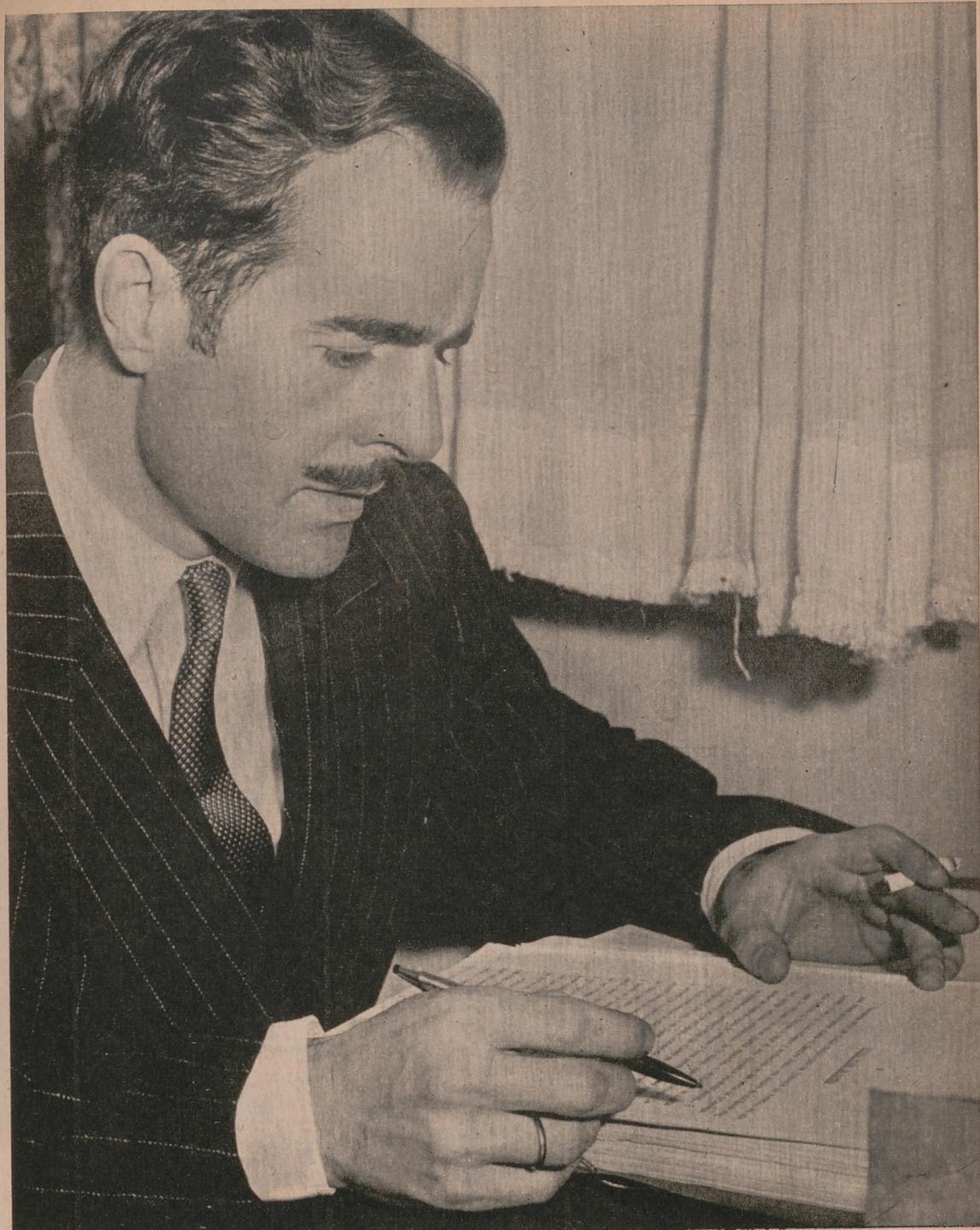
Suscríbase usted a

“LA ESTAFETA LITERARIA”

aparece todos los sábados

Montesquiza, 2

MADRID



## RODRIGO ROYO, ENTRE "EL SOL Y LA NIEVE"

**"LA DIVISION AZUL FUE LA EXPRESION  
DE UN PUEBLO QUE TIENE CONCIENCIA  
HISTORICA Y QUISO DEMOSTRARLO"**

**UNA NOVELA DE ACTITUDES ESPAÑOLAS**

### QUINCE AÑOS DESPUES

SE han abrazado reciamente.  
Se han separado un instante  
y han comenzado a mirarse  
poco a poco:

—Pues estás igual, Rodrigo.

—¡Eso, tú!

—¡Uj! Mira cómo estoy de calvo.

—¡Quince años que no nos veíamos. Mateu!

Ahora quedan en silencio. Los dos hombres, jóvenes y marcados por el hierro de la historia pasada, dejan de pensar en ellos. Otros hombres, sombras, recuerdos, vuelven.

—Te digo, Rodrigo, que algunos de los personajes de tu novela los hemos conocido. De mi decían los de mi Escuadra que

tengo algo de... ¡Ni hablar, no me parece nada! ¡Pero quien está clavado es...!

Han salido juntos del bar. Han caminado juntos, con el zapato brillante y negro de la ciudad, por las calles húmedas y frescas de Madrid. Llueve sobre ellos ligeramente. Dos soldados de la División que hacía quince años que no se veían los reúne ahora una novela: «El sol y la nieve». Los dos están en ella. El que la escribe y el que la lee. Han entrado en uno de esos restaurantes calientes y gratos que se apellidan en germano, y antes de despedirse de mí han vuelto a reeditar su alegría:

—¡Pues te veo igual!

—¡Bueno, ni pensar que yo sea ese tipo tan simpático de la novela. ¡Si se entera mi mujer!

Una sonrisa juvenil, alegre y festiva dilata durante un instante la pausa, la quieta tristeza que va incurra en el encuentro.

**«LA VIDA ERA UN CUADRILATERO DE ENTRENAMIENTO PARA LA LUCHA»**

Tengo ahora a Rodrigo Royo, de treinta y seis años, periodista, escritor y viajero, diez años de corresponsal periodístico por el mundo, frente a mí. Acaba de quitarse el sombrero. Con él puesto parece un personaje del cine. Ese tipo humano pateitado por el galán inglés. Pero el retrato sería injusto. Rodrigo Royo queda identificado con una generación que ha sufrido al mirarle los ojos, medio claros, pero quietos, fijos, concentrados y dolorosamente idos hacia adentro, ausentes.

Rodrigo Royo besa a su hija, de cinco años. Que yo me entero de su edad porque ella lo dice sin que nadie, la verdad, le haya preguntado nada.

—Tengo cinco años. ¿Tú no lo sabes?

Uno no lo sabía.

Detrás de ella viene en el cochecito la segunda. Esta tiene seis meses. El padre la coge en brazos, feliz, y tararea levemente una canción, una tonadilla arbitraria y optimista. La niña mueve sus piernas en perfecto acorde de ritmo y de gracia:

—Lo ha aprendido a hacer en seguida. Unos días de ensayo y ya está—dice sonriente.

La esposa de Rodrigo Royo es colombiana. Es joven, rubia, tranquila. Le pregunto:

—¿Qué piensa de su marido?

Me mira asombrada:

—¿Qué tengo que decir?

—¡Ah! Eso no vale.

**«EL MUNDO ES UN CUADRILATERO DE ENTRENAMIENTO PARA LA LUCHA»**

Ya estamos ahora, sin más, en el ruedo de la conversación. Rodrigo Royo ha escrito una novela sobre la División Azul y esta novela, su edición, se ha vendido en veinte días. La novela es un cuadro del marco de una de las más hermosas y dramáticas experiencias españolas de los últimos años. Un hombre joven está dentro de ella. ¿Cómo piensa? ¿En qué cree hoy?

—Yo vi siempre el mundo co-



**«Para mí, la División Azul fué la expresión de un pueblo que tiene conciencia histórica universal y quiso demostrarlo»**

mo un cuadrilatero de entrenamiento para la lucha. Cuando era joven llegué a tener un deseo concreto.

—¿Cuál era?

—La decisión absoluta de romper el cuadro del cuadrilatero y ganar nuevo espacio, nuevos horizontes. De romper, en fin, con el viejo marco provinciano que nos rodeaba en todos los sentidos.

Las palabras se van ahora por la vereda familiar. Por eso que explica a los hombres:

—Yo era el cuarto de seis hijos. Mi padre era un hombre extraordinariamente inteligente, pero que se había quedado anclado, acaso por comodidad, en el pueblo de Ayora, en Valencia, donde ejercía la profesión de abogado...

Una leve pausa. Un gesto rotundo con las manos.

—Abogado de pueblo, que es una profesión que se ejerce en esos sitios con el rigor de la Medicina, confidente y amigo de todos.

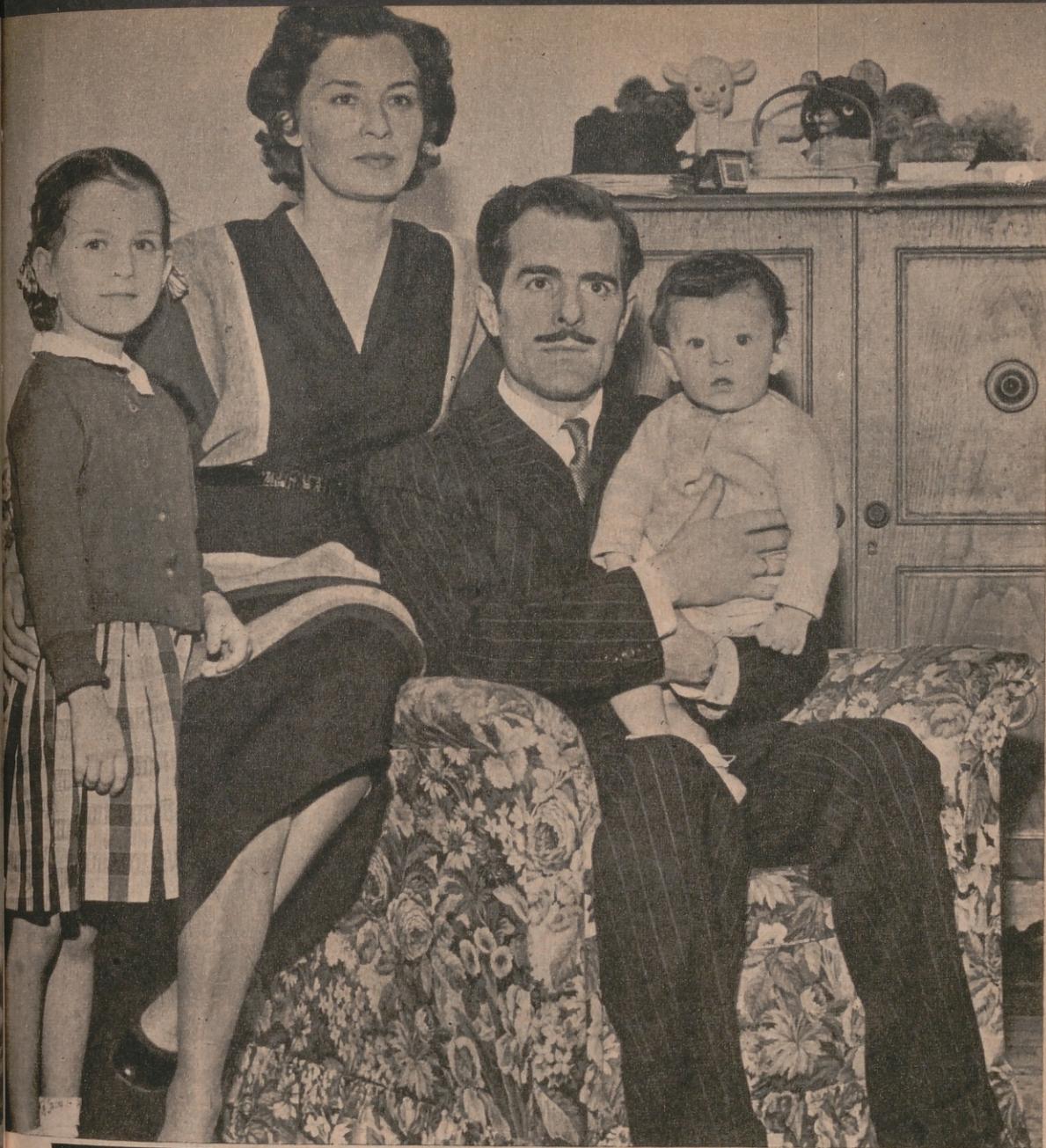
Repentinamente me habla del campo, de la tierra desnuda.

—Ahora será siempre para mí el campo. Es una de las cosas que más me gustan y que más echo en falta. Hasta después de los diez años no vi una ciudad ni subí a un tranvía ni a un ascensor. Mi vida transcurría sencillamente, tranquilamente.

—¿Ya pensabas qué ibas a ser?

—¡Hombre! Eso estaba decidido desde mi más tierna infancia: iba a ser abogado.

Nos reímos los dos anchamente. Pasado el tiempo en el momento mismo de ingresar en la Universidad, Rodrigo Royo se alistó en la División Azul:



Rodrigo Royo en la intimidad. Sus cejas duras, su rostro esquemático, contrasta con el rostro apacible de su esposa. Los niños, sonrisa y meditación, tienen al fondo los juguetes que llenan sus horas ilusionadas

—Preferí la licenciatura de la guerra.

No hay en sus palabras, lenta y sobriamente dichas, la menor fanfarronería. Es un hombre joven, delgado, lleno ahora de repentina fe.

**«EL ESPIRITU HUMANO ERA MAS ANCHO EN LA BASE DE LO QUE YO HABIA CALCULADO»**

—¿La más importante?

La respuesta es matemática. Sin una sola duda. Rectilínea:

—Quedé convencido que la vida y el espíritu humano era más ancho en la base de lo que yo había calculado de muchacho, y ello, de verdad, me causó una viva y sorprendente alegría.

Naturalmente, una novela más sobre la División es un suceso que merece la pena tocarse por sí mismo. Ninguna división del

mundo ha producido desde sus propios participantes tan rica aportación literaria.

—Depende fundamentalmente de quiénes la compusieron. Un enorme grupo de estudiantes y universitarios, de gente joven, en fin, que se sintió espoleada por su vocación literaria a contar su experiencia. A escribirla.

**«LA EXPRESION DE UN PUEBLO QUE QUIERE SALIR AL MUNDO»**

Ha venido la niña de Rodrigo Royo, muy dueña de la situación, a contarnos que a ella ya la habían retratado en otra ocasión. Un niño, amigo de la casa, poco más o menos de su misma edad, la interrumpe:

—Pues a mí también. Pero yo cerré los ojos porque el sol me «chocaba» en ellos y no me dejaba ver. Los tengo «todos» cerrados en la foto.

Los niños se van repentinamente, cogidos de la mano, contándose sus misteriosas y dulces cuitas infantiles. Les oímos: «Mi papá me dice que no tenga la boca abierta...»

Les vemos correr por el pasillo.

—Ahora, al cabo de quince años, ¿cuál es la razón más importante que encuentras en la salda de la División Azul?

—Para mí, dejando aparte las razones de todo tipo que pudieran hacer salir a cada uno, individualmente, a la palestra, creo que, en su conjunto, fué la expresión de un pueblo que tiene conciencia histórica universal y quiso demostrarlo. Por otra parte, y como pasado el tiempo lo veremos todos los españoles, la División está en la línea de las grandes gestas españolas, en las que no hay nada de gestas, sino



«Por encima de todo, mi fe permanece viva. Yo creo que existe mucho mayor margen de posibilidades humanas que lo que se detecta en la superficie»



Periodista, escritor, viajero. Identificado con una generación que ha sufrido, que ha galopado entre pensamientos patrióticos

de hechos reales, desnudos, verdaderos. Es decir, gesta auténtica.

«MI FE PERMANECE VIVA»

Quisiera hacer trascender a este diálogo, mejor que en ningún otro caso, mucho de lo que queda

siempre entrevisto en toda conversación aquello que queda por encima y aparte del flujo y reflujo de las palabras: el gesto, la tensión, las frases a medio hacer. Estamos ante un hombre joven, ha andado y sufrido. Fué de un lado para otro. Trajo un coche de América; ya lo ha tenido que vender. La vida es lucha.

—¿Por encima de todo mi fe permanece viva. Yo creo que existe mucho mayor margen de posibilidades humanas que lo que se detecta en la superficie. Personalmente, lo aseguro, me ha dejado sorprendido la actitud de la minoría divisionaria. Parecía inexistente, cada uno en su trabajo, perdidos unos de otros, y de pronto los he visto a todos.

—¿Qué piensas de ello?

—Mantengo esperanza en la resolución de los problemas y pienso, como ya te he dicho, que hay mucho más, hacia lo profundo, que permanece intacto, permanente.

«ESCRIBI «EL SOL Y LA NIEVE» ENTRE BOGOTÁ, MADRID Y NUEVA YORK»

Antes de publicarse en español la novela de Rodrigo Royo apareció en inglés en Estados Unidos. Desde su regreso de Rusia en 1942 hasta 1950 el tema no avanzó, sin embargo una línea.

—Me daba vueltas el tema en la cabeza, pero no empezó a tomar una forma concreta hasta el año 1950. Me documenté todo lo posible sobre la guerra en su conjunto, no lo que veíamos nosotros desde nuestro agujero, para tener yo también una idea más universal de las cosas. Así, por ejemplo, dentro de la trama novelesca, es completamente histórico el relato que hago de la organización del episodio de la resistencia de los «partisanos» rusos a nuestra retaguardia. El suceso ocurrió poco más o menos en nuestro frente y tomaron parte en la reunión Vorochilov, Vlasov y Krustchev.

El escenario de la creación del libro es triple: Rodrigo Royo trabaja en sus cuartillas a lo largo de cinco años y principalmente en tres ciudades: Bogotá, Madrid y Nueva York. Es el hacer y deshacer. Cuando entrega el manuscrito al editor americano quiere éste teniendo en cuenta la mentalidad americana, algunos cambios.

—¿Y ahora?

—La emoción más importante que he recibido se basa en lo siguiente: me han llegado más de doscientas cartas...

Una jovial sonrisa:

—Aquí, donde la gente no escribe, ya se sabe, ni a su familia. Tengo, pues, el testimonio de toda esa gente que ha sentido la necesidad de ponerme unas letras para decirme que estaba de acuerdo con lo que decía, para decirme que estuvo allí, en «ese» batalla o en aquel combate.

—¿Te sorprendió?

—Nadie se ha quedado tan sorprendido como yo.

Entramos de lleno en este momento en un asunto importante. Me ha enseñado numerosas críticas de los periódicos norteamericanos recogiendo la aparición en

inglés de su novela. Son, en líneas generales, muy favorables. Alguna, sin entender de qué se trata cae en la especulación política. Al margen de ello, es un libro más, de un joven español que ha traspasado la frontera estadounidense.

—Mi novela, con las de Giannela, Cela y Javier Martín Artajo, ha puesto a los editores americanos en la pista de una cantera de riqueza y variedad inmensa (me refiero al resto de los escritores españoles) que, por un cúmulo de circunstancias adversas, había permanecido hasta el momento presente alejada de su especulación editorial. Esa es toda su importancia.

«YO SE QUE NO HE ESCRITO «EL QUIJOTE»

Me complace decir que Rodrigo Royo, un español de treinta y seis años, se manifiesta esperanzado. Todo él manifiesta confianza y serenidad. Quizá por encima de sus nervios. Piensa en nuevos libros.

—Ahora, después de terminar éste, el último, el escritor se queda desnudo y vacío. Exactamente igual que si estuviera en el desierto o en ese momento tremendo cuando, dando una conferencia, se te han ido las ideas de la cabeza y empiezas a preguntarte desoladamente: «¿Y qué digo ahora? ¿Y qué digo ahora?»

—¿Y qué vas a decir ahora?

Sonríe mientras toma el café. Vuelve la mirada hacia su esposa, que está quieta, callada, recogida en sí misma como si ella hubiera pasado las mismas noches en blanco, las mismas horas de esperanza y desaliento. La mirada de ambos se cruza y funde, sosegada y calladamente:

—Mi colaboradora—dice él—casi sin darse cuenta.

—¿Y qué vas a decir ahora?

—Yo sé que no he escrito el «Quijote», ni mucho menos; pero ya tengo avanzado mucho un libro de ensayo y la idea general de una novela.

Hablamos de la novela. Del libro. Al otro lado de lo mecánicamente novelístico queda en función presente y activa el grupo de soldados que viven en él. Hablan, escriben, dialogan y vociferan. Pero de ese diálogo vivo, enérgico, trasciende verdaderamente un ensayo de actitudes españolas. Ese español pequeño, constante e inconstante, eterno siempre, aun en las diferencias.

—Sí, desde luego, yo he querido retratar aquel ambiente.

Hemos dejado la conversación arrinconada. Muchas de las palabras, por extremado cuidado que fuésemos ambos, él al decir las y yo al trasladarlas, podrían parecer tópicos. Y no es así. Su esposa ha traído el retrato del joven divisionario Rodrigo Royo tal cual era el día que le dieron, a los dieciocho años, el uniforme. Ha pasado mucho tiempo. Mateu decía ayer:

—¿Estás lo mismo!

No es verdad. Algo se ha endurecido y quebrado. El dolor es mejor.

—Ya hemos acabado, Rodrigo Royo.

—Ya.

Enrique RUIZ GARCÍA  
(Fotos de Aumente.)



El sacerdote, con un vestido de acuerdo con los tiempos y las costumbres, se lanza por los caminos del mundo en su misión de apostolado. Nota destacada de los sacerdotes es el alzacuello de su traje

# DOS MIL AÑOS Y POR TODOS LOS CAMINOS DEL MUNDO

## EL TRAJE TALAR, DE ACUERDO CON LOS TIEMPOS Y LAS COSTUMBRES

### EN VANGUARDIA LA SOTANA ROMANA

**Q**UIERASE o no, el problema se lanzó sobre el tapete y dió ocasión a los etimologistas para sacar de camino sus deducciones. ¿De dónde viene la palabra sotana? Así siguió todo. Porque la cosa había empezado, ni más ni menos, en la Argentina, en tiempos de la «era justicialista». Antes de la caída del general Perón. Después, muchas son las cosas que se han renovado, quierase también o no.

Y de rechazo, la polémica llegó—después de haber recorrido de punta a punta, los Andes—al otro lado del Atlántico. A Europa. ¿Deben conservar los sacerdotes su traje talar, la sotana, o por el contrario ha de evolucionar la vestidura habitual del

sacerdote adoptando formas más en consonancia con la vida actual y sus exigencias? Una pregunta que puede tener muchas respuestas. Casi tantas como costumbres hay en los pueblos. Y como pueblos hay en la tierra.

Desde hace unas semanas se mantiene en toda la Argentina una viva controversia, cuyo eje de discusión no es ni más ni menos que la sotana del sacerdote. ¿Debe suprimirse? ¿Debe continuarse la prenda? Ruede la bola, porque no son sino «peccata minuta». Sobre este particular tan accidental aún no se ha pronunciado Roma, y las cosas de Roma van despacio. Mientras tanto, lo único cierto es que el hábito no hace al monje. Aunque le ayuda.

En la Argentina la opinión se ha dividido. Una parte apoya la reforma, aduciendo que vivimos en el siglo XX y no en la Edad Media, y otra parte sostiene que debe conservar su viejo corte tradicional. Entre ambas partes, la única solución capaz de acallar las voces parece ser el de que en las grandes ciudades los sacerdotes vistan el traje negro corriente con alzacuello y botanadora, mientras que en las poblaciones del interior continúen vistiendo la sotana usada hasta ahora.

Sin embargo, no se ha llegado a un completo entendimiento, y es de suponer que en este caso, como en otros muchos, sea Roma quien aconseje, dando fin a una

polémica que dura va varias semanas.

### EL VESTIDO GRECORROMANO, PRIMER TRAJE TALAR

Es evidente que el traje talar ha evolucionado a través de los siglos, pero mucho más lentamente que las costumbres y los usos de la población del mundo cristiano en lo que a vestidos se refiere.

Ahora que la cuestión está sobre el tapete, los etimologistas hacen cábalas sobre la sotana. Y resultan las teorías más diversas. Han llegado a una conclusión que ya estaba deducida desde hace mucho tiempo. Que nada hay nuevo bajo el sol. Es decir, que la vestidura talar depende de los tiempos y de las costumbres. Por eso, y en vista de que el Misal Romano sólo prescribe el hábito talar para revestir sobre él los ornamentos sagrados en la misa o en otras ceremonias religiosas, ya le habían usado incluso los mismos sultanes. La subtana había sido su traje peculiar. Pero lo más probable es que la palabra actual proceda del italiano «sotto»—debajo—, por hallarse obligatoriamente bajo los ornamentos sagrados.

Proceda de ahí o de donde se quiera, no es de extrañar que la sotana, sobre no ser obligatoria en todos los países, presente diversa forma y corte, según las regiones. Todavía, hay quien supone que las vestiduras sacerdotales tienen su origen en los vestidos sagrados prescritos por Moisés, reflejos de los que se usaron en los templos judíos. En realidad, lo único que pudiera haber tomado la Iglesia de ellos es la idea de la conveniencia de un vestuario determinado y especial para el servicio del culto.

Lo cierto es que las vestiduras sacerdotales se derivan del antiguo traje civil usado en Grecia y en Roma. Así vistieron los sacerdotes y ese mismo traje civil se usó en la celebración de los actos religiosos. Era del mismo corte e iguales características que el usa-

do por la población civil en su vida social, en su quehacer cotidiano, y no se distinguía del de los demás por ninguna señal especial. Aunque no hay pruebas explícitas y concluyentes de este testimonio, en realidad basta con las pruebas que aportan las pinturas de las catacumbas. En ellas los ministros están representados con el mismo vestido que llevan los fieles.

Lo cierto también es que ya entonces la Iglesia pedía a sus ministros evitar el lujo en el vestir. Un lujo que pudiera reflejar espíritu mundano. El Concilio de Cartago, del año 398, decía: «El clérigo demuestre su profesión, tanto en su hábito como en su andar; no busque el lujo ni en el vestido ni en el calzado...»

De lo que sí hay pruebas, y abundantes, es de esta identidad entre las vestiduras civiles y las sacerdotales, que se mantuvo durante varios siglos. En el año 428, el Papa Inocencio I escribe a algunos obispos de las Galias recordando la costumbre de que los clérigos, en vez de la túnica y de la toga romana, usasen las vestiduras de los monjes. Y les dice que el clero debe distinguirse, claro está, pero no por el vestido, sino por la doctrina; por la palabra, no por el hábito; por la pureza de la mente, no por la presunción...

Ya de esto se desprende que el traje usado por los sacerdotes y los monjes era distinto, siendo el de los primeros en todo semejante al usado por el pueblo. Desde África, San Agustín escribe que vestía como cualquier persona de las que le rodeaban y decía que le bastaba una túnica de lino para debajo y la toga para encima. Hay mucha más documentación: un fresco del cementerio de Calixto, de la época de Juan III (entre los años 560 y 573), representa a dos Papas: Sixto II y Cornelio, vestidos con la dalmática, la pianeta y el manto. Si exceptuamos el manto, que era entonces distintivo puramente eclesiástico, el resto de la indumentaria es el reflejo del traje civil en tiempos de San Gregorio

Magno. Y en dos retratos de la misma época, uno del senador Gordiano y otro del Santo Pontífice, los dos vestidos del mismo modo, sólo el manto distingue a San Gregorio.

Estos trajes, sin embargo, no se usaron siempre durante el sacrificio. Escritores antiguos afirman que se los quitaban al llegar al lugar sagrado y que allí se vestían otros blancos o los usados en días de fiesta. No deja de ser paradójico que algunos herejes hiciesen la afirmación rotunda de que la limpieza ofendía a Dios. Pero los sacerdotes, una vez terminado su ministerio, volvían a vestir las mismas ropas que usaban sus fieles y que sólo se distinguían de las de éstos por la sencillez y la modestia, y no por su forma o su color.

### SENCILLEZ Y MODESTIA, SIMBOLOS DE LA VESTIDURA NEGRA

Pasan los años, y con el curso de la historia todo evoluciona. El cristianismo marcó un profundo cambio en la vida espiritual de la Humanidad. Roma era el centro de un círculo que se ensanchaba lentamente en unos puntos y velozmente en otros. Y frente a su poder, a su doble poder, se alzó un día el de otra raza que marchaba sin cesar recorriendo Europa de Este a Oeste. Dos concepciones de la vida que se repelieron la una a la otra en muchos aspectos y que se mezclaron y compenetraron en algunos.

Cuando en el siglo V los romanos tomaron de los bárbaros que invadían Italia la costumbre de usar vestidos más cortos, el clero conservó las largas vestiduras romanas. Este hecho fué definitivo. Dió origen a las vestiduras talaras. Los monjes, por su parte, empezaron a usar vestidos de humilde confección, semejantes a los de las gentes pobres del pueblo y de los campos. Los benedictinos fueron los primeros en usar hábitos de color negro. Esta práctica de usar el color negro se extendió después a los hábitos talaras de los clérigos. Los concilios aprobaron la costumbre y aun la impusieron.

Así, pues, el siglo VI fué definitivo para el hábito talar en Occidente. Las modas profanas cambiaron. Las sacerdotales se quedaron con la tradición.

La túnica talar, que desde el siglo III era el vestido común interior, va siendo sustituido en las gentes por otra túnica más corta y más cómoda, y el vestido exterior, púnula, desaparece para dejar su puesto a un manto largo y abierto por los lados, tal como llevaban los bárbaros. La Iglesia no se apropió la costumbre.

Siguiendo la moda, quizá insensiblemente, el clero se viste en esta época del mismo modo que los ciudadanos laicos, y frente a estas innovaciones la Iglesia condena enérgicamente a sus clérigos para que mantengan, sin alterarlas, las vestiduras tradicionales. Pero en la realidad, en la práctica, se consigue solamente que las usen durante el servicio litúrgico. Un Concilio de Narbona, en 589, manda al diácono y al lector que no se quiten el alba antes de acabada la misa. Así, pues, se admite implícitamente



Traje talar de tres misioneros franceses. En los países de Misión oriental, sin embargo, el traje ahora es blanco

que esa vestidura litúrgica se ponía encima de la ropa corriente. Y unos años más tarde, en el Concilio de Letrán, en el IV, celebrado en 1215, por acuerdo de los concilios provinciales, se impone la obligación de llevar hábito, obligación que subsiste hasta ahora sancionada y confirmada por Sixto V en 1589: «Todos los religiosos deben llevar el hábito propio de su religión, tanto dentro como fuera de casa, si no les excusa causa grave, a juicio del Superior mayor, y en casos urgentes del Superior local». Y aun hoy el Derecho Canónico prescribe que se pierden las órdenes menores si el interesado no usa el traje talar, a los dos meses de avisado, a tenor de esa falta, por el obispo.

Hasta poco antes, el hábito era una vestidura larga y cerrada, hasta que se determinó exactamente su color, si bien solían ser de tonos oscuros y severos. Pero a partir de finales del siglo XV y principios del XVI prevalece el color negro, y entonces la sotana tiene la misma forma actual. Desde esa época poco o nada ha variado la vestidura sacerdotal, y si en cambio mucho la empleada en la liturgia. Mientras aquella se mantiene en su severidad y sencillez, ésta se transformó por completo en la época carolingia. Fué entonces cuando los vestidos propios de cada orden, a excepción de la casulla, así como las insignias episcopales, salvo la mitra, quedaron determinadas hasta en la forma que hoy conservan.

Quizá extrañe que en este período se perfeccione tan bruscamente y de un modo tan particular el atuendo litúrgico, sobre todo el de los obispos, pero se explica fácilmente si se tiene en cuenta que a partir de la época carolingia crecieron notablemente el poder, el prestigio y la autoridad episcopales, y la mayor riqueza de las vestiduras viene a ser consecuencia directa de ese crecimiento.

Siglos después, la Iglesia alcanza un poder como jamás tuvo ninguna nación en la tierra. El Papado y España marchan juntos. Es la época en que España constituye el brazo derecho de Roma. España domina al mundo y el mundo, Europa, se rebela contra España. Y contra Roma, Surge la Reforma y la guerra se enciende en los Países Bajos. Inglaterra acepta la libre interpretación de la Biblia, y en ella los revoltosos ven un posible aliado contra el poder español. Los Países Bajos se dividen y los sacerdotes católicos son objeto de persecuciones más o menos manifiestas. Ante la realidad de los hechos y para una mejor prosecución de su ministerio, adoptan de nuevo el traje civil, conservando, sin embargo, el color negro y añadiendo algún distintivo. La sotana la usan sólo en la casa y en la Iglesia. Es entonces cuando legislan sobre la materia, particularmente diócesis e institutos.

Después, por costumbre, se ha seguido usando el traje civil para la vida ordinaria, y a ello han coadyuvado las persecuciones religiosas de que fueron objeto o las disposiciones estatales respecto al caso, como, por ejemplo, en los Estados Unidos.

En los países católicos o en los



En Europa, los eclesiásticos mantienen la sotana romana tradicional, conservada a través de los tiempos

que los católicos son mayoría o no ha habido acontecimientos que aconsejaran el empleo de otras vestiduras distintas a la sotana, ésta ha seguido prevaleciendo.

Hay, sin embargo, una excepción y un caso curioso: la vestidura talar en Francia no está tan determinada como en España o Italia, por un lado, y Austria o Alemania, por otro, por ejemplo. En Francia ha sufrido más modificaciones.

Los sacerdotes franceses se distinguían porque llevaban hebillas en sus zapatos y ahora sólo las llevan los obispos. En Francia se sigue usando la sotana para la vida civil, pero el mismo sacerdote que la lleva un martes el miércoles puede haberla dejado en su casa y andar por la calle con traje negro, con botonadura y cuellecillo, cosa que no es corriente en España o Italia, y muy normal, sin embargo, en Alemania o Austria. Es corriente en el norte de Francia usar poco la sotana. Sin embargo, el Mediodía francés se vanagloria de que la lleven todos sus sacerdotes.

#### LA POSGUERRA, PORTAVOZ DE REFORMAS

Los últimos años, desde la pos-

guerra hasta hoy, han introducido sensibles cambios en la forma de vida de las gentes, modificando costumbres y planteando nuevos casos en el panorama nacional de cada pueblo. Hace tres años, en Francia, un grupo de sacerdotes, los sacerdotes-obreros, manifestaron que ellos prescindían de la sotana, y para un mayor acercamiento al pueblo, vestirían como los propios obreros, añadiendo que al celebrar la misa debía vestirse con arreglo a la clase social de las personas para las cuales esa misa se decía. Y declaraban que si los fieles iban vestidos con «monos», el sacerdote debía celebrar la misa vestido de la misma manera. Esto no es posible, pues precisamente en lo que la Iglesia ha hecho siempre hincapié es en que la misa debe decirse con sotana y no con ninguna otra vestidura.

Aun siendo en esencia la misma en todos los países, la vestidura talar ha evolucionado en unos más que en otros, adaptándose a las condiciones del clima y a las conveniencias que en determinadas épocas se imponían. En Alemania hoy, el sacerdote viste de civil, con traje negro, cuellecillo y un abrigo que descende hasta dos palmos por encima de los zapatos. En Norte-

américa, como en Inglaterra, la longitud del gabán no está específicamente señalada, y tanto en uno como en otro país, al igual que en Portugal, la teja ha sido sustituida por un sombrero negro corriente. La sotana queda reservada para la vida que se hace dentro de la iglesia y para celebrar la misa.

Hay dos países en los que parece muy lejano cambio alguno en el traje sacerdotal. España e Italia, dos naciones esencialmente tradicionalistas, mantienen la sotana, y sólo algunos sacerdotes, cuando viajan por el extranjero, adoptan el traje negro.

Así las cosas, las costumbres, las tradiciones y las mismas condiciones de los meridianos es lo que ha hecho variar la configuración del traje talar de un país a otro, aunque estén tan cercanos como Francia y España.

Y aun donde la sotana mantiene las mismas características generales, las diferencias están a la vista. En Europa se da el caso. Predominan las llamadas sotanas francesas y las romanas. Las primeras mantienen unas características que entretienen más a los sastres eclesiásticos. Cuello cerrado por grapillas y botonadura hasta los pies. Pero luego existen multitud de detalles. Mientras la sotana romana carece de otros bolsillos que no sean los normales a los costados, la francesa ostenta uno pequeño con cubrebolsillo, ordinariamente para guardar el reloj. Por detrás, a la altura de la cintura, no lleva el triángulo clásico. En su defecto, una simple costura que rodea toda la cintura y ofrece la impresión de que la sotana fué confeccionada en dos trozos separados.

La romana, en cambio, no ofrece tantas costuras. El simple triángulo posterior. Pero, sin embargo, el cuello necesita de más cuidados: está abierto en la garganta y deja asomar ostentosa-mente las tirillas, hoy casi todas de celuloide. No lleva botonadura exterior ni siquiera en las mangas. Suele ser de más vuelo que la francesa.

En uno u otra forma, éstos son los dos trajes talares que más se han extendido por el mundo. Más todavía, el romano. Bien en color blanco o en negro, ha llegado hasta los últimos rincones donde existen sacerdotes católicos. La francesa, con fajín suplementario. La romana, lisa y más severa.

#### LOS ORIENTALES. MENCIÓN APARTE

Por seguir sus costumbres y porque la misma Iglesia así lo quiere, los sacerdotes de la Iglesia Católica Oriental han guardado con celo las vestiduras sagradas que recibieron de sus antecesores. No existe diferencia alguna con los «popes» de la heterodoxia oriental.

La sotana oriental es negra también, pero en ningún modo parecida a la latina. Nunca conoció el fajín occidental. Ni mucho menos, la botonadura hasta los pies. En la vida ordinaria, los sacerdotes católicos orientales usan lo que muy probablemente



Obispo armenio con su vestimenta: largas mangas, un medallón colgante y un estilizado báculo

recibieron de la tradición judía: el «effod». Una túnica amplia y apenas ceñida, que va del cuello a los pies, sin ninguna otra alteración. Sobre ella va la ancha esclavina, también en negro, pero no parte del cuello, como ocurre entre los pocos sacerdotes occidentales que la usan. Viene del mismo sombrero sacerdotal, una especie de copa sin alas, que encaja en la cabeza como cualquier bonete romano.

Sobre ese «effod» suele usarse manto, muy parecido al manteo negro romano, otra de las costumbres que ya se va perdiendo y que parece ser copia del primitivo «himation» griego.

#### POR ESOS MUNDOS DE DIOS

Por esos mundos de Dios, el traje talar eclesiástico actual varía no tanto como los países, pero sí, en cambio, casi tanto como las regiones geográfica o étnicamente iguales.

Así, en toda la América hispanoamericana el único traje talar es la sotana negra francesa, pero sin fajín. Excepto en Méjico, donde los sacerdotes han de seguir el ejemplo de San Pablo en lo que al respeto de las leyes se refiere. Por eso, socialmente, sólo usan traje corriente negro, camisa blanca y corbata también negra. Es decir, son los ciudadanos vestidos de negro por excelencia.

Del río Madre arriba, el traje talar es único y recibe un nombre inglés que ya se ha generalizado: el «clergyman». Pantalón y chaqueta negra, pero, a modo de chaleco, un pecherín negro que sube hasta el cuello para terminar en el modelo romano. Este suele ser el traje talar de todos los sacerdotes anglosajones y germanos.

Si es verdad que en la América española el traje talar es la sotana negra, cuando los trópicos se acercan es difícil ver una sola de ellas. Son blancas. Mientras



Este es el traje talar de la Iglesia ortodoxa. El sacerdote, tras la ceremonia, observando unos paneles

tanto, los sacerdotes no van tocados con el clásico sombrero negro. Usan el salacot de los expedicionarios. Como en casi todas las regiones tórridas donde la Iglesia aún no está constituida jerárquicamente,

#### LOS MORABITOS DEL DESIERTO

Para no ser menos y lograr así su misión, la Iglesia se preocupó de que sus sacerdotes se adaptasen por completo al ambiente donde deben ejercer. Por eso, los sacerdotes que se dedican al apostolado en tierras mahometanas carecen en absoluto de sotana. Son los padres blancos. Su traje talar no es más que una túnica mahometana y una chilaba, ambas blancas. Sobre la túnica, un gran rosario de cuentas gigantescas. A la cabeza, el rojo tarbusch de los grandes desiertos.

En cambio, desde el Africa Ecuatorial Francesa, desde los te-

rritorios de Guinea abajo, los sacerdotes sólo visten la sotana romana; negra, si el clima lo permite, y blanca, si el calor se hace insuportable. Esto mismo ocurre aún en los territorios de Africa del Sur, donde la mayoría, de los habitantes blancos no son católicos. En estos territorios, junto al salacot, la boina negra va haciendo su aparición entre el clero secular, lo mismo que en Francia, viene a ser el pan nuestro de cada día, en vez de la teja tradicional.

#### EL EXTREMO ORIENTE O EL COSMOPOLITISMO ECLESIASTICO

Hasta aquí, todas las regiones del globo han dado en guardar, con respecto a sus características especiales, ciertas regularidades en cuanto al uso del traje talar. Así, por ejemplo, la misma India usa la sotana romana en cuanto al clero regular se refiere, sin otra

consideración. En la misma Oceanía y en Indonesia, todas las sotanas son blancas, pero romanas.

En cambio, el Extremo Oriente es una miscelánea de vestiduras sacerdotales. Dejando a un lado las regiones del Bramaputra, en la parte oriental de la India, donde el padre Lefevre quiso imponer como traje talar para los brahmanes el vestido de los mismos—y llegó a usarlo—, cada vez que se aproxima Indochina o China, la sotana varía notablemente.

En China, por ejemplo — y de rechazo, en Indochina—, hay tres tipos de traje talar. El de los sacerdotes que visten pantalón y chaqueta negros con alzacuellos —«clergyman»—, que es poco frecuente. El tipo «standard» de sotana occidental—la romana—y el modelo chino, muy frecuente por su comodidad. Y porque, al ser típico, obra sobre la psicología del pueblo.

En general, el color es negro, pero es muy frecuente el blanco en verano. Y en esta estación, la tela de la sotana es la seda. La particularidad estriba en el enorme parecido con las túnicas de los mandarines. Sotana estrecha, que abrocha sobre la clavícula derecha y no lleva la clásica tirilla occidental. A mayor abundamiento, en los extremos laterales bajos, la sotana tiene dos aberturas de unos treinta a cuarenta centímetros. Severidad y rigidez, dos cualidades específicas del pueblo chino.

El Japón y el norte de Oceanía—en Australia rige el «clergyman» — merecen punto y aparte. Nada de un traje talar que pudiéramos llamar nacional. En esas regiones la Iglesia se está formando y acuden sacerdotes de todas las partes del mundo. Quiere decir que cada uno lleva su traje talar. Sotana blanca y romana, si se trata de misioneros. Alzacuello, chaqueta y pantalón negro, si nos encontramos ante un párroco.

#### ESTAR AL DIA

Como realmente ésta es una cuestión de forma y no de fondo o de principio, es evidente que llegará el día en que las circunstancias aconsejen un cambio en uno u otro sentido. Por lo pronto Pío XII ya ha recomendado la simplificación del traje talar, para que los ministros del Señor se pongan al día y caminen al ritmo de los tiempos y las costumbres. Lo cierto es que el hábito — como admitía el Concilio Tridentino—, no hace al monje. Pero el mismo Concilio exige que los clérigos lleven un hábito conforme a su estado. De este modo el Derecho Canónico sólo prescribe una cosa: llevar un hábito eclesástico conveniente. Deja al derecho local a lo escrito, a la costumbre, determinar qué clase de hábito ha de ser ése.

Por eso, en esta materia se hará lo que sencillamente sea aconsejable. En cualquier parte del mundo, la Iglesia Católica es la misma y no depende de un par de metros de tela más o menos. Ni de una botonadura más o menos apretada.

Juan J. PALOP

# LA PRODUCTIVIDAD COMO IMPERATIVO MORAL

Por Julio ROSADO

NO se trata de descubrir el Mediterráneo. Ni mucho menos de contrariar las ideas y criterios prácticos de los lectores. Tan sólo de secundar los deseos de los metropolitanos al formular su consigna para el presente bienio. La divulgación y, naturalmente, la observancia de los deberes sociales es una necesidad perentoria en estos tiempos. Y a este menester, aun previendo sus dificultades y peligros, no pueden faltar los que sientan un poco nada más su vocación de apóstoks.

Porque es el caso que muchos católicos españoles, tan solícitos en la asimilación y cumplimiento de otros deberes, tales como los individuales, los familiares, etc., descuidamos bastante la guarda, más aún, el mero conocimiento de las obligaciones comunitarias. Y no cabe duda, nuestra deontología cristiana cabal y completa se extiende desde la esfera más personal e íntima hasta el terreno de lo colectivo y público. Y acaso en éste con más urgencia que nunca. Síntoma, entre otros, de esta lamentable realidad es los pocos que se inquietan de estas infracciones sociales, como son las relativas al justo salario, al justo precio, a la seguridad e higiene laboral, a la previsión social, a los impuestos, en fin, a la productividad. El nivel de vida sube: sería injusto negarlo. Pero aumentaría aún con superior celeridad y equidad en todas las capas sociales si no ocurriera lo que señalamos.

En la polémica más o menos formal sobre productividad se suele achacar por algunos toda la culpa, o por lo menos la mayor, a los modestos productores, a los últimos eslabones o factores del proceso de creación de riquezas. Acaso, sin excluirlos a éstos de su correspondiente culpabilidad, la mayor responsabilidad recaiga sobre los dirigentes y capitanes de empresa, sobre los jefes apoderados y técnicos de fábricas, talleres e factorías. Muchas veces si los obreros españoles no producen con el adecuado rendimiento cuantitativo y cualitativo, es porque los patronos en general no se preocupan en la debida proporción del problema. Y son los patronos en sus diversas categorías y desde sus diferentes planos los que tienen el grave, gravísimo deber de conciencia de procurar por todos los medios que estén a su alcance el aumento progresivo de la capacidad productora de sus empleados.

¿Cómo? Enumeremos los medios principales. Instruyéndoles previamente en su respectiva especialidad. Es uno de los imperativos empresariales para aquellos que no se conforman con salir del paso o con sacar de su negocio lo suficiente para cubrir sus necesidades personales y familiares y hasta sus lujos y vicios.

Después vigilándoles constantemente. Se nota una excesiva ausencia física de los dueños de las fábricas y, en general, de los tajos de trabajo (ofi-

cinas, talleres, fábricas). Van tarde. Van de prisa. Se confían demasiado de terceros, etc. Los técnicos desertan abusivamente de sus puestos de dirección y responsabilidad. Por una comodidad injustificable, por negligencia, y hasta por una piedad mal entendida se retrasan la presencia y el control de los centros de trabajo. Y ya se sabe, cuando los jefes no están delante, todo marcha mal o medianamente. Y esto irroga un gravísimo perjuicio a la Nación, a la cual se le priva inconscientemente de tantos productos y beneficios.

Muchos dicen: «Pagaremos mejor cuando produzcan más». La cuestión, un poco compleja, simula un círculo vicioso.

Todo lo escrito anteriormente a título personal y sin ánimo de complicar ni molestar a nadie, tiene una gravedad que quisieramos razonar brevemente. Porque los hechos apuntados son notorios y resabidos. Por ventura el lector no habrá meditado bastante para ver y comprobar su alcance ético y trascendencia moral, que es lo que a nosotros, como católicos, interesa.

Podemos utilizar el doble fundamento doctrinal para demostrar las reflexiones precedentes, o por lo menos, librarlas del sambenito de absurdas y arbitrarias.

El origen de esta obligación moral de procurar la mayor producción posible radica en el destino primario de la propiedad. Según Santo Tomás, ésta se organiza ante todo para obtener de las fuentes de riqueza naturales, originariamente comunes, la máxima productividad. De suerte que, según el Doctor Angélico, la primera finalidad de esta institución es lograr el mayor rendimiento de aquellos bienes que Dios creó para todos los hombres, los cuales para gozarlos necesitan, como primera condición, que cada vez produzcan muchísimo y buenísimo, como crece y se perfecciona el género humano. De suerte que la máxima productividad de los bienes apropiados hay que anteponerla en caso de colisión de intereses, a la estabilidad familiar y a la independencia personal, que son los otros fines no menos sagrados de la propiedad.

Para complemento de lo dicho piénsese en esta gran verdad: lo mismo que en muchos casos pueda ser pecado grave arruinarse alegremente, es una virtud benemérita enriquecerse limpiamente. Dichosos los ricos, los propietarios, los empresarios que logran aumentar su patrimonio incrementando la nómina de sus trabajadores bien retribuidos y mejor tratados. Y más dichosos aún aquellos que a la vez que ven subir honestamente sus arcas consiguen elevar el volumen de las exportaciones de su Patria. A los antiguos se les dijo: «Comerás el pan con el sudor de tu frente». A los nuevos hay que decirles: «Con el sudor de tu frente harás comer también a tus hermanos un pan sudado por ellos, no regalado por la vía anticuada de la sopa boba». Por algo dijo Ramiro de Maeztu de los vascos que el Señor, además de los siete dones corrientes del Espíritu Santo, les había concedido el don de la riqueza.

LEA TODOS LOS SABADOS EL SEMANARIO DE LAS ARTES Y LAS LETRAS  
"LA ESTAFETA LITERARIA" 8 grandes páginas - 3 pesetas

## ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA



Este es el impresionante paisaje. Abriendo la Sierra indómita de las vertientes del Mulhacén, carreteras y puentes recién construidos. Abajo, los castaños más altos de España

# TREVELEZ, DONDE SE OYE CANTAR A LOS QUERUBINES

## JAMONES Y TRUCHAS, TESOROS Y MALEFICIOS EN LA PUERTA DEL MULHACEN

Los franceses vienen a comprar los nogales de esta comarca

EN cada corral alpujarreño los conejos se cuentan por centenares; tanto, que cuando se entra en alguno de ellos se enredan entre los pies del visitante. Suelen ser blancos y negros, a grandes manchas, y de una pelambre casi tan larga como la de los gatos de Angora. Por esta enorme profusión es quizá por la que en el arroz que preparan para comer este mediodía en la fonda de Pórtugos hay más presas de

conejo que granos. Por la cocina se esparce un apetitoso olor. La enorme olla bulle sobre las brasas de leña. En lebrillos esperan ir a la sartén sonrosadas tiras de ríñonada de cordero. Rístras colgantes de chorizos adornan las paredes. De las damajuanas se transvasa el vino a las botellas para ser escanciado en el comedor. Todo es de una grata bienandanza. Es el bienestar, alegría y paz en que viven los pueblos



españoles, y que encontramos también por estos pueblos serranos, por este trozo de la España desconocida que es La Alpujarra.

Sin embargo, yo no podré tomarme este suculento arroz. No me atrevo. Me esperan tres horas de un viaje en caballería, y una comida fuerte bajo el sol ya logrado de las dos de la tarde me podría sentar mal. Recuerdo que una amiga mía, extranjera y muy buena amazona, cuando hace largas cabalgaduras sólo toma té y frutas. Le teme a la congestión. Y así, yo también le digo a la señora de la fonda:

—¡Qué lástima que no pueda tomar su arroz! Pero prefiero comer algo muy ligero.

—Pues, siéntese en una mesa, que en seguida le serviré.

Y al poco rato vuelve cargada y diciendo:

—Aquí tiene usted su «tentempie».

¡Y válgame Dios a lo que llaman aquí una cosa ligera! Creí que me iba a traer una sopa o una tortilla francesa, pero me ha servido un plato lleno de patatas fritas, hasta rebosar, y encima de ellas, dos huevos fritos y dos chorizos fritos también. Excuso decir que sólo tomo unas cuantas patatas y dos peros de esos que se conservan aquí durante todo el invierno.

#### UNA MORISCA MARTIR

Estando terminando de pelar mi último pero llega el señor cura. No se menoscaba la dignidad de su ministerio viniendo a ver al periodista en vez de ir el periodista a verle a él, ya que yo no dispongo de más tiempo que este en que estoy tomando algún alimento. Mi viaje está concertado para las dos de la tarde y me vendrán a buscar de un momento a otro. Además, el cura párroco de Pórtugos es un sacerdote joven, de no más de veintiocho años. Así me violento menos que si hubiera sido un anciano el que tuviera que molestarse en visitarme.

Don José Pino y yo departimos, pues, de los «cristianos viejos» que fueron martirizados por los moriscos en este pueblo. En cuarenta y ocho pueblos de La

Alpujarra murieron por confesar la fe de Cristo mil ciento treinta y cinco hombres, mujeres y niños. En la Nochebuena de 1568, por estas calles y plazas, y dentro de esta iglesia parroquial reconstruida, los antepasados de estas familias de Pórtugos derramaron su sangre a cuchilladas y lancetazos. En Cadiar, Ugijar y en Pórtugos fué donde se llevaron a cabo las más sangrientas matanzas de toda La Alpujarra. Aquí, en esa lejana Nochebuena, y ante el acoso de los moriscos, los cristianos se refugiaron en la iglesia, y con ellos, el párroco don Baltasar de Torres y el sacerdote de Pitres don Juan Díaz Gallego. Les sacaron a los dos sacerdotes con la promesa de que por sus vidas respetarían las de sus feligreses. Murió primero, de un flechazo, el sacerdote de Pitres. Después, al párroco, don Baltasar de Torres, le ofrecieron toda clase de honores y dádivas para que renegase de su fe. Viendo que no lo conseguían, en la plaza, con espadas y lanzas, le cruzaron el cuerpo de mortales heridas, durando su agonía tres o cuatro horas. Mientras, los moriscos incendiaron la iglesia con los cristianos dentro. Llevaron a tanto su refinamiento que, cuando ya el fuego iba a hacer presa en ellos, abrieron la puerta y a ella se precipitaron los infelices, pero sólo dejaron salir a unos cuantos. Murieron, pues, los cristianos que habían quedado dentro por el fuego y el humo, y a los que habían salido se les obligó después a sofocar el fuego de la iglesia y a arrastrar hasta un despenadero el cuerpo de los mártires medio calcinados. Después los encarcelaron y procuraron, ya con promesas, ya con amenazas, que adujaran del cristianismo. Ellos contestaban tan sólo: «Cristianos somos y cristianos queremos morir.» Entonces los sacaron a la calle desnudos y los mataron a cuchilladas. Treinta murieron así. Entre estos mártires iban hombres principales, como Blas Barrientos, Francisco Rodríguez y los tres hermanos Baltasar, Juan y Alonso de Cepeda. Mujer de uno de estos Cepeda era Inés de Escabias, morisca, pero cristiana ferviente, que quiso morir por Cristo y al

lado de su marido. Sus parientes trataron de que apostatará, pero ella respondía: «No me fatigúeis. Es inútil. Yo sólo puedo confesar la fe de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre.» Desesperados los moriscos de la fortaleza cristiana de una de su raza, le partieron la cabeza a machetazos. La mesa pequeña donde estoy comiendo está al lado del balcón y he mirado por él a la calle. Por aquí anduvo Inés de Escabias, los Cepeda, don Baltasar de Torres y tantos otros mártires. Y se siente un profundo respeto por esta tierra que ellos pisaron.

#### «MORITO», CABALLO DE SIETE AÑOS

—¡Que ya vienen por usted! ¡Que ya está ahí el arriero!... —dice la hija de la casa.

Recojo apresuradamente mis cosas y salimos. Un caballo de gran alzada, tan alto, que el arriero, «el Lujar», que es buen mozo, le queda casi a la altura del bocado, me espera a la puerta. Sobre él, todo un promontorio. Son las jamugas. Voy, pues, a viajar a la usanza típica de esta tierra, como se desplazan de un pueblo a otro las mujeres alpujarreñas. Para los que no hayan visto nunca esta clase de montura, diré que son varias mantas puestas sobre la silla, y unos palos en alto a uno y otro extremo. Estos palos van cruzados, y en ellos debo de apoyar, respectivamente, mi brazo derecho y mi brazo izquierdo. Esto recuerda remotamente a la «amaria», en que las mujeres musulmanas son llevadas de la casa paterna a la del marido en la noche de bodas.

Una vieja le dice al guía: —Hombre, ¿cómo no le has tratado a la señorita una borrica baja? Ahí va a ir como en una torre.

Parece que la buena mujer ha adivinado mis pensamientos. Tengo mis reparos y así le digo a don José, presente aún:

—Señor cura, yo de ahí me calgo y me mato.

—No se preocupe. No le pasará nada. Aquí son prácticos en esto y preparan muy seguras las jamugas.

El «Lujar» parece que me quiere presentar su caballo, que, sin duda, trajo en vez de un jumento, por más finura:

—Mire, se llama «Morito». Tiene siete años y es muy noble. Puede ir tranquila en él...

Se ha juntado mucha gente en la puerta a verme partir. Por esto y porque las calles son muy pendientes propongo:

—Espéreme en la salida del pueblo. Iré allí a montar.

—Pero si allí no podrá usted. Si tiene que subir aquí con sillitas...

Era verdad. A quella extraña montura no tenía estribo. Y materialmente tuvieron que izarme a pulso, de pie, sobre una silla, para poder llegar arriba. Y acomodada ya sobre las jamugas, echa a andar en guía y «Morito» conmigo encima. La gente me ha despedido con efusión y casi con pena. Verdaderamente, yo ya no veré nunca más en la vida estas buenisimas familias; es, de todas formas, como si me fuera al fin del mundo.

Por las calles, cuestras abajo

El último hito del Mulhacén fué alcanzado por estos dos intrépidos excursionistas, que llegaron hasta la mismísima cota



Trevélez es el pueblo más alto de España. Perdido entre montañas, se disgrega alegremente en rincones de belleza altiva. He aquí una vista del tercer barrio del pueblo

pronunciadísimas, creí que el caballo me tiraba. Al fin salimos a la carretera y emprendimos la ruta hacia el pueblo más alto de España.

#### LOS MOZOS BROMISTAS DE BUSQUISTAR

A un kilómetro de Pórtugos está el pueblo de Busquistar, donde su alcalde, don Joaquín Caballero, posee una biblioteca con toda la literatura que cuenta en el mundo. De pronto, si una se detiene, podrá leer en estas soledades a Hemingway, a Dos Pasos, a Tagore o a Rilke. Y en Busquistar, unos mozos me quisieron espantar a «Morito». Yo me asusté; pero me aseguraron:

—Es una broma que le han querido gastar. Es que en este pueblo está la gente de mejor humor de La Alpujarra.

Contagiada de este humor y repuesta del sobresalto, yo también me reí de buena gana.

Dejamos este pueblo asomado al barranco del río de Trevélez y seguimos viajando por lo que se llaman los montes de Busquistar. El río, allá abajo, entre lajas y guijos y rampando por lomas y laderas, huertos y bancales. Al frente, una Sierra brillante y pizarroja. Es el monte de las minas del Conjuro. Dicen que en este monte el hierro está a flor de tierra.

Si «Morito» se desviase un paso, yo iría a parar al barranco. Por todo este barranco de Busquistar y a lo largo del río de Trevélez aseguran que están ocultos los tesoros de los monjes.

—Pero, ¡cuálquiera da con ellos!—dice «el Lujar».

Yo no voy pensando en tesoros. Voy pensando que es gracioso que

si alguien me viera viajando por aquí y sobre este caballo creería que era una señora alpujarreña que se trasladaba de su casa a un cortijo, o de su cortijo a su casa. Me tomarían por una cortijera, creo yo. Pero pronto me iban a sacar de esta creencia.

En una revuelta del camino han aparecido a lo lejos unos viajeros. Van subiendo también camino de Trevélez. Con el ansia que da encontrar compañía en un camino solitario como éste, le digo al guía:

—Aligeremos hasta alcanzarlos.

—Nos llevan mucha delantera.

—No importa. Lo intentaremos.

Cuando ya entramos en terrenos del término de Trevélez los alcanzamos. Son un sacerdote ya viejo sobre una jumenta y un labrador sobre un mulo. «Morito», que va a buen paso, les pasa casi de largo, y yo, que me manejo ya muy bien en mis jamugas, saludo, satisfecha:

—Buenas tardes, señor cura y la compañía.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

El sacerdote agrega:

—Vaya; me alegro de encontrarla, porque usted seguro que es la periodista que ha venido de Madrid...

¡Qué desengaño! No me han tomado por una cortijera alpujarreña, y no vuelvo de sí asombro.

—Pero...

—Sí; me lo han dicho por esos pueblos, y, al verla, lo he cogido inmediatamente.

#### LOS «MAQUIS» Y EL CURA PEINADO

El sacerdote es don Saturnino Malpeceres, que estuvo catorce

años en Trevélez y ahora vuelve sólo por ver a sus antiguos feligreses. Se partió la columna vertebral en un caballo. Dos años en la cama y aún hoy lleva puesta una escayola. Por eso va en una pollina pequeña y mansa.

—Yo era muy buen jinete. De vivir en estas tierras adquirí verdadera afición a montar. Perc precisamente allí, allí enfrente por aquella seirra, fué donde nos despeñamos mi caballo y yo. En la caída se perdió la silla; pero yo, como pude, me levanté y antes de que se me enfriaran las heridas y ya no pudiera moverme, a pelo, me volví a subir sobre el caballo, que estaba ileso, y él volvió a remontar la sierra y me llevó a Trevélez... Cuando yo me tuve que ir a Granada a hospitalizarme me substituyó un sacerdote muy joven, recién salido del Seminario: don Fernando Peinado. ¿Usted va a ir a Laujar?

—Claro. Es la cabeza de La Alpujarra almeriense.

—Pues allí lo encontrará. Está allí ahora de párroco. Que él le cuente lo que hizo con los «maquis». Es un curita sin miedo e inflamado de la hermandad que Nuestra Señor Jesucristo nos manda tener al prójimo. Fué a buscarlos en sus escondrijos de las sierras de Trevélez, por las faldas del Mulhacén; les abrió los brazos y les dijo: «Vengo a buscarlos, porque se aproxima el invierno y os vais a morir de frío en la sierra.» Aquellos hombres se le abrazaron, llorando. Al cabo de un mes de subir a los montes de noche, el apostolado había sido eficaz. Se entregaron a la Guardia Civil. Pero el cura Pei-

nado había gestionado antes el indulto para todos y pudieron reintegrarse tranquilamente a sus casas. ¿Qué le parece?

—¡Estupendo, don Saturnino!

—Los Peinado de la provincia de Granada son siete hermanos: unos, curas, y otros, jesuitas. Don Fernando tiene ahora de coadjutor con él en Laujar a uno de sus hermanos.

¡Qué grato es poder viajar sin la soledad a que ya estoy acostumbrada por los caminos alpujarreños! Hoy he tenido suerte. Voy reconfortada así con este amable sacerdote, el labrador su amigo y mi arriero. No es para tener miedo a nada, ciertamente, aunque ya vaya declinando la tarde y las Sierras, inmensas, parezcan cercar impresionantemente la carretera. Trevélez no aparece nunca. El guía dice ahora, al pasar por un puentecillo:

—A esto le llaman el «Barranco de los Alacranes». Ahí abajo hay de esos bichos a millares...

Al fin, una casa. Es una venta. La venta del tío «Sabuco». El pueblo, pues, quedará lejos aún cuando en medio del camino hay una venta. De ella salen el dueño y su mujer. Al ver al sacerdote prorrumpen en saludos de alegría.

—Dios le guarde, don Saturnino. Bien venido otra vez por estas tierras...

—¿Os conserváis bien, hijos?

—¡Vaya; no estamos mal, no! Muchas gracias. Entren a refrescar.

—No, no; ya falta poco.

Y reanudamos la marcha, siempre ascendiendo. Mi caballo no se sujeta a emparejarse al paso

de la jumenta del sacerdote, y así hablamos un poco a gritos, pues voy siempre voy delante un metro o dos.

### LOS CASTAÑOS MAS ALTOS DE ESPAÑA

El sol se pone tras las sierras, como un gran globo rojo. Los crestones de las Peñas de la Virgen y de Peñas Coloradas tienen un fuerte color de sangre. Abajo, los árboles empiezan a asemejar gigantescas sombras. Castaños, robles, moreras y nogales. Coronando algunas lomas, encinas. Estos castaños son los más altos de España. Los nogales de este término de Trevélez son de una corpulencia desusada. Es una gran riqueza esto para los treveleños y me cuentan que hace poco ha venido un francés de Lyon a comprar una gran tala de nogales.

Don Saturnino dice ahora:

—¡Qué gente ésta! ¡Qué gente! Yo no sé si ya en lo que lleva usted de viaje lo conocerá bien. No los hay mejores. Los alpujarreños son todos de una nobleza que emociona. Le voy a contar a usted un detalle de los de Trevélez para que se dé una idea. A mi ninguna mañana me dejaban llegar a mi casa sin desayunar después de decir la misa. Esperaban mi paso en las puertas de las casas con tazas de chocolate o café y con bollos o dulces y me lo hacían tomar a la fuerza, en plena calle. ¿Ha visto usted alguna vez algo parecido?

—No, señor; no.

Al fin, en una revuelta, se presentan ante nuestra vista manchones blancos y verticales. Es

Trevélez. Trevélez, con el más fantástico aspecto de pueblo que he visto nunca. Estamos casi a los dos mil metros de altitud. Se empieza a ver gente. De un bancal suben una mozueta y su madre. Nos paramos y le besan la mano a don Saturnino. Llegan unos muchachuelos con leña. A todos, al ver al sacerdote, no les falta nada más que llorar de emoción. El cura me dice con un tono de voz contento de verse entre los que estuvo tantos años: —A todos éstos les he bautizado yo.

Trevélez es la puerta más cercana del Mulhacén y su casco está dividido en tres barrios con un desnivel de más de cien metros desde el barrio de abajo hasta el tercero o último barrio. Está materialmente adosado a las estribaciones de la más gigantesca montaña de España, y por eso aquí el frío es de una intensidad insufrible en la crudeza del invierno. Yo estoy dando diente con diente. Y dentro de muy poco ya llegará lo que llaman «la invernada», por la que Trevélez quedará incomunicado. La nieve alcanza varios metros en esos días de «la invernada» y durante ella, de casa en casa, se comunican por las azoteas. Por este frío sus famosos jamones se curan por el aire gélido y por la nieve, y la leve capa de sal que se les echa se congela con el frío y no los traspasa; por eso son de una magra dulce y sabrosa. Unos dicen que se llama así este pueblo porque quiere decir «Tres Vélez», o sea «tres barrios». Porque Vélez es barrio

**RECETARIO DE COCINA**

ANTIPASTAS
SOPLAS
VINOS
ARROZ
PASTAS
PASTAS
PASTAS
SALSAS
SALSAS
POSTRES



Siga el ejemplo, adquiera sus productos

PUDINES Royal

RIERA MARSASA

VALE

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale, y lo remite a PUBLICIDAD RIEMAR, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA

de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por

INDUSTRIAS RIERA MARSASA, S. A.

Mas de 50.000 españoles

HAN ESTUDIADO NUESTROS CURSOS

DELINEANTE MECANICO, EN CONSTRUCCION Y GENERAL

GRATIS recibirá equipo completo de dibujo compuesto de 17 piezas, entre ellas compás, tiralíneas y bigotera. Además de láminas, planos y 135 lecciones.



CURSOS POR CORRESPONDENCIA

ROTULACION

GRATIS recibirá 200 LAMINAS con modelos de letras, orlas, adornos y anagramas. Aprenderá todas las técnicas: al pincel, a la pluma, al aerógrafo, al grabado, delineada y dibujada, realizados sobre madera, papel, cartón, cristal, telas y lonas.



OTROS CURSOS: DIBUJO ARTISTICO Y COMERCIAL • TOPOGRAFO • DECORACION • PINTOR DECORADOR Y ROTULISTA • APAREJADOR • TECNICO DE LA CONSTRUCCION • HORMIGON ARMADO • MAESTRO ALBAÑIL • TECNICO MECANICO • MOTORES • MECANICO DE COCHES • CARPINTERIA Y EBANISTERIA

Pida folletos GRATIS y sin compromiso a

CEAC - ARAGON, 472 - DEPTO. 166 - BARCELONA

CEAC

CENTRO AUTORIZADO POR EL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL N.º 54

en árabe. Otros dicen que el nombre le viene porque lo fundaron tres hermanos pastores que eran de Vélez de Benaudalla, y que cada uno se adjudicó para vivir con su familia una parte del pueblo, que poco a poco se fué poblando hasta constituir los tres barrios con sus habitantes.

**ARRIBA, QUE NO TENGO MIEDO**

Hemos llegado por fin a la mismísima entrada del pueblo. «El Lujar» mira hacia arriba, después me mira a mí y me dice:

—Usted no está acostumbrada a estas cuevas. Habrá que bajarla. Tendrá miedo al subir...

Me ha picado el amor propio. Tengo miedo, pero me lo aguanto. Y digo:

—¿Miedo? No, ninguno. Arriba, pues.

—¡Pero, muchacha..., ¿dónde va...?—exclama don Saturnino.

—No sube usted, que está malo, y los demás?—le contesto.

—Sí, pero yo estoy acostumbrado.

—Pues yo me acostumbraré hoy.

Y subimos, subimos todos. Yo me agarro con todas mis fuerzas a los palos delanteros de la jamuga. Pero hay veces que me parece que es insuficiente todo. «Morito» va casi de pie. Su cuello queda junto a las manos que tengo aferradas a los palos y opto por abrazarme casi a él. Una plazaleta. Un respiro. Es la plaza de la iglesia. Pasamos el primer barrio. Hay que ver esto para saber apreciar la impresión que causan estas callejuelas misteriosas, blancas, por la luna tan cercana. En cada revuelta parece que voy a encontrar la figura de un monje de negra barba y abultado turbante.

Seguimos adelante. No me bajo en el parador de Martina. Llevo otro destino. Donde voy a alojarme está al final del segundo barrio. Voy a casa de la viuda de Martos porque le prometí hacerlo así a don Antonio López, de Orjiva, que tan gentilmente me dijo viniera de su parte a casa de esta familia de Martos. Don Saturnino se va a hospedar en casa de unos amigos y se queda más abajo. Yo aún tengo que subir. Cuando ya estamos llegando mi guía se adelanta a avisar a doña Josefa. Al momento sale ésta y se asombra:

—¡Ay, Señor, si ha subido hasta aquí caballera! ¡Jesús! ¡Jesús! Y en este animal tan alto. Nosotras viajamos en burra.

Y no quieren ustedes saber cómo me acoge esta señora que no me ha visto nunca, que no me conoce, sólo porque digo de palabra sin siquiera una letra, que vengo de parte de un conocido suyo. Me abraza, me besa, me dice:

—¡Ay, pobrecilla, molida vendrá de tanto cabalgar! Mañana no podrá moverse de agujetas y dolores... Buena cena y a descansar, a dormir en la mejor cama que tenga...

En la mano de «el Lujar» pongo 85 pesetas. Setenta y cinco en que ajustó él el alquiler del caballo y diez que yo le doy pa-



**En la Alpujarra, al llegar el invierno, la nieve alcanza un enorme espesor y jalona de blancura la naturaleza y llena de poesía los paisajes**

ra que tome unos vasos de vino. A «Morito» le acaricio las crines. Se merece que le diga: «¡Gracias a amigo, me trajiste hasta aquí sana y salva!»

El guía se despide:

—Pues a quedarse con Dios y muchas gracias. ¿Y sabe lo que le digo? Que creí que me iba a dar usted una mala tarde. Y ha sido valiente de verdad. No es usted mujer quejona, no.

Y el hombre se aleja con una cancioncilla en los labios. Las herraduras de «Morito» le arrancan al empedrado una rítmica sonoridad. Doña Josefa ha cerrado la puerta. Estoy bajo un techo treveleño. Estoy junto al mismo cielo. El refrán de este pueblo dice: «Trevélez, donde se oye a los querubines cantar...»

Ya ni siquiera me sienta mal esta altura, como me pasó en Capileira. Me he ido acostumbrando subiendo poco a poco a estas sierras. Esto ya es lo último de La Alpujarra Alta. Mucho más que Capileira. Lo más alto de España habitado.

**UNA FANTASTICA LEYENDA**

Apenas tomado un poco de café que me reconfortara he alido a la calle. Un frío que corta como un cuchillo se me adentra hasta los huesos. Trevélez en la noche es un pueblo de maiga. De un pintoresquismo único. Aquí dicen que vino a vivir unos meses con su familia el granadino don José Cuglieri, doméstico un águila y escribió un libro que tituló «Los Alpes alpujarreños», según creo. Y es que todo forastero que teniendo alma de poeta llegue aquí tendrá que escribir de estas calles de claroscuro clavadas en el silencio de la sierra, de estos recovecos, de esa fuente cuyo pilón es un tronco horadado de nogal. A pesar de las difíciles comunicaciones siempre hay algún extranjero decidido que viene a visitar Trevélez. Hace unos meses vino la escocesa Anita Richmon, viajera entusiasta de Andalucía. Y ahora están aquí instalados en una casa contigua a donde yo paro, un aviador de la Air France, Jean Castet, y su mujer, Irene,

que han venido en viaje de novios. Han sabido elegir. Trevélez se merece conocerlo, aunque cueste mucho llegar a él y luego haya que escalar sus tres barrios. El deseo de los treveleños es que les instalaran un albergue patrocinado por la Delegación de Turismo. Aquí el río de Trevélez baja cuajado de truchas. Esta es la antesala más cercana de la subida al Mulhacén y a la cañada de Las Siete Lagunas. Todo convida al fomento del turismo. El Mulhacén dista sólo media legua de aquí. Ahora que estoy tan cerca voy a aprovechar a ver si encuentro un práctico que me lleve a la fabulosa cumbre. Pero me dicen que en estos meses es imposible también desde aquí. A mi búsqueda contestan:

—¡Qué! No se puede subir en esta época. No encontrará quien la acompañe aunque le dé todo el oro del mundo...

Igual me dijeron en Capileira, que es la otra entrada de la montaña. No he tenido suerte viniendo en este tiempo. A todo el mundo le impone el Mulhacén. Me tengo que quedar sin ver su cima y sin ver también las tóxicas soledades que van desde la laguna de Vacares a Guadix, pues entraba en mis planes hacer este recorrido. Aquí en Trevélez me cuentan la otra leyenda de esta laguna. Una es que ruge cuando va a hacer tormenta como si avisara a los campesinos, y ya conté esto en una de mis anteriores crónicas, la otra es un maleficio de amor. Dice que en su fondo vive una ondina que enamora a los viajeros que tienen que bordear sus crullas. Unos dicen que se aparece en forma de paloma blanca, y otros, que en forma de coza. El caso es que mira fijamente al caminante, sorprendido por la presencia del animal en aquellos parajes, y lo hechiza con la mirada y lo atrae hasta que cae al agua. Lo preserva de ahogarse y lo lleva al fondo, donde está el palacio de la ondina y donde ésta recobra su forma de una bella mujer. Por ella el que cae en su maleficio olvidará a sus padres, y si es casado a su mujer y hasta a sus hijos.



Soleada, con ciertas reminiscencias de camarote de barco en las literas. En las paredes, cuadros improvisados como notas pintorescas y alegres



Estudio y trabajo. La chimenea empuja a echar una ojeada a los libros, y el aire de la ventana empuja al trabajo



En los pasillos, cambio de impresiones sobre temas. Un amplio corredor, ventilado y luminoso, propicio a la meditación

# ENTRE LA FABRICA, EL TALLER Y LA OCINA, LAS AULAS DE LA UNIVERSIDAD

## UN COLEGIO MAYOR PARA ESTUDIANTES QUE TRABAJAN DURANTE LOS VERANOS AYUDARON A LA CONSTRUCCION DE SU PROPIA CASA



La charla, el compañerismo, la hora de los comentarios. Se lee una revista o se habla de temas intrascendentes

DEL Límite. Un que le viene al pelo a la calle que ni siquiera lo es. Se llega a las tribunas del Metropolitano. Se acaba la tarde. Después ya no hay luzes ni edificios en pie hasta la Ciudad Universitaria, recta abajo, perpendicular a los caminos, se alza una recta construcción: el Colegio Mayor (Antonio Rivera), para unos trabajadores.

fluorescente encierra la cinta de alquiler que se alarga desde Madrid a La Coruña. A la derecha, recortadas sobre el fondo, enseñan sus siluetas las Facultades de Ciencias y de Medicina. Todo lo demás se lo ha tragado la sombra.

Anduve por el laberinto de las calles, con el cuello del abrigo subido del todo sin lograr dar con él.

—Por allí. Creo que allí está. Debe ser más abajo.

Volví una y otra vez a desandar lo andado. Tres, cuatro personas. Puedo asegurar que no encontré más. Ahora estamos asomados a las amplias fronteras de hierro que encuadran el césped del Metropolitano.

—Allá abajo, enfrente de las otras puertas del campo. ¿Ve usted aquellas lucecitas? Aquello de color café con leche.

Este estudiante de la Residencia «Fray Luis de León» sabía dónde estaba el Colegio Mayor para universitarios trabajadores.

Cuesta abajo, las tapias que limitan al campo del Atlético por la derecha. Cuantos más pasos, menos luz y mayor peligro de tropezar en los desniveles del terreno.

El muchacho tenía razón. «Por la izquierda, mejor.» Y vuelvo para bajar por detrás de las tribunas. Al final, casas de un piso o dos, abiertas a la penumbra que les da una luz sobre el quicio de la puerta. Hay un silen-

cio que apuñala con su miedo. Unos cipreses dan a un edificio aspecto de panteón. Dos faroles sobre los pilares que sostienen la puerta de entrada rematan este ambiente, que impone. ¿Será un cementerio particular?

Sin contestarme cruzo la explanada que se llena de coches esas tardes de domingo con fútbol en el Estadio. Al fin, las alambradas abrazadas a unas barras de hierro en vertical. Cruzan un muchacho por detrás de los cristales empañados. Se oyen voces en alto, palmadas y bullicio. Es lo que yo buscaba.

Afuera hace frío. Un frío seco, sin aire que mueva las copas de los árboles. El lugar impresiona. Y me paso un buen rato buscando

do la entrada entre dos barras de hierro verticales.

### CENA, DIVERSION Y DIALOGO DE TERCER POSTRE

Después de un buen rato encontré la entrada. Luego merodeé alrededor del edificio. Ahora oía las voces junto a mí, del otro lado de la pared. Pero aquella inmensa cristalera que daba al comedor no tenía puerta de entrada. Estaba al otro lado, enfrente de la ciudad, del lado de la explanada que se llena de coches cada dos domingos.

—Buenas noches.

Un grupo de estudiantes me contestó sin extrañeza. Estaban terminando de cenar. Antes observé desde la entrada cómo comían con apetito y alegría. Unos apuraban su vaso de café con leche, mientras otros arremetían con un buen plato de patatas, con el pescado o paladeaban el melocotón en conserva.

—Aquí, dentro de las horas de comida cada uno come cuando llega. El horario es elástico porque el trabajo diverso obliga a que así sea.

Este muchacho, con sus gafas y su sonrisa, me habla como si fuésemos amigos de siempre. Algunos ya han terminado de cenar.

—Se ha creído que practica el judo y le gusta probar con él sus habilidades.

Unos quince estudiantes rodean en semicírculo a otros dos que se ponen en guardia y se atacan con facilidad. «Tongo, tongo». Las voces suenan altas, limpias. Por fin, uno logra coger a su enemigo por un brazo, luego por el otro y alzarlo por detrás de los hombros, para dejarlo en el suelo con suavidad. Estallan los aplausos. Y el vencedor, tan contento, hace un gesto de campeón. Llegan los rezagados. La cena, de prisa, porque la hora tope está al caer y no es nada agradable marcharse a la cama sin cenar.

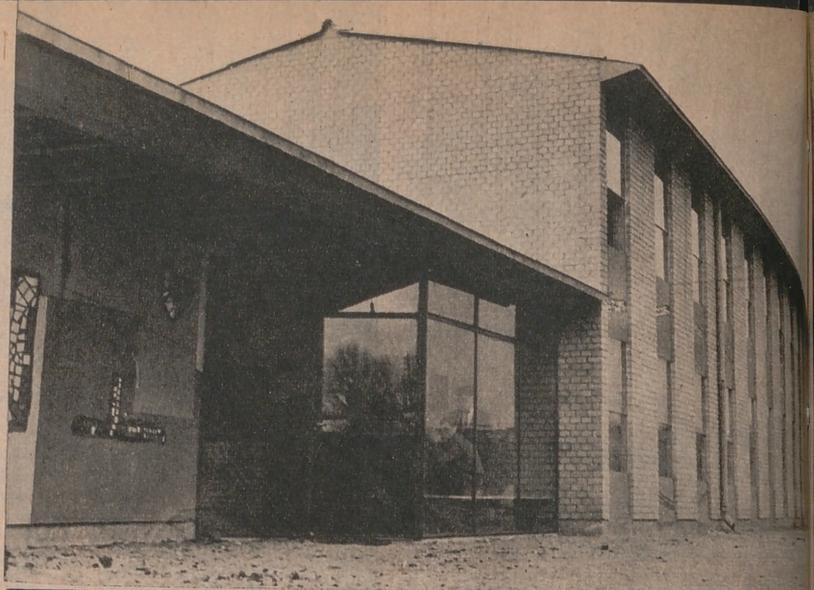
Me presentan al director. He aquí su ficha. Soltero y de Tívoli. Los aragoneses tienen en el Colegio la máxima representación. Es licenciado en Ciencias Exactas, y en la actualidad cursa otros estudios. Se interesa por mi estómago y me invita a cenar. Pero esto es una cosa que ya he traído hecha.

—Muchos estarán cansados y querrán acostarse. Otros tendrán que estudiar. Pero no faltarán quienes se queden gustosos para informarme.

Era la mejor hora. Cuando están todos juntos, de vuelta de sus quehaceres de cada día.

### DEL SUR LLEGO LA IDEA

Rodalquilar está asentado en tierras de Almería. Ya hizo los dos años para el recuerdo de unos hombres con gran corazón. Allí se pasaron buena parte del verano en alegre camaradería de vocación y trabajo. Tres, cuatro, cinco—después serían más—fueron alimentando la misma idea. Ellos bajaron hasta la Andalucía, estudiantes de todos los meses para conocer de cerca al trabajador español. Se dieron cuenta de que otros muchos mu-



El Colegio Mayor presenta una arquitectura modernísima, que da paso a lo higiénico y a la armonía de líneas

chachos igual que ellos necesitaban trabajar en otro sitio, entonces y después, sin poder dedicar los nueve meses oficiales sólo al estudio, para pagar la matrícula en la Universidad o en la Escuela, y no andar en jaleos con la patrona.

A Madrid se trajeron la idea desde Rodalquilar. Al volver ya cruzaron Andalucía y Castilla decididos a hacer lo que pensaban: una residencia, un colegio para la juventud universitaria que trabajase en otras muchas cosas además de romperse los codos en la mesa.

Por la Dehesa de la Villa había un chalet sin habitantes. Era demasiado pequeño para lo que se quería. Pero servía para empezar. Lo importante era eso: lanzarse como fuera poner en marcha el proyecto. Lo demás ya vendría por añadidura.

Unos cuantos muchachos—llegaron a ser veinte—subieron desde entonces, atravesando el monte, de la ciudad al chalet. Muy de mañana, cada día volvían a sus trabajos, con paso ligero y entre risas, por un sendero que jugaba a esconderse entre los pinos. Allí se quedaba su casita, estupenda para una sola familia, pero apretada demasiado para tantos. Su chalet... y la casa medio en ruina, donde habitaban sus vecinos, siete familias que vivían sólo Dios sabe cómo.

—Allí estuvimos dos años.

Este estudiante, ahora en el nuevo Colegio, va haciendo desfilas por delante de los ojos los pinos y el camino, el chaletcito y los buenos ratos, la casita donde vivieron nada menos que siete familias.

Los hombres que se juramentaron en Rodalquilar no descartaron este tiempo. Su ilusión era poder contar con un Colegio Mayor. Y lo han logrado al fin.

Las obras del Colegio comenzaron en julio de 1955. El Ministerio de Educación Nacional ofreció generosamente los terrenos necesarios para su construcción. Por entonces más de uno se pensó que el Colegio iba a comerse toda la explanada y que faltaría sitio para que los coches espera-

sen cada tarde de domingo el final de los partidos.

—Nosotros no hemos levantado el Colegio. Lo que sí hemos hecho es organizar durante los dos veranos que han durado las obras campos de trabajo particular. En ese tiempo, y un poco ahora al final, hemos aportado nuestro pequeño esfuerzo.

Durante tres temporadas estudiantes trabajadores y trabajadores que no estudian han puesto juntos unos ladrillos encima de los otros. Cuando el curso empezaba los albañiles y peones profesionales se quedaban solos pensando en aquellos chicos que tenían manos para hacer lo que ellos y para llevar junto al costado un tomo de Derecho Civil o un estudio sobre la filosofía de Aristóteles.

—¿Quién dió los fondos necesarios?

—El Ministerio de Educación Nacional contribuyó con una importante subvención.

Después, muchos particulares sumaron otras cantidades para que el proyecto se hiciera realidad. Notarios, abogados, ingenieros, toda esa larga lista de carreras profesionales han acudido en ayuda de una obra que la necesitaba. Los particulares, han contribuido en general con aportaciones de 5.000 pesetas. Varias empresas han hecho otro tanto con cantidades de 25.000.

Nos dice un colegial que esto se hizo por una sola vez teniendo la empresa una especie de derecho a presentar tres candidaturas de nuevos residentes, de los cuales el Colegio elige a uno de ellos.

—El último que ha llegado, hace solo unas semanas, ha sido presentado precisamente de este modo.

Las solicitudes son muchísimas y no pueden por el momento ser atendidas. Actualmente viven en el Colegio 32 estudiantes. La capacidad definitiva es de 50 plazas. Pero hoy por hoy no es posible admitir más porque falta el ajuar suficiente, las camas necesarios y algunas otras cosas. El Colegio ha empezado a funcionar el 12 de enero, y hasta el



En el comedor, la madera antigua pone un tono austero. El pino llena la cuadrangular mesa de vetas

próximo curso no estará en perfectas condiciones.

#### PIEDRABUENA HACE CASI MILAGROS

—Este le contará muchas cosas. El vencedor del pugilato de sobremesa hace unos gestos ágiles, vivos. El director debe conocer muy bien a esta treintena de jóvenes que trabajan y estudian, porque desde entonces José Antonio Rodríguez Piedrabuena —«todo junto, ¿eh?»— no ha dejado de hablar. Es el intendente. Así como suena.

Un muchachote abierto, despejado, con su pelo a cepillo y las

formas atléticas. De rápida mirada que baile de un sitio para otro entre sonrisas anchas y espontáneas. Hoy no anda lejos del par de docenas en los años. Cuando era sólo un crío estudió en el Seminario de Ciudad Real. Allí estuvo muy poco tiempo. Pero el afán por el estudio se lo llevó con él. Y otras muchas cosas. Porque José Antonio es un chicharrón inmejorable.

—Hay aquí más ex seminaristas. No andaremos muy lejos de la media docena.

Piedrabuena es el más popular en el Colegio. Divierte a todos con sus gracias y los contagia de ale-

gría sana y sin horario. Lo quieren de verdad. Y esto ya es una buena señal, teniendo en cuenta que es el intendente. Los otros jóvenes tienen sonrisas parecidas, vidas más o menos iguales. Pero yo me quedo con este colegial porque, ciertamente, me ha resultado el más simpático. El, en asuntos de servicio, es el responsable de todo. Dirige las cosas con sentido, pensando en sus compañeros, que se pasan el día fuera, trabajando en un lado o en otro.

—¿Así que aquí se come lo que a ti se te antoja?

—El ordena y manda —nos dice otro estudiante moreno y simpático, con su bigote estrecho perfectamente cuidado—. Es un verdadero tirano.

José Antonio se ríe a sus anchas. En el Colegio se come lo que a él le parece. Pero no lo que a él más le gusta, sino lo que encuentra más arregladito en el mercado de Maravillas. Allí se va él todas las mañanas con su carrito de mano, pedaleando sin cansarse.

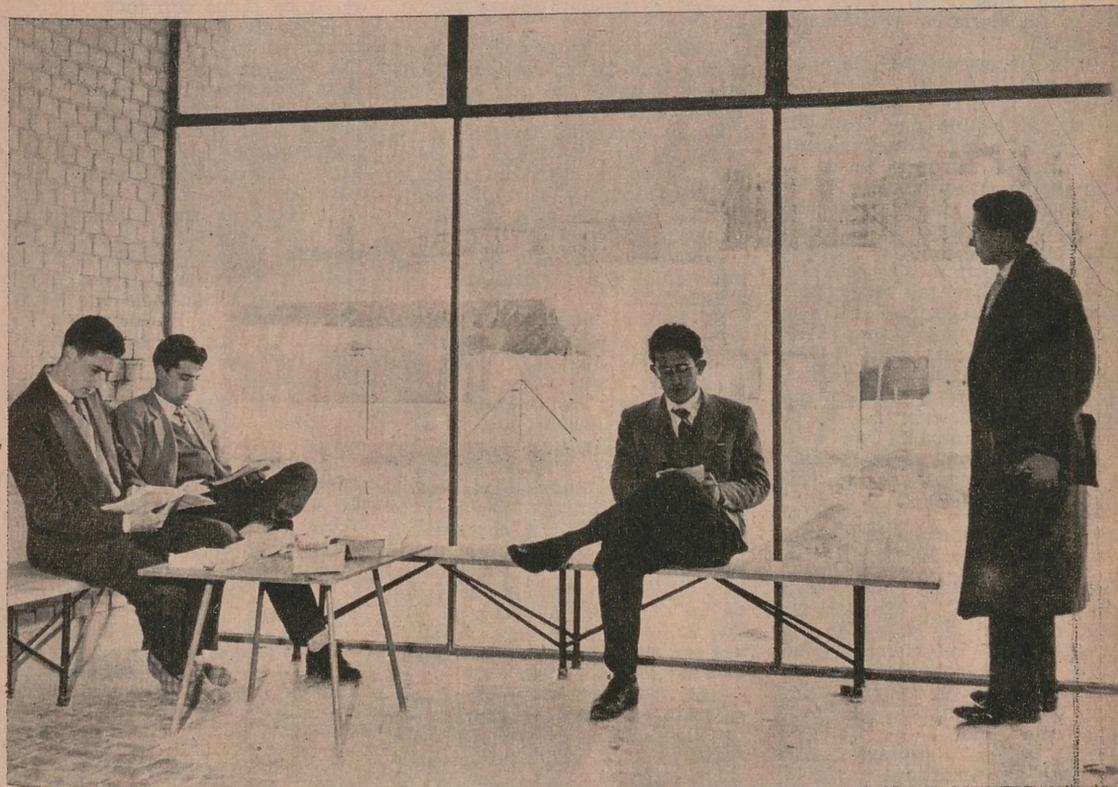
—Lo primero que hago es dar una vueltecita por todo el mercado a ver cómo anda la cosa. Después compro lo que creo más conveniente.

El muchacho sentía reparos al principio. No es nada agradable andar de compras junto a tantas mujeres que gritan y chillan. Lo otro se lo ha callado, porque él también regatea.

—Yo procuro llevarme las cosas lo más baratas posible, y no me importa andar en tira y afloja con los vendedores.

—Un buen intendente.

—Regular, regular. Nos pone peces demasiado a menudo.



Para estudiar se necesita paz, calma y cierto adentrarse de la naturaleza en la estancia. Aquí, a la orilla del ventanal espacioso, da gusto forjar en las horas el porvenir que se espera y que se sueña

Esta vez no sonrío. Pero tampoco se enfada. Da unas explicaciones muy sercicito.

—Cinco días a la semana les pongo carne. Antes, hasta seis días. Y conste que cada uno toca a 130 gramos aproximadamente.

Una buena ración. También lo era la de pescado que yo les he visto comer. Las colas se salían del plato por todos los sitios.

—¡Si eran peces! Los manda abrir por la mitad. Por eso se habrá creído que era otra cosa al verlos tan anchos.

La risa es general. Yo ya había cenado, pero también me río con ganas. Es una cosa contagiosa. La comida es abundante y lo mejor que el intendente encuentra dentro de las posibilidades. Con 500 pesetas no se pueden hacer milagros. Pero José Antonio casi los hace. Cinco billetes de a cien es la cantidad mensual que paga cada uno. El dinero hay que ganarlo trabajando. Si no, no vale. Aquí no hay tongo. El que de verdad no trabaja no puede ingresar en el Colegio.

—Es «conditio sine qua non». José Antonio ha entendido a su compañero. Aquellos pocos años de Seminario le permiten entender a quien ha dicho, en latín, que esa condición es imprescindible. Ahora ya va al mercado tan tranquilo. Se ha acostumbrado y no le cuesta tanto trabajo. Piensa que lo tiene que hacer, y en paz. Así que cada mañana se lanza despreocupado dándoles a los pedales por las calles.

—Ya me he caído algunos veces del triciclo. Y no he andado muy lejos de cargarme a más de un viandante.

José Antonio tiene muchas cosas que contar; pero cuando se trata de las suyas tienen que tirarle los otros de la lengua. Por fin se ha decidido a contarnos la caída.

—Una de las caídas, que aquella no fué la única.

Pero sí la más aparatosa. Pertenecía al equipo que trabajaba en verano como futuro colegial del «Antonio Rivera». En el bajado perdió el equilibrio y se vino al suelo. En dos tiempos, porque antes de llegar al de abajo tuvo que romper—¡qué remedio le quedaba, con lo que pesa!—el techo de rasillas que separaba el primero del segundo. Afortunadamente no pasó nada. Todo quedó en un susto para los demás y en una pérdida momentánea del color. José Antonio, que siente mucha afición por el judo no escapó aquella vez a la llave que le hacía la mala suerte. Aunque después de un rato volviera a sonreír.

### SOLO QUINIENTAS PESETAS

Al «Antonio Rivero» nadie llega caprichosamente. Todos los que están allí han ido buscando una solución a sus problemas económicos. Y se han encontrado, por añadidura, con un ambiente propicio para formarse una recta conciencia social.

—No somos voluntarios—nos ha dicho sin amargura un joven. Venimos hasta aquí para remediar en lo posible nuestra necesidad.

Casi todas las carreras tienen en este Colegio Mayor algún re-

presentante. Hay siete estudiantes de Filosofía, cinco de Económicas e igual número de Derecho. Los restantes estudian en Escuelas Especiales. La diversidad de estudios se extiende también al trabajo que desarrollan. Unos llevan representaciones comerciales, los más trabajan en oficinas. Hay uno que lo hace en una fábrica de curtidos y otro que está de listero al servicio de la Empresa Agromán. No falta el colocado en una farmacia o en otros sitios por el estilo. Hay hasta un relojero que lleva al Colegio los «Movado» y los «Cau» para ponerles las tripas en orden.

—Lo peor es que la mayoría no practicamos un trabajo adecuado con nuestra futura profesión.

Hay cierta pena en la voz de este joven que se lamenta. Ciertamente que sería mejor lo contrario.

—Si cada uno trabajase en algo relacionado con lo suyo, el trabajo resultaría doblemente beneficioso.

Así dicen ellos. Y así quisieran que fuese. Pero las circunstancias obligan y hay que colocarse en cualquier sitio. Para este Colegio Mayor no hay becas. El que llega hasta él es porque va a trabajar, y 500 pesetas no es imposible ganarlas. El Colegio se sostiene con la pensión de los estudiantes trabajadores. La subvención que el Ministerio de Educación concede a todos los Colegios Mayores se destina a engajar los gastos de servicios permanentes: luz, carbón, etc. Todo lo demás se paga con el dinero que ellos entregan cada mes.

—¿Y es posible que se sostenga?

—Ya lo ve. Es posible. Y lo es porque una de las cosas que más dinero cuesta son los servicios. Y aquí nosotros lo hacemos todo.

En el «Antonio Rivera» no vive nadie que sea ajeno al Colegio. Tanto el director como el administrador y el intendente forman parte de él, y allí viven, comen y duermen.

—Sólo tenemos una cocinera y una chica de servicio. Lo imprescindible.

Si hubiera alguno que entendiera de cocina se dedicaría a freír huevos o a abrir peces por la mitad. Pero nadie se había puesto nunca un mandil y no hubo más remedio que traer quien lo hiciera.

Una preciosa niña vivaracha y menuda, de grandes ojos negros y cabellos ondulados, asoma tras la mesa que separa el comedor de la cocina. Es el tercer inquilino que vive en el Colegio sin que estudie ni trabaje. Se trata de la nieta de la cocinera. Todos los mímos de esos 32 jóvenes son para la niña, que no subirá de los seis años.

Las apreturas económicas merecerían un capítulo aparte. Pero Piedrabuena se encarga con maña de ir salvando los escollos entre regateos. Una forma de jugar al fútbol en el mercado de Maravillas.

Todos son lógicamente de provincias. Hay una modalidad curiosa que nos explica uno de

los más antiguos. En el Colegio los hay nuevos y los hay veteranos. Los primeros son los residentes; los otros, los verdaderos colegiales. Para llegar a ser colegial efectivo hay que pasar un año como simple residente. Hoy no son más de doce los que gozan de este carácter que no es un privilegio, sino una forma de incorporación definitiva. El director se ayuda en su misión de un llamado Consejo del Colegio, formado por el jefe de estudios y cuatro colegiales elegidos por votación. El director nombra a uno de ellos decano del Colegio y éste se encarga de sustituirlo durante sus ausencias.

En el Colegio no están todos los que son. Por Alemania andan ahora, especializándose en materias técnicas, varios jóvenes que pertenecen al «Antonio Rivera». El que acabe sus estudios seguirá perteneciendo de cierta manera al Colegio. La continuidad ya no se romperá nunca. El benjamín de los Colegios Mayores madrileños tiene ya sus costumbres típicas. El examen de novatos es una de ellas. Cuando llega uno nuevo se divierten de lo lindo. Otro día se reirá él con los que lleguen. Pero al principio tiene que aguantar el hacer guardia hasta las tantas de la noche, tomar por director a quien no es y otras cosas por el estilo. Allí hay humor, sinceridad, compañerismo, auténtica camaradería, a la que da origen ese doble motivo de ser estudiante y ser trabajador.

—Desde una cuchilla de afetar hasta un libro. Cada uno coge lo que necesita. Luego se le dice al dueño, y en paz.

Así todo da gusto. La confianza es de todos con todos.

—Las puertas no tienen cerraduras porque no hace falta. Todas las maletas están abiertas. Aquí no desaparece nada.

Esto no es un milagro. Ni siquiera algo que se parezca a los malabarismos que hace el intendente entre los números y las naranjas o los peces, en el mercado. Pero es una afirmación de que aquí se respeta la propiedad privada. La hermandad se aúna cada noche cuando todos están juntos. La conferencia que les da cada martes el P. Llanos, S. J., orientador de la formación más humana de estos estudiantes que trabajan y el canto de la Salve a las once de la noche, son los actos más estrictamente oficiales.

Aún llegué a tiempo de oírles cantar la oración a la Virgen. Lo hacían todos en latín, con sus voces formadas, de pie, sin moverse ninguno, mirando hacia una copia de la «Faz de Turín» y a una Virgencita también ya veterana.

Hasta el nuevo Colegio llegó desde aquel chalecito que se alzaba entre pinos, enfrente de una casa donde vivían siete familias.

### ASI ES EL COLEGIO MAYOR...

«Para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad». Las letras dibujan sobre una pa red del fondo estas palabras evangélicas a la derecha del lien-



El buen humor se plasma en los murales que sirven para el regocijo. Y en el cuarto de aseo, los espejos breves y altos, en los que se perfila otra vez más una sonrisa juvenil

zo que enseña la copia de la Santa Faz.

Estamos recorriendo el edificio. En la pared de la izquierda se alinean, muy juntas las unas de las otras, las catorce estaciones del via crucis, grabados al fuego los motivos, sobre rectángulos de madera limpiísima.

—Es obra de Rubio Camín—nos informa un colegial anticipándose a la pregunta.

Este artista, premio nacional de Pintura, ha estado encargado de decorar todo el edificio. Adornos sencillos, de gusto exquisito y delicado, se extienden desde la fachada principal, bajo un amplio cobertizo, hasta la subida de la escalera, pasando por otras paredes. El edificio tiene dos pisos. La fachada principal enseña alineadas sus veintiséis ventanas, de dos en dos cortando a trozos y en vertical las partes que agrupan los otros materiales. A la izquierda está el pabellón de servicios, con su comedor amplio, cercado por una pared de cristal dividida geoméricamente por listones que la amparan. Tres mesas sencillísimas, con sus bancos más bajos todavía, y al fondo, en escuadra, la cocina. Más dentro, cuartos para otros servicios, habitación para la reducida servidumbre y más cristales. Encima de una mesa una silla sostiene un receptor Telefunken, que sólo hace un poco ha dejado de oírse.

—Nos lo regalaron. Un regalo acertado. Porque la radio nos entretiene y ameniza algunos ratos.

Un portalón divide el comedor de una habitación más grande, que en su día será destinada a salón de tertulia y reuniones. Un corto pasadizo nos lleva a la derecha a la habitación hoy destinada a sala de estar y a otra

más amplia que se reserva para biblioteca del Colegio. Más allá de la puerta—un triángulo estirado de cristales—arranca un largo y estrecho pasillo con las puertas que dan a las habitaciones, situadas a la derecha. Todas ellas iguales y reducidas, con capacidad para dos. Los libros están colocados sobre unas tablas asentadas en triángulos de hierro que arrancan de la pared. Una pina de madera horizontal arranca también, como nacida del muro, sin nada que la sostenga. Es la mesa de estudio.

—Lo hemos hecho así para hacer más fácilmente la limpieza. Así no hay más que pasar la escoba por debajo y ya está.

Las camas también arrancan de la pared. Hay en cada habitación como un injerto de materia inanimada en su misma materia. Abajo, a la derecha, una cama—que casi siempre se reserva el veterano—. Arriba, y en el ángulo opuesto, otra igual con sus tablas de madera por somiers y colchones de goma quitándoles dureza.

—Cada uno es responsable de todo lo que hay en su habitación. El más antiguo hace de jefe de la misma.

Al otro lado del pasillo, en toda su altura, más cristales en función de pared. Hace frío, bastante frío.

—Se nota, ¿verdad?

Sinceramente he confesado que sí.

—Yo duermo metido en este saco de dormir.

Y me enseña el ocupante del número seis una bolsa de lona con su saco para montaña metido dentro.

Clavado en la primera puerta, un papel indica que dentro trabaja el administrador. «Funcionamiento interior. De diez de la

noche a una de la mañana.» Alguien teclea dentro apresuradamente. Exactamente media hora más tarde del tope señalado en el horario.

Así es el Colegio Mayor «Antonio Rivera». De línea funcional, aprovechado cada palmo de terreno, levantando su arquitectura en un milagro de equilibrio entre viguetas de cemento, ladrillos anchos y techos con rasilla sin cubrir. Elegancia dentro de los gastos más elementales—millón y medio de pesetas—, que ha hecho posible la entrega cordial a la obra de un hombre, Premio Nacional de Arquitectura, creador para más señas del Santuario de Nuestra Señora de Aránzazu, en tierras de Vasconia. Don Luis Laorga es su nombre y apellido.

Un Patronato, constituido por catorce personas, entusiastas decididos del Colegio, presta al «Antonio Rivera» su respaldo económico y moral. Preside sus funciones don Blas Pinar, notario y director en la actualidad del Instituto de Cultura Hispánica.

Catorce pilares amparan este Colegio Mayor. Catorce corazones se preocupan de que el equilibrio arquitectónico no sea mayor que el existente en todo el funcionamiento amplio de una obra con la que se solidarizaron.

La juventud que estudia y que trabaja ya tiene su «casona». Quien estudia trabaja, desde luego. Pero estos treinta y dos—son muchos más los que hacen otro tanto—conjugan el trabajo intelectual con otros menesteres que hacen posible su dedicación al primero. Ellos realizan en sí mismos la conexión entre el mundo del estudiante y el del trabajador.

Carlos PRIETO HERNANDEZ



# GABRIELLE

Novela por Lays SANTAMARINA

ESTA historia me la refirió una noche ya lejana Theodor Klein, un capitán legionario, en un cafetín del puerto de Alicante. El bueno del teutón contaba sus andanzas en Africa, de donde regresó cosido a balazos, con 537 hechos de armas, de los que nadie se acordaba, y con unas palúdicas que le sacudían de cuando en cuando.

—Me cansé de hacer el pato y me licencié, con catorce cruces rojas, que nunca conseguí—a pesar del reglamento—me cambiarán por cristinas...—y se bebió de un trago la quinta «paloma», un vaso con dos partes de anís y una de agua; la mezcla se vuelve blanca, y de ahí el nombre.

Su colombofilia nocturna desatóle la lengua y despertó recuerdos.

—Sí, fui muy amigo de Alberto Enriquez. ¡Vaya lío que armó con la generala y la duquesa...! Estaba yo en Larache, en la segunda compañía de la Tercera Bandera; él era de Estado Mayor, recién ascendido a comandante. Vivíamos con dos capitanes de Regulares en la misma República... Por cierto, teníamos un machacante listo, sí, y buen cocinero, pero, ¡vaya peine! No había cosa segura con él... Y siguieron las hazañas de Paquillo, un

guaja procedente del bullicioso clan de los turutas, que se jugaba el sol antes de nacer, disfrutaba de un gajate de secano y bebía los vientos por las damas... ¡Una alhaja! Y, además, tenía mal vino y por menos de nada tiraba de chaira... *Der Teufel!* ¿Dónde andará aquel perdluario? Un día se pasó de rosca «Paquillo —le dije—, se está rifando una bofetada y tienes todas las papeletas...» Y le tocó; cayó al suelo redondo...

La cosa se complicaba por el tunante de Paquillo, en mala hora evocado, y Theodor llevaba camino de perderse en el intrincado enredido de sus múltiples recuerdos.

Aproveché un silencio y corté el monólogo:

—¿Qué fué eso de la generala y la duquesa?

—Es raro no hayas oído decir nada... Claro, eres muy joven... Salió hasta en los periódicos. El no tuvo la culpa, fué cosa de faldas... ¡Aquella tia—y aquí unas precisiones sobre la temperatura de la interesada—lo echó todo a perder!

Y muy juncal rompió a cantar por malagueñas:

*Una mujer fué la causa  
de mi perdición primera,  
¡que no hay mal en este mundo  
que por mujeres no venga!*

«Sanseacabó cayó en viernes—pensé—. Primero el sinvergüenza de Paquillo y ahora la monserga del cante. ¡Adiós mi dinero, digo mi historia!»

Pero me equivoqué, y el compadre, repoblando intensivamente su palomar, me contó el armazón de este relato, a cuyos protagonistas conoció—a su decir—unos más y otros menos. Los nombres, claro está, son otros, aunque—según él—todos los personajes del drama estaban ya muertos. Tuve también que adornarle un poco, pues pecaba de escueto.

Pagué y nos despedimos hasta pronto; pero fué hasta siempre, pues también el pobre Theodor se fué para el otro barrio: le cepillaron en el Ebro. No dejó a nadie y el Erario se ahorró pensiones. Si llegan a cobrar las viudas de la mano izquierda, hay que habilitar un crédito extraordinario.

Ambiente militar toda su vida, bronco, viril, lleno de pausas ociosas y trabajos agotadores. En la infancia la sombra del padre, muerto en la trocha de Mariel, frente a los mambises; luego el Colegio de Huérfanos de María Cristina y la Academia de Toledo; dureza, sobriedad espartana y un permiso para ver morir a su madre en un pueblecillo norteño, en el viejo caserón del marido: gran escudo y escasos haberes, la sabia historia de nuestro Norte, vivero de hidalguías.

Luego... La vida austera del oficial atendido a su paga; porvenir de, a buen servicio, mal galardón. Lo de todos, pues cuando el sol se pone, se pone para todos, y el sol de España se había puesto hacia poco, entre sangre—sangre heroica—como siempre.

Reflejo de tan áspero mundo era Alberto Enriquez cuando la conoció.

—Es muy vanidosa. No puede sufrir tu elegancia y tu distinción; se sabe inferior y te odia.

Conoce nuestra amistad y desea romperla, no por mí, sino por mortificarte, por quedar encima y pavonearse; a fin de cuentas, lo que es: una pava.

—No te preocupes; enamórala un poco, pues a mí no me importa... Quizá así se calme y te deje en paz.

—No lo creas. Es la imprudencia en persona, y ahora está ciega. Entra en mi despacho, hace mil monadas—¡qué amor más empalagoso y vulgar el suyo!—y, para colmo, se pone celosa...

(—Contra pilum omnia faciebat—comentó sentencioso Theodor—. Nada, que no daba una, la pobre—y dibujó una risita conejil.)

—Si no fuese la mujer de quien es esto estaría ya resuelto... Muchas veces pensé pedir el traslado, pero esta tierra me gusta, y un soldado de vocación debe de estar siempre lo más próximo que pueda a la guerra. Y, además—y sobre todo—, estás tú... ¿Cómo dejarte? ¿Dónde encontraría nada ni parecido a ti? Realmente eres la mujer soñada, la mujer de mi vida...

—¡Oh, Alberto! *Mon amour*, tampoco yo podría dejarte... ¡Hemos tardado tanto en encontrarnos...!

Te llevo doce años, *chéri*, mucho para una amante... ¡Y somos tan felices! ¡Y ahora esa *grue*! ¡Qué *sotise*! Pero yo te amo siempre, siempre, bien lo sabes. ¡Querría tener más juventud para ofrecerte, *mon enfant, mon enfant gaté*...!

Era un delirante crepúsculo africano: morados, negros, oros. El calor se borraba en aquella gloria rodeada de surtidores enanos, tupida de jarrines blancos, de los cuales, como las mujeres musulmanas, llevaba un collar de flores enhiladas en hebra de seda. Sin mangas y muy escotada, se le metían por entre los senos.

—¿Y si hiciésemos un viaje? Un viaje por el Mediterráneo... Tengo al «*Hirondelle*» ocioso desde hace meses en Port-Lyautey; podíamos salir en seguida y así nos alejábamos de ella... Serías *mon chevalier d'honneur*... *Andiamo, caro mio*?

—Bien pensado, Gaby. ¡Por Alá y la dulce Fátima! ¡Y que El confunda a esa hija del maligno! Y los dos se quedaron sonrientes, embelesados ante la felicidad próxima, «pensando en Granada», como por allí dicen.

Dejaron el yate en Benicarló, y por carretera, hicieron el breve camino hacia Peñíscola. Pronto la descubrieron como un gran navio internándose en las ondas. El istmo que la liga a tierra apenas se vislumbraba en la inmensidad azul, absortos los ojos en la gran masa oscura a la luz apagada del ocaso.

—¡Qué prodigio!—exclamó Alberto.

Gabrielle parecía extática, lejana, como a veces la veía al morir—en rojo o en lívido púrpura—las tardes africanas.

—Fué de los Caballeros del Temple, Orden marinera, martillo de sarracenos en el Mediterráneo. Iban y venían sus galeras con el guión de la tau bermeja en el mesana. Eran el invencible azote del Islam y, cuando se terciaba, de las naves pisanas, genovesas o vénetas. Corsarios, piratas en ocasiones tenían metido en un puño al viejo «*Mare Nostrum*». Verdadera escuela de marinos, del Temple salieron hombres como Roger de Flor—Reger von Blüten—, hijo de un *Tempelherr* y de una cortesana de un puerto de la escala de Levante... ¡Buena gente los Templarios! Tenían por ley combatir uno contra cuatro, no pedir cuartel ni dar rescate... Hacían, al entrar en la Orden, los tres votos: castidad, pobreza y obediencia... y un cuarto voto de no cumplir ninguno de los tres.

—En mi familia ha habido caballeros Templarios; tal vez por eso no me encuentre extraña en esta roca guerrera.

—Tú no puedes hallarte nunca extraña en ningún escenario heroico. Tampoco lo eras en aquellos arenales africanos, cuando cabalgáamos juntos frente al crepúsculo violeta, siguiendo el río perezo y traidor, ni cuando cogías una gumiá o un rifle. Lo llevas en la sangre. Por eso y por muchas cosas más, pero sobre todo por eso, te quiero con toda el alma.

Llegaron y subieron a pie las empinadas cuestas de la puebla hacia el castillo.

—¡Buen nido de halcones de mar! ¡Ya sabían escoger sus alcázaras! De aquí traerían a todo el mundo en jaque con sus naves... Espumarían la mar, y a casa con la presa... ¡Vaya gente la de la bandera blanca con la cruz de sangre! Eran una especie de reyes del mar, dignos émulos de los vikingos.

—Mira, todo es claridad aquí... Mar azul, cielo despejado, sol casi africano, y, sin embargo, estos muros, estos baluartes, tienen algo de sombrío, de trágico... No sé por qué me viene a la cabeza la tremenda frase inglesa: *Between the Devil and the deep blue sea*, entre el demonio y el hondo mar azul...

—Sin duda la diría en algún mal lance cualquier templario isleño de los que hicieron bordar en el *blanceant* —el balza, su perdón blanco con la cruz bermeja— un cuervo con la calavera entre las garras...

La casa —una mansión de pescadores— era humilde y sencilla. Tomasetta, viuda de un cabo de mar, muerto en el salvamento del patache «*Joven Matilde*», con la escasa pensión que le quedó y unos pocos ahorros, puso una modesta casa de huéspedes en lo que fué su hogar, en aquel peñón olvidado entre las olas.

Les dieron una alcoba sencilla, con una cama camara mallorquina, de doradas columnas salomónicas y cabecera azul claro. Era blanca de paredes y parca de muebles, pero muy alegre.

Al despertar y verse en aquel lecho ancho y lleno de sol, pensó no era la descendiente de reyes, en quien recaían los derechos a una monarquía milenaria, sino una mujer, una mujer innominada, hija de pescadores, unida al joven pescador que yacía a su lado y la miraba con amor y deseo... ¡Sueños, sueños! Pero, ¿por qué no habían de ser ciertos si de momento lo eran?

—¡Qué linda y qué fina eres! ¡Tienes el cielo en los ojos! Y ¡qué blancura! Mientras dormías te canté en voz baja una copla...



La cama donde yo duermo  
la baña el sol cuando sale,  
y al despertar me enretengo  
en contarle los lunares  
a la niña que yo quiero...

—Pero ¡si yo no tengo lunares...! ¿No pensarías en otra...?

—Bueno, no te enfades; cambiemos de canción:

«Auprés de ma blonde,  
ma blonde, ma blonde,  
auprés de ma blonde  
qui jait bien dormir!»

—Sí, es verdad —pensó—, no son sueños; soy la hija de un pescador, como esas que vi la otra tarde, que duermen con su marido... Y esta es la noche más feliz de mi vida.

Y ¡qué alegría y resplandor había en su mirada! Era verdad: tenía el cielo en los ojos.

(Hacia 1234, los moros entregaron Peñíscola por trato. Por su contribución a la conquista del reino de Valencia—los Templarios iban, como siempre, en vanguardia, verdadera fuerza de choque de los Ejércitos cristianos—. Don Jaime se la cedió, y en sus manos estuvo casi un siglo, hasta la disolución de la Orden. Pasó luego a los Hospitalarios y más tarde a los de Montesa, con el interludio del Papa Luna—ocho años—y seis de su sucesor.

Este pasado de Ordenes militares queda en el nombre de una de sus calles, calle de los Caballeros, y en los blasones borrosos, sin yelmo ni lambrequines, sobre una puerta del castillo: lirios con vástagos y macolla, aún no estilizados en lises. Y quizá en la cantidad de niños rubios y ojizarcos que se ven por todas partes.

Todo es sobrio allí. Ni siquiera los suelos de las grandes salas del Trono o del Conclave son de losas, sino de cantos de río formando sencillos dibujos, lo mismo que las calles que van de mar a cumbre, empinadas y tortuosas. Es una fortaleza de frontera, primero contra moros y siempre contra los peligros de la mar, y ya se sabe: «ajuar de frontera, tres estacas y una estera». La torre del Papa Luna se levanta escueta y fuerte con la sola belleza de una ventana gótica orientada—dicen—exactamente hacia Roma. Roma no se ve; pero, en cambio, se llenan los ojos y el alma de mar. Y de la hermosura y poesía del mar.)

—Parece la bahía de Nápoles. Mira, allí está el Vesubio.

La ilusión era completa. Sobre el cono azulado del monte, unas nubecillas rosas fingían el penacho de humo. Ante la playa pálida y abierta en media luna, el mar verde verilo festoneado de blanco se iba tornando gradualmente en turquí.

—¡Muy hermoso! ¡Quién sospechara tanta belleza en este rincón olvidado; mejor, convertido en

nombre histórico, sin realidad física para casi todos nosotros! Peñíscola es el Papa Luna, noble, entero, viril, luchando contra todos, firme en su razón.

—¡Son tan antiguas, tan saturadas de vidas estas uerras —dijo Gabrielle—, que casi parece imposible tengan realidad corpórea! Han pasado en ellas tantas cosas intensas, que asemeja han dejado de existir junto con los hombres que en ellas representaron su drama o su tragedia, y, sin embargo, ellos se fueron y ellas quedan.

Entretanto, el mar, contra las rosas, ponía el faborón de su rumor profundo. Mar, mar inmenso, metiéndose en los ojos y en alma; mar desnudo y desierto, como su hermano el cielo. Dos, tres gaviotas de arqueadas alas: ni un ser viviente más.

—Sí, Gaby, dices bien; ellos pasaron y ellas quedan. Igual pasaremos nosotros... Pero, ¡qué más da! Eres hermosa y nos amamos frente a este nido de halcones. ¡Lecho muy duro para amores! Mas tú vienes de reyes guerreros y yo de hidalgos, que, durante siglos, no hicieron sino luchar en mar y tierra, porque «la mar y la guerra para los hombres es hecha», como por allí arriban dicen. Por eso nos parece blando este tálamo de hierro. ¿verdad?

—¡Poeta, poeta siempre, niño mío!—y en la soleada plataforma militar, encuadrada por baluartes centinelas del mar, le echó al cuello los brazos y le besó en la boca muchas veces, apresurada, cual si temiera perderle, como hacía siempre.

Cuando a la mañana la vió con el «maillot» negro y las sandalias, playa adelante, hacia las olas, quedó extasiado.

—Tienes la elegancia en los huesos, Gaby... Sí, en los huesos. Lo mismo con los «briches» que con traje de noche, que con ese «maillot» —y le susurró al oído— ... que... en la «toilette» de Afrodita en Cypros...

—No personal remarks!

—¿Enfadada, reina?

Y con voz cálida, llenos los ojos de luces:

—Pourquoi, chéri...?

—Es muy hermoso, pero hay mucho dolor en todo esto, ¿no te parece? Es mejor nuestra casa, nueva, clara sin más recuerdos que los nuestros, de nuestro amor sólo... Siento nostalgia de Komara Yedida, blanca y abierta, tendida perezosamente entre eucaliptos y adelfas rosadas... ¡Qué sombra tan dulce dentro! Cuando la mandé hacer, al salir cansada de Francia, cansada de mi gente, de mis frívolos recuerdos de entonces, quise no me evocar nada, por eso la llamé así: Luna Nueva. Huía sin intención de volver; buscaba la paz... Cuando el jeque que me vendió la tierra me saludó con la frase usual entre ellos: «Es salam alikum! ¡La paz sea contigo! ¡La paz sobre tu cabeza!», me pareció de buen augurio y hallé la paz..., y te encontré a ti —sin buscarte, te lo juro— como un presente de



Alá al pisar su tierra... Y ¡qué presente! Me creerás o no, pero, al encontrarte, encontré también el amor por vez primera...

—Y ¿por qué no había de creerte, Gabrielle? Yo no buscaba en Africa la paz, sino la guerra; era mi oficio, y fui a Larache, con las estrellas recién estrenadas, como pude ir a Ceuta o a Melilla. Oí hablar de ti como de una reina —y reina eres por derecho—, pues jamás pensé en conocerte; si no llega a ser por Yebli —¡Alá le bendiga!—, quien me hizo ganar aquella copa que tú me entregaste, poco hubiese parado allí, pues hubiera pedido mi traslado al Rif, donde había más tiros... Estaba escrito...

—Sí, Alberto, estaba escrito... *Mektud!*, como dicen ellos... ¿Me creerás si te digo que deseo volver? ¡Hemos sido allí tan felices!

—Y seguiremos siéndolo... Ya verás. No me moveré de tu lado... ¿A dónde iría? Y no me tocarán las balas porque tú me quieres... Me traerás siempre la suerte, como hasta ahora; tienes *baraka*.

Se quedó pensativa; luego le habló como un surro:

—Albert, no querría herirte con lo que voy a decir. Soy rica, mucho más de lo que piensas. Los míos no me necesitan, viven sin mí hace ya mucho. ¿Por qué no pides el retiro y vivimos juntos mientras nuestro amor dure? No es preciso te cases conmigo, ¡te llevo tantos años...! Deja esa vida de sacrificios y peligros... ¡Podemos ser tan felices...!

Se la quedó mirando con los ojos muy abiertos, casi atónitos.

—Gabrielle, siempre te admiré por tu belleza, por tu inteligencia, por tu temple, pero hoy más que nunca... Eres la mujer más generosa que he encontrado en mi vida...

La apretó contra el pecho, y recordaba la copla oída en un campamento, no muy consoladora que digamos:

*La vida de los soldados  
es andar por los lugares,  
dormir en cama prestada,  
morir en los hospitales.*

Zarparon una noche de agosto de espléndido plenilunio. La mole guerrera se perfilaba blanco marfil sobre los acantilados sombríos con un monótono y profundo rumor de olas en el nocturno misterioso de las grutas a flor de agua. Viajando en afanosas jornadas por los países fantasmales de la historia, se habían encontrado a sí mismos.

Gabrielle sentía la llamada de *Komara Yedida*; quería volver cuantos antes. Alberto accedió gustoso, y el largo viaje por el Mediterráneo quedó cortado casi al comenzar.

—Iremos directamente a Casablanca y de allí a nuestra casa. Y tú te vienes conmigo. ¡He invitado a tanta gente, que a nadie le puede extrañar! Y además, me es igual. Sólo me importas tú; te he encontrado —demasiado tarde, por desgracia— y no estoy dispuesta a dejarte por prejuicios ni conveniencias que no acepto. Verás qué agradables van a ser nuestros días allí, solos los dos, sin que nadie, ¡nadie!, nos robe las horas felices.

Acertó Gabrielle en su prisa, y les bendijo Alá. Tuvieron siempre vientos favorables y llegaron felizmente a Casablanca al clarear un día esplendoroso. Aquella misma noche sopló un tremendo Poniente, que sembró el Atlántico de olas arboladas; del Estrecho a Salé, varios pesqueros se hundieron con sus hombres.

Una mañana Alberto trabajaba en su despacho, con las persianas bajas para librarse del tremendo reflejo del sol. A pesar de ello, una claridad difusa flotaba en la estancia.

Tan absorto estaba estudiando unos planos del sector, que no oyó se abría la puerta de paso a las habitaciones del general. Unas manos le taparon los ojos y atrajeron suavemente su cabeza. Sintió el contacto de la carne desnuda y un intenso perfume, por desgracia harto bien conocido. Con finura, pero con firmeza, se liberó de venda y lazo, y la vió sonriente: tenía la bata abierta y las rotundas bienquerencias muy visibles...

(—Diaboli— comentó de nuevo Theodor en un inciso—, intrivint vulvulae dominae... Los *démónchigos* se le metieron a doña Carmela por el *chiriviti*... ¡Y así terminó aquello como terminó!)

—Pero, ¿está usted loca, señora?—dijo poniéndose en pie.

—Alberto, Alberto, amor mío —susurró—, ¿por



qué eres así? ¿Por qué me desprecias...? ¿No valgo yo más que esa escoba con faldas, que esa tísica...

—No sé lo que dice, señora, pero le ruego me permita continuar mi trabajo.

Vió de pronto desaparecer a Carmela Llanos tras la puertecilla, y en la de enfrente, la desgarrada figura de Juan Manuel, capitán ayudante de su padre. De fijo había presenciado la escena, pues contestó a su saludo con una torva mirada.

—Esta necia nos va a comprometer a todos —pensó—. Los recaditos y las miradas bobas, y hasta las visitas de tapadillo a nuestra república, donde nunca me encuentra, pasen; pero lo de hoy no puede ser... ¿Por qué se mezclará en mi vida esta mujer? La pobre rezuma vulgaridad por todos sus poros.

E inclinado sobre los planos, continuó su trabajo. Por la tarde se lo contó a Gaby. Le oyó algo preocupada.

—¿Por qué no piensas en lo que te dije del retiro, *darling*?—y le dio un beso muy largo en la boca.

—Sonríe, hombre... ¡Fuera esas nubes negras...! ¡Y quédate esta noche conmigo!

En aquella ciudad, casi un pueblo, los devaneos de la generala iban de boca en boca. No era la primera vez que Carmela Llanos andaba en estos trotos; llovía ya sobre mojado y a nadie le extrañó.

En la república, Antonio Ordóñez, uno de los capitanes se lo dijo a Alberto.

—Debías hacer algo, porque esa pájara te va a buscar un disgusto. Se habla ya de un Tribunal de honor de capitanes para exigir a su hijo te desafie o pida el retiro... Ya le conoces, no voy a hacerte su retrato, pero no merece esa os juguéis el tipo... ¿Por qué no pides el traslado? El general te lo arreglaría en seguida; te quiere y sabe son cascabeleos de ella, ya la conoce...

—No puedo, parecería una cobardía.

—Lo comprendo.

Las cosas se precipitaron. Una mañana Juan Manuel apareció por el despacho. La escena fué rápida y seca. Cruzaron las menos palabras posibles.

—Ya supondrás a lo que vengo...

—Lo supongo... ¿Cuándo?

—Cuanto antes...

—¿Aquí?

—No. Mi padre quiere evitar el escándalo.

—¿Dónde?

—En Madrid, dice.

Era martes.

—¿Te parece bien el sábado?

—Sí.

—Te esperaré en el Parque del Oeste —sacó un plano—, en esta plazoleta, a las ocho de la mañana.

—De acuerdo. Podemos llegar el viernes y habrá tiempo para buscar los padrinos. Yo me encargo de los permisos y pasaportes.

—Conforme.

—Te esperaré en el Parque del Oeste —sacó un plano—, en esta plazoleta, a las ocho de la mañana.

—De acuerdo. Podemos llegar el viernes y habrá tiempo para buscar a los padrinos. Yo me encargo de los permisos y pasaportes.

—Conforme.

Llegó puntual: las ocho menos cinco. Por el camino, ante los setos verdes, vió los bustos blancos de los oficiales muertos en Africa; a casi todos los conocía.

—¿Será un presagio...?—pensaba—. Que se maten dos hombres por una mujer es natural y no tiene importancia; pero sin amor, por un mero prejuicio, es absurdo.

No vió a nadie y, de pie, se puso a leer un periódico, para acortar la espera. Minutos después. Juan Manuel se le acercó por la espalda y, a quemarropa, disparó nerviosamente el nueve largo; se le encasquilló al tercer tiro...

Guardó el arma, miró alrededor y huyó con paso desigual, sin volver la cabeza. Una hora más tarde, desencajado y lívido, se presentó en Prisiones Militares.

Fué para ella un golpe mortal. Cobró odio a Africa, a aquella villa en que fuera tan feliz. Sólo quería huir, huir cuanto más lejos en el espacio y

en el tiempo. Refugiarse en los días idos, en la tierra natal.

Se despidió de Mr. Dubois, su administrador, con palabras muy vagas. No sabía si volvería o no. Le dió plenos poderes; que hiciese y deshiciese a su antojo en «Komara Yedida». Sólo quería tranquilidad, olvido. Se sentía vieja, vencida.

—¡Alberto, Alberto!

Marchó a Francia y retiróse sin ver a nadie, a un castillo pequeño y perdido en la Alta Gascuña. No había vuelto allí desde niña y todos ignoraban su escondrijo. Algo calmó su espíritu el verdor húmedo, el río apacible, la luz cernida, el aliento lleno de yodo del *Aquitanius Sinus*. Caían de los montes, entre hayas y castaños, torrentes espumosos; aquí y allá, matas de clavelinas azuladas y blancas, con su olor suave, fresco...

Daba largos paseos, sin salir de sus tierras, perdida en ensueños, en el ensueño de su vida. Ya bien pasados los cuarenta—siempre los miró con horror, casi como el fin—, había logrado unos meses, casi un año de tranquila dicha, de felicidad perfecta, gracias a aquel amor—le creyó en principio una *amourette*, un capricho más—y en breves días se entranó dulcemente en ella y llenó el vacío de su vida, como un largo día azulado, sin rigores, sin violencias, haciéndole desear algo inefable, algo como un difuso anhelo de permanencia, de continuidad, sin querer otra cosa que seguir siempre así...

¡Y aquel horror, aquel tremendo y estúpido desenlace que lo rompió todo, que le arrancó el deseo de vivir! ¡Tanta finura, tanta gentileza deshecha por la envidiosa vanidad de una *poule*, que continuaba viviendo, tras unos cocorocós sensibleros y unas bobas lágrimas, su vulgaridad de perra en celo!

¡Y él muerto, muerto por una mano cobarde! ¡Qué inestable, qué cambiante todo! ¿Valía la pena de vivir?

Sólo llevó a su perro, *Hasán*, un *sloughi* alto y leonado; paseaban siempre juntos.

—*La Dame au Levrier, la Promeneuse Melancolique*, como él me llamaba...

Casi año y medio estuvo allí encerrada, con luto en el corazón y en los vestidos. Su nombre cesó de oírse en fiestas y ecos del gran mundo. Y, de repente, sintió el tirón de Africa, «adonde conocí el amor», como rezaba la canción, oída una noche en Titauen. Volvió a Larache. Habló con los compañeros de Alberto. Le dieron todo lo que de él quedaba: sus uniformes, sus condecoraciones, sus armas, sus gemelos de campaña, sus papeles, sus escasas joyas, la copa que ganó en la prueba hípica. Lo reunió en la habitación que ocupara en *Komara Yedida*. Allí pasaba muchas horas y le parecía sentirle a su lado; se hacía llevar el té con menta—el *atai* con *manna*—siempre con dos vasos de cobre... Compró a *Yebli* y en adelante fué su única montura en los largos paseos, para engañar el tiempo, para recoger sus pasos perdidos, seguida siempre por *Hasán*, como entonces... Reconstruyó en lo posible los días felices y perdidos. A veces le parecía oír su voz y sentía sus brazos y la caricia de sus manos. Entrábanle entonces unos deseos locos de juntarse con él, de huir a su lado; pero todo se deshacía en dulce llanto, llanto que, cual el agua de Juvencia, haciale cada vez más bella, pero también más ajena a este mundo.

—Alberto, Alberto... *Do not redeem lost time!*—Una vez más, la inmortal tragedia del amor mortal, que dice Axel Munthe.

Cuando por primera vez reapareció en una tómbola benéfica, vestía de negro, tenía afiladas las facciones, descarnadas las mejillas y unas hebras de platino en su rubio desvaído; su mirada clara —la ancha y franca mirada del *Balajré*—parecía lejana, ausente. Pero estaba tremendamente hermosa.

(—Fué su último amor, aunque le sobrevivió bastantes años. Chacun son deuil, chacun sa joie—terminó *Theodor* un poco melancólico, con la mirada perdida.)

SUSCRIBASE USTED A  
LA ESTAFETA LITERARIA



## POR EL MUNDO CON EL LAPIZ Y EL PINCEL

### QUINCE LIENZOS DE TEODORO DELGADO PARA LA UNIVERSIDAD LABORAL DE ZAMORA

#### UNA RECOMENDACION: "DIBUJA, DIBUJA Y DESPUES... DIBUJA"

SOBRE la madera está escrita la palabra «frágil». Encerrados en el embalaje, quince lienzos aguardan el momento de emprender la marcha hacia la Universidad Laboral de Zamora. Quince momentos de la vida de Cristo, desde el Nacimiento hasta la Ascensión. La última obra de Teodoro Delgado, retratista, viajero y pintor, veterano en la travesía del Atlántico. Remachado el último clavo, la obra se desliza hacia el pasado. Ya no es presente. Será futuro cuando, pasados muchos años, se le recuerde al contemplar su original concep-

ción de esas escenas del pasar por la tierra del Hijo de Dios. Pero ahora, este momento, si es presente, con olor a pintura, a aguarrás y a lienzo sin estrenar.

Las paredes, llenas de apuntes, bocetos, cuadros, dibujos. La mayoría, suyos. Unos pocos, dedicados a Teodoro Delgado por otros pintores y dibujantes amigos. Sobre una mesa, la paleta rebosando color. Una caja de tubos de pintura y un cacharro lleno de pinceles. En el caballete, su obra actual: un encargo, con sabor de sierra alta, de aire limpio y de horizonte de olivos. Otra

mesa junto a la ventana y un mueble bajo. Dos pistolas antiguas, de duelo. Banquetas, unas sillas, una alfombra verde en el centro de la habitación. Y el humo de un cigarro que sube en la atmósfera quieta del estudio, dibujando espirales, hasta el techo. En ellas se enreda el recuerdo cuando Delgado las mira y vuelve a un tiempo ya pasado.

**«DIBUJA, DIBUJA Y DESPUES... DIBUJA»**

—A los doce años llegué a Madrid. Quería aprender a pintar, a dibujar... Nada más que eso.

Pero también tenía que vivir. Allá en el pueblo de la provincia de Toledo en el que quedarán los padres no tenía que preocuparse del medio de vivir. En Madrid, sí. Era un niño que había emprendido solo la gran aventura, con la íntima convicción de que llegaría, de que para eso sólo necesitaba tiempo y oportunidad. Y, naturalmente, aprender. Aquí se le plantea el primer problema: para poder vivir tiene que trabajar, y si lo hace no podrá estudiar, acudir a una academia, ¿alguien que sepa pintura. ¿Volver a casa? Desde luego, no.

Y empieza la lucha. Trabaja estudia cuando puede y siempre que puede. Va a las Exposiciones, a los Museos... En un café conoce a Enrique Ochoa. Al cabo de unos días, después de charlar con él un par de veces, se decide a enseñarle sus dibujos. Ochoa le da unas palmadas en la espalda y le dice que siga, amablemente, descuidadamente. Teodoro Delgado no es más que un chaval que se acerca a él pidiendo consejo. Uno como tantos otros. Y el muchacho trabaja, dibuja todo lo que se le pone por delante, a todas horas... La próxima vez que ve a Ochoa es en el estudio de éste. Le enseña sus últimas obras y entonces el pintor le da un consejo, de verdad esta vez:

—Dibuja, dibuja y después... dibuja.

Y sigue dibujando. Más que nunca, con mayor ardor. Y sigue trabajando. Cuando puede, acude al «Casón», al Museo de Reproducciones, con una carpeta bajo el brazo, y va trazando líneas: manos, cuerpos, caras, orejas, brazos... Lo desmenuza todo para volver a montarlo sobre el papel. Y cuando termina con una estatua, gira un poco la silla y comienza con la siguiente. Dibujar, dibujar, dibujar... Y al llegar a casa, dibujar, dibujar, dibujar... Los años se le van entre los pinceles, en un afán creador que no le abandonará ya en toda su vida.

—No me desanimaba porque sabía que todas aquellas horas de lápiz y pincel servirían de algo en un día que no podía estar muy lejos.

Y acertaba. Ese día estaba a la vuelta de la esquina, como quien dice. A la vuelta de los veinte años. Muy cerca ya, ahí mismo.

#### DESDE PARIS A ESPAÑA PARA APRENDER FRANCES

El Círculo de Bellas Artes convocó un concurso de carteles anunciadores del baile de Carnaval. Era la época del triunvirato Ribas-Bartolozzi-Penagos, los invencibles, los favoritos.

El día de la inauguración de la Exposición de carteles, Teodoro Delgado acude a la sala. Delante de su obra, la gente se detiene y comenta. Pero a él no le basta con que al público le parezca bien; él quiere saber qué opinan los entendidos, los profesionales y, sobre todo, el Jurado. Y el Jurado opina que el suyo es el mejor, y Teodoro Delgado se lleva el primer premio. Es el principio. Después, durante cinco años seguidos, seguiría siendo el mejor, el primero, el indiscutible.

Es en pleno triunfo cuando conoce a Germán Pérez de Urias y a Federico Sanchez Plaza, fundador de «Jeromin». Durante un tiempo trabaja con él, y cuando «Jeromin» pasa a otras manos, comienza a lanzar dibujos desde un puesto en la Editorial Católica, cuando Angel Herrera Oria, actual Obispo de Málaga, era director de «El Debate».

Atraviesa una época tranquila, casi burguesa. Pasa el tiempo, lentamente a veces, de prisa en otras ocasiones, y a poco va sintiendo el deseo de horizontes nuevos. París es el centro del mundo, y si allí se marcan las trayectorias del movimiento artístico mundial, allí debe estar él.

—Estaba yo entonces en Barcelona y París me atría con tanta fuerza que ni siquiera el ignorar el francés me detuvo.

Un amigo íntimo, que lo era de Sáenz de Tejada, le dió una carta de presentación para éste. Y con esa carta, una buena cantidad de dinero y unas palabras apuntadas en un papel se metió en el tren. Ahora, al recordar aquellos días, se ríe y le brillan

los ojos tras los cristales de las gafas.

—Lo tenía todo planeado. Al llegar a la estación dejaría mis maletas en consigna y me dedicaría a buscar a Sáenz de Tejada. Después... bueno, después yo sabía lo que quería.

Mientras el tren rodaba por Cataluña todo fué bien. La aventura empezó al cruzar la frontera sin saber decir más que «oui», «garçons» y un par de palabras más. En París tomó un taxi y le indicó la dirección al chófer.

—Fijese: tomé el coche, por ejemplo, trasladando las cosas a Madrid, en la Puerta del Sol y tenía que ir a El Escorial. Así salió aquello...

Salieron muchos francos del montoncito que llevaba en la cartera, pero... allí estaba Sáenz de Tejada se le quedó mirando, asombrado, cuando supo cómo y en qué condiciones había llegado hasta allí. Luego, en las semanas siguientes, le acompañó de agencia en agencia, sirviéndole de intérprete. Los dibujos de Delgado gustaban, y mucho, pero... Había un pero: no sabía el idioma. Al término de siete meses, convencido de que tenía que hablar el francés mejor que el Presidente de la República, decidió aprenderlo, dedicarse a él en serio.

Y nuevamente el recuerdo le hace reír:

—Entonces, para aprenderlo, decidí volver a España.

#### ESPAÑA-ARGENTINA, IDA Y VUELTA

Encendemos unos cigarros. La habitación está en silencio y sólo de cuando en cuando un coche atraviesa con el ruido de su motor los cristales de las ventanas.

Aquel año 1930 en que se fué a París está ya muy lejos y pareció marcar una frontera una etapa en su vida. A partir de entonces su aguja de marear señaliza otros caminos, nuevos horizontes, señalando hacia el Oeste, rectamente, seguramente.

—Volví a Barcelona, pero al cabo de un año ya estaba otra vez en danza. No sé qué me pasaba, pero no podía quedarme quieto mucho tiempo en el mismo sitio.

Y unos meses más tarde Buenos Aires le recibe enorme y ruidoso, expectante. Llega él con sus dibujos bajo el brazo y la mirada chispeante tras las gafas. Es el año 1932. Monta una Exposición y comienza a vender obras. Otra vez el éxito. Recibe encargos, pinta retratos, es entrevistado... Sin embargo no pasa mucho tiempo sin que sienta de nuevo la comezón del viaje, del ir y venir por un mundo hermoso y fácil a veces y a veces duro. Por un mundo que siempre merece la pena. Otra vez cruza el Ecuador, después de año y medio de estancia en la Ciudad del Plata. Deja atrás muy buen recuerdo y el deseo de que vuelva. Quizá regrese algún día... Quizá.

De nuevo en España. Y otra vez las ilustraciones, los carteles,



«Miranda y nuestra bandera», pintura mural de Teodoro Delgado, que representa una parte de nuestra Historia. Cuida el pintor la anécdota

las portadas de las revistas. Otra vez los viejos amigos, lo que más echaba de menos al otro lado del Atlántico, en la tierra americana en la que conoció a Rojas, a Zavatavo, a Alarco, director de «Caras y Caretas». Pero España... volver a España. Ya está aquí, en casa, entre los de siempre.

En 1934 se va a Palma de Mallorca y expone allí, en la Galería Costa. Como siempre, se habla de él, de su obra, de sus viajes. Una mañana ve entrar en la sala a Enrique Ochoa y se acerca a él:

—¿No se acuerda usted de mí? Ochoa le mira durante unos instantes y acaba por negar:

—No.

—Pues cuando fui a su estudio a llevarle mis dibujos para que usted los viera...

—¿A mi estudio?

—Sí...; estaba usted haciendo dos retratos. Uno a Castro Girón y otro a Carmen Flores.

Ochoa le mira de nuevo y al fin recuerda:

—¡Pues es verdad!

Y la conversación, salpicada de recuerdos de no hace muchos años, nace entre los dos. Y unos días después...

—Fué entonces cuando conocí a Falla. Entró a ver mi Exposición.

Y calla un momento, enciende el cigarro y vuelve a hablar.

—Era un hombre extraordinario. A mi modo de ver, el mejor músico que hemos tenido en mucho tiempo. Y en muchos de los años que vendrán.

Durante un rato, Teodoro Delgado se queda atrás. Hablamos de música, de conciertos, de muchas cosas, hasta que volvemos a coger el hilo para sacar el pez del agua.

En 1936 Teodoro Delgado emprende un nuevo viaje: el de la vida. Se casa, y hoy sigue embarcado en esa nave del matrimonio, con cinco «tripulantes» más a bordo.

Pero entonces, en aquel año, nada más casarse, dos días después, estalla la guerra en España. Interrumpe el viaje de novios y pone rumbo a Salamanca. Allí se crea la Delegación para Prensa y Propaganda del Estado y en ella, Delgado funda la sección de dibujo. Allí, en Salamanca, conoce a Juan Aparicio, que ha sido nombrado director de la «Gaceta Regional» y entra en ella para hacer ilustraciones.

Son tiempos duros, en los que hay que trabajar de firme, pero Delgado siempre encuentra un hueco para dibujar o pintar. Es un descanso, una válvula de escape a sus horas apretadas de deberes y obligaciones. Ni la guerra mata en él su afán de algo más, ni su ansia de cambios.

—En Salamanca me ocurrió una cosa muy graciosa. Una vez se me presentó un sastre diciéndome que había visto mis pinturas y que quería hacerme una proposición: si yo le pintaba un cuadro para poner en su escaparate, me regalaba una gabardina.

—¿Y qué pasó?

—Creo que el cuadro estaba allí, en el escaparate, no hace mucho tiempo. En guerra, una gabardina era una gabardina.

Malos años. Y buenos al mismo tiempo. Se crean los Ministerios y hay cambios. Delgado es susti-



Gesto característico del pintor. Ciertos contrastes. su chaqueta de pana, su camisa a rayas y la elegancia del jarrón



En el corazón de su casa, iluminada por verticales cilindros de luz, la Exposición de cerámica decorada

tuído en la Delegación y se dispone a marcharse a Burgos con su familia. Pero entonces surge un ofrecimiento llegado desde el sur de España, desde Sevilla. Y allí se va, a trabajar en las revistas «Vértice» y «Horizonte». Y a trabajar para él, a pintar porque sí, porque le gusta y lo necesi-

ta, como necesita respirar, o comer, o dormir. Más retratos, más ilustraciones. Crecen los hijos y crecen los meses en el calendario. La guerra pasa y con ella se inicia una nueva vida.

—Entonces pedí autorización para publicar una revista y lancé «Leyendas Infantiles».

Duró poco aquí la revisión a par-  
niños. Europa entera entró en  
otra guerra y el papel subió de  
precio constantemente. Fue en  
docenas de publicaciones las que  
desaparecieron por aquellos años.  
Y entre ellas, la suya, sin más  
subvención que la del propio Del-  
gado, ni más compradores que los  
niños. Empezó a venderse a vein-  
te céntimos y murió unos días  
después de haber tenido que co-  
locar en la cubierta el nuevo pre-  
cio de sesenta céntimos.

—Fue una pena que pasara  
aquello. No sólo por la mía, sino  
por tantas y tantas que desapare-  
cieron con ella.

Pero era lógico y era la guerra.  
Contra ella no se podía luchar y  
Delgado lo comprendió así. Por  
eso volvió a sus dibujos, a sus  
pinturas, a sus retratos y a sus  
cuadros. Hasta que el gusanillo  
de la creación volvió a empezar a  
llamar a su cabeza. Y le dió una  
idea que pudo proporcionarle un  
disgusto y que tuvo gran éxito.

#### UN ESPAÑOL CARA AL MUNDO

—Se me ocurrió hacer unos  
cromos, como esos que coleccionan  
los chicos, pero en forma de  
billetes y con un dibujo que los  
recordase. Sólo que en el transpa-  
rente, en lugar de este puse las  
cabezas de los jugadores de fútbol  
de aquella época. Así los podían  
coleccionar por equipos. Le voy a  
enseñar unos que todavía guardo.

Se levanta y sale. Y me quedo  
pensando en la vida de este hom-  
bre alegre, decidido, sensible y te-  
naz, que empezó a luchar a los  
doce años y que ha triunfado, pe-  
ro que no lo canta ni lo hace sa-  
ber a todo el mundo. Vive su vi-  
da rodeado de sus cuadros, en  
constante diálogo con ellos, sin  
dejarlos jamás, ni durante sus  
viajes.

Vuelve al cabo de un momen-  
to y me alarga un pequeño paquete  
sujeto con una goma. Los billetes  
son verdaderos, realizados en buen  
papel, con valores que van desde  
una peseta hasta cien, pasando  
por dos, cinco, veinticinco y cin-  
cuenta.



«La Caída», uno de los quin-  
ce lienzos adquiridos para la  
Universidad Laboral de Za-  
mora

—El día en que se pusieron a  
la venta tenía trabajo y no salí  
de casa. Pero al día siguiente,  
cuando fui a la calle a tomar un  
poco el aire, me encontré con que  
alrededor de cada puesto había  
un verdadero revuelo de niños,  
personas mayores y sobre todos  
en el suelo. Se vendían a trece a  
céntimos, y en un solo día, en  
Madrid se vendieron sesenta mil.

Volvió a casa muy contento,  
doblemente contento. Porque  
aquello gustaba a los chicos y  
porque era un verdadero éxito pa-  
ra él. Pero en casa le esperaban  
unos empleados del Banco de Es-  
paña. Algunos desaprensivos ha-  
bían hecho pasar los cromos co-  
mo si fuesen billetes.

—Verá usted, los doblaban así  
—y dobla el billete—, de modo  
que no se ve la cara del futbolis-  
ta y sólo aparece el número y el  
valor del billete.

Total: tuvo que dejar de impr-  
mir cromos y aquello se terminó.  
Pero lo curioso es que durante  
una de las visitas que hizo al  
Banco, los empleados del Go-  
bierno le dieron nuevas ideas que  
puso en práctica en seguida y ca-  
si con tanto éxito como la vez  
primera. Pero no tardaron en co-  
piarle en Barcelona y Delgado lo  
fue dejando porque cada vez te-  
nía más trabajo como pintor y  
dibujante.

Vuelve a trabajar en «sus co-  
sas» y en 1945 cuelga sus obras en  
el Salón Dardo, de Madrid. Se  
queda sin ninguna. Cuatro años  
más tarde vuelve a exponer en el  
Palace Hotel de la capital de Es-  
paña y la historia se repite. El  
mismo año siente nuevo el im-  
pulso viajero que le llevó a París,  
pero esta vez deja la ciudad lu-  
minosa a un lado y sigue hacia  
Suiza, llevando una Exposición  
que más tarde abrirá en el Salón  
Dobiaschofstr, de Berna. Traba-  
jando sobre la marcha, desde Ber-  
na marcha a Zurich, y en una  
nueva Exposición se vuelve a  
quedar sin cuadros. Regresa a Es-  
paña y es entonces cuando sien-  
te otra vez la llamada del Nuevo  
Continente. Pinta y dibuja in-  
cesantemente, y al año siguiente, 1951,  
se embarca para Venezuela. Da  
nuevo otra Exposición en el Cen-  
tro Venezolano Americano de Ca-  
racas. Y cuando se cierra, los en-  
cargos guardan turno. Murales,  
retratos, portadas para revistas,  
ilustraciones... A los seis meses le  
parece que lleva seis años fuera  
de España. Le llama su tierra con  
una voz reforzada por la nostal-  
gia que siente de su mujer y sus  
hijos, y de nuevo cruza el Ecu-  
ador. En el equipaje se trae figu-  
ras, paisajes y retratos de aque-  
lla tierra caliente y rica, de aquel  
país amigo.

#### UN BILLETE DE VUELTA SIN USAR

Muere un año y nace otro, el  
del medio siglo, 1951. Expone en  
el Salón Cano, de Madrid, y to-  
davía con el regusto del éxito en  
el alma, prepara una nueva «ex-  
pedición» a Suiza. Esta vez no se-  
rán cuadros, sino porcelanas, pie-  
zas únicas trabajadas por él mis-  
mo, mimadas hasta la ternura.  
Muchas de las piezas que presen-  
ta en la colección pasan la prue-  
ba del fuego en el país de los can-  
tores, y cuando ya está todo a  
punto las coloca cuidadosamente

en el Salón Schweizerhof, de Ber-  
na. Con las piezas que le sobran  
se vuelve a España, es a princí-  
pios de 1952, y mediado el año se  
las muestra al gran público de  
Madrid en la Sala Abra, durante  
el mes de mayo.

—Sin embargo, aquí no acerté.  
No gustaron o no sé lo que pasó.  
El caso es que me quedé con la  
mayor parte. Venga a ver al-  
gunas.

Y vamos. Enciende la luz, y en  
las vitrinas las piezas cobran vi-  
da, adquieren calidades y brillan.  
Son piezas caras: hay una vajilla  
de setenta y dos piezas, en la que  
cada una de ellas está decorada  
con un motivo distinto. Hay jar-  
rones, fuentes y platos finos, de-  
licados, casi transparentes. Le ha-  
go una pregunta y me contesta  
rápido:

—Un taller o una fábrica no me  
interesan. Eso sería comercializar  
el arte, como hacen otros muchos,  
y a mí me parece un crimen. Pre-  
fiero no vender ni una sola de  
estas piezas y saber que son úni-  
cas, que no hay otras iguales en  
todo el mundo, ni una sola.

Siento que en el fondo me ale-  
gro. Es mejor que estén ahí solas,  
casi escondidas, a que se llenen  
de polvo en un escaparate, por-  
que, desgraciadamente, son pocas  
las personas que saben apreciar  
lo que es una joya cuando la tie-  
nen delante. Sí, es mejor que es-  
tén ahí.

Volvemos al estudio. El tiempo  
ha pasado su dedo sobre la esfe-  
ra del reloj y las agujas marcan  
un ángulo recto. Así de de pris-  
a pasa el tiempo. Dos horas aquí,  
hablando de pintura, de viajes, de  
la vida de una vida transcurrida  
entre la tierra y el mar, señalada  
por distintas horas, iluminada por  
distintos soles.

El último viaje de Teodoro Del-  
gado comenzó en 1954, cuando  
Carlos León Mendoza, director de  
«La Esfera», de Caracas, le pidió  
que fuese a trabajar con él. Y de  
nuevo, el alma viajera del artista  
le llevó al otro lado del mar en  
el mes de octubre. Dos años lar-  
gos y otra vez España. Es como  
el eterno «volver» del espíritu  
germano.

Yo me alegro de haberme en-  
contrado ahora a Teodoro Delga-  
do porque ¡quién sabe si maña-  
na no estará de nuevo embarca-  
do, camino de una tierra nueva o  
de otra ya conocida? Ni él mismo  
lo sabe. Dice que no, pero en el  
fondo no está muy convencido de  
que algún día no vuelva a cerrar  
las maletas camino de cualquier  
parte.

—No, mire... Tengo aquí la fa-  
milia, mi ambiente, mis cuadros,  
mi trabajo... todo. Además, una  
cerveza no sabe lo mismo aquí,  
entre amigos, que fuera de Espa-  
ña. Allí, fuera, todo sabe a cer-  
veza.

Gonzalo CRESPI

Lea todos los sábados  
**LA ESTAFETA**  
LITERARIA

EL LIBRO QUE ES  
MENESTER LEER

JEAN GUITTON

JÉSUS

# J E S U S

Por Jean GUITTON



GRASSET

**[**ESTE libro, que trata de un tema eterno, quisiera no parecerse a ningún otro. No lo he escrito para agregar una obra de erudición, de polémica o de mística a las innumerables obras que han aparecido sobre Jesús. He querido solamente exponer por orden mis pensamientos sobre una materia en la cual, desde hace cuarenta años, no he cesado de reflexionar. Es este libro lo que se habría llamado en tiempo de Descartes una meditación sobre la existencia de Jesús y particularmente sobre las dificultades de creer en Jesús a mediados del siglo XX después de El. Pocas veces retrata mejor una obra su autor que en las frases anteriores lo hace Jean Guitton en el prólogo del libro de esta semana. En realidad, «Jesús» no es más que eso, un continuo problematizar sobre la existencia del Salvador, tratando de comprender las razones de los que le niegan de algún modo e intentándoles hacer salir de su actitud negativa.

Obra densa y profunda de más de 4.000 páginas, escrita toda ella de manera polémica y discursiva, resulta harto difícil resumir tanto más cuanto que el autor trata de sacar todas sus conclusiones tras un largo caminar dialéctico. No obstante, en nuestra síntesis resaltamos toda una serie de ideas claves en la mente del ilustre pensador católico francés y muy representativas de las principales materias que en el libro se estudian ampliamente.

GUITTON (Jean): «Jesús». Bernard Grasset Editeur. París. Diciembre, 1956.

SE ha planteado alguna vez con claridad, con serenidad, lo que yo llamo el problema de Jesús? ¿Se podía haber hecho esto antes de la época actual? Considerad estos veinte siglos de Historia. Los Padres de la Iglesia, los teólogos de la Edad Media y los filósofos espiritualistas del siglo XVII al XIX, suponían que todo este problema se resolvía por la fe, la conducta y la tradición cristiana. Durante el siglo XVIII, la crítica bíblica era casi inexistente. El punto central de Jesús no había sido atacado más que con objeciones fundadas en el estudio de los textos básicos, que la fe tiene como premisas divinas.

## JESUS EN EL MOMENTO PRESENTE

Me encanta leer una página de Papias, que nos ha sido conservada por Eusebio de Cesárea, y que constituye uno de los más viejos documentos de la tradición eclesialística. Papias, que vivía al comienzo del siglo II de nuestra Era, cuenta cómo trataba de frecuentar e interrogar a los Apóstoles o a los que habían conocido a éstos, pues decía él, nada vale más que el contacto con «una palabra que permanece viva». Le comprendo muy bien. Cuando

se ha fundado una vida sobre una presencia histórica de la cual el tiempo os separa cada vez más, nublando y oscureciendo el recuerdo, es bueno agarrarse, aunque sólo sea al último eslabón.

Desde finales de mi adolescencia yo había sentido este deseo de presencia concreta y, en cierto modo, de comprobación para los objetos de la fe primera de mi infancia. Pero en el siglo XX no se podía actuar sobre Jesús por contacto. Confieso que nunca me sentí atraído por las «Vidas de Jesús» o por las imágenes históricas.

En cuanto mis padres me permitieron instalarme en París, mi más escondida idea era la de encontrarme en la capital con los maestros de religión que hubiesen estudiado este problema de Jesús —fundamental ya para mí— con los recursos del saber moderno y con los métodos prudentes que la Universidad me había facilitado. Y estos maestros eran entonces para mí lo que eran en los días de Policarpo o de Juan el Mayor, los que habían escuchado a los Apóstoles. «Naturalmente—me decía yo entonces—, no tengo suficiente conocimiento, aplicación y tiempo libre para entrar en sus trabajos. Si quiero compensar estos inconvenientes es necesario que, por un método de comparación verdaderamente sinóptico, escogiese mis guías en las diferentes escuelas y en las diversas tendencias, aunque sean de convicciones opuestas. Y en aquel universo de 1920, me di cuenta rápidamente de que el «Proceso de Jesús», esta agonía en las inteligencias que durará hasta el fin de los tiempos, se encontraba en uno de sus más bellos momentos.

M. Loisy finalizaba entonces su reinado en el College de Francia. Seguía sus cursos furtivamente. Lo que me sorprendió no fué la sustancia de sus enseñanzas, sino su tono, ese acento de afirmación que enseña más que las palabras, pues permite una comunicación, sin meditación, de espíritu a espíritu.

Yo, que tenía mis mayores esperanzas y deseos en estos maestros universitarios, creyendo ver en ellos una ciencia imparcial, un poco altiva y fría, fui sorprendido al distinguir que el espíritu científico del Barrio Latino, en cuestiones de exégesis, tenía por lo menos, según las apariencias, el tono de polémica y del presentimiento, como si se hubiese sustituido a la Fe por otra fe menos cándida, pero más corrosiva. Esta impresión de parcialidad de los imparciales no me ha dejado desde entonces.

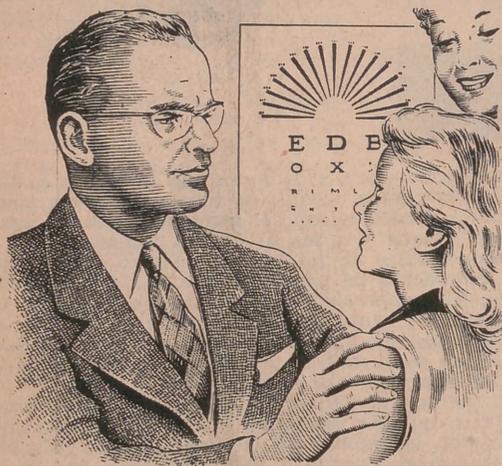
Fué también en estos momentos cuando entablé conocimiento con M. Pouget, el cual era por lo menos paciente. El era un espíritu científico por su formación, y hambriento de conocimientos palpables, concretos e históricos, creía en la existencia de un dato penetrable, refractario, al principio y finalmente, cognoscible por poco que se tuviese de saber y paciencia.

El primer dato era para él la Naturaleza y la Historia; el segundo era, en esta Historia, la historia de Israel y de la Iglesia, de la cual el Evangelio fué el eje privilegiado. Y además, su vida pobre, humillada y complaciente a la vez, era un buen comentario al Evangelio.

En 1934 encontré a Bergson ocupado en leer el

## MADRE PREVISORA

Por si acaso...



### CONSULTA CON EL ESPECIALISTA

Sabe que muchos mayores llevan hoy gruesos cristales porque, siendo niños, sus padres no vigilaron su visión. Tuvieron una infancia sin alegría y viven expuestos a lo peor, porque les falta

### GOZAR PLENAMENTE DEL TESORO DE LA VISTA

Nada anormal ha observado la madre en la visión de la niña, mas también sabe que los ojos no siempre avisan y que sus defectos no se van solos. En cambio, suelen tener fácil corrección observados al principio. Y visita periódicamente al especialista, como habrían de hacer todos los padres, para la felicidad de sus hijos y para la tranquilidad propia.

# CRUZADA DE PROTECCION OCULAR

DOS OJOS PARA TODA LA VIDA



pequeño libro rojo que Loisy había consagrado a las *Deux Sources de la Morale et de la Religion*. Bergson tenía tanta discreción que no se expresaba nunca sobre Jesús, salvo de una manera confidencial, diciendo, por ejemplo, que nada «de lo que Jesús dice de sí mismo le sorprendía». Frecuentemente me han llamado la atención los abismos que separan a los espíritus, sobre todo desde el día en que vi cruzarse en sentido contrario los destinos de Bergson y Loisy: el del sacerdote apóstata que se hundía cada vez más en su error inicial, el del israelita educado en la fe judía, después indiferente por respeto a la ciencia y finalmente lento caminante que marchaba hacia el ser de Jesús, expresado por el catolicismo, culminación del judaísmo. Algo parecido había ocurrido en el mes de octubre de 1845, fecha en que Renán dejó el seminario a causa del «Devenir» y que Newman se convirtió del anglicanismo al catolicismo a causa del «Developpe-ment». Ahora bien, yo no ponía estas cuatro opciones sobre el mismo plano, ya que Bergson y Newman tenían, a mis ojos, un dominio más interior y real.

Durante algún tiempo, por lo tanto, tuve la idea de que había en alguna parte un maestro para este «Problema de Jesús», ante el cual lo único que tendría que hacer era sentarme a sus pies. Su palabra, apoyada en una vida de investigaciones, terminaría con cualquier duda en mi espíritu. La experiencia debería demostrarme que este oráculo no existe, y la reflexión, que no existirá nunca, porque en esta cuestión habrá siempre luz y sombra. Si el método, tan a gusto de los modernos, llamado dialéctico, tiene algún valor, es porque os habitúa a subir con esfuerzo el camino que va de las apariencias a la verdad, y que a través de frases contrarias desemboca en una verdad más comprensiva.

### EL TESTIMONIO Y SUS DIFICULTADES

Había invitado a mi casa, en una pequeña habitación que da al Jardín del Luxemburgo, ante esas nobles hojas que ya han oído tantas dudas, a algunos amigos para que habláramos sobre mis trabajos relativos a Jesús.

Entre estos amigos estaba Olivier, un hombre que pertenecía a la raza que yo llamo crítica. Creía que el método de Renán era bueno, y que todo lo que se le podía reprochar era el haber mezclado mucho de su persona en sus estudios, Olivier no experimentaba el mismo error que Renán por los que admiten fisuras en el determinismo. Había leído los escritos de los físicos modernos en la época en que Louis de Broglie no se había convertido al determinismo, y sabía que hay indeterminación en nuestro «Cosmos». Y decía que podía haber existido en tiempos de Jesús algún acontecimiento imposible de definir, análogo, según él, a los saltos de la materia en la mecánica cuántica (la resurrección podría haber sido uno de esos saltos) o también una de esas mutaciones repentinas que también se producen en las especies vivientes en los momentos de transformarse. No había acontecimiento extraño que no tuviese su necesidad. A sus objeciones yo le respondía diciendo que la Resurrección de Jesús no se había producido por simple suerte y sobre todo que se había verificado en un lugar determinado, en un momento preciso, que estaba improbablemente situada en el espacio-tiempo, en la historia humana, después de una serie de acontecimientos bien relacionados entre ellos, y que nada en ella determinaba que se hubiese producido como un hecho sacado a la suerte, entre otros muchos que igualmente podrían haber ocurrido. Esto es tanto más digno de destacarse cuanto que el número ganador, por el mecanismo del azar que le hace salir, no tiene realidad y es semejante a todos los demás. Soy yo quien lo hago ganador, de acuerdo con mis intereses, mi elección y mis convenciones. Y aun en el caso de que Jesús fuese este suceso improbable, hecho ganador por el hombre, sería necesario entonces explicar por qué es considerado por este hombre como una ganancia infinita, porque también, en lugar de que el improbable número de loterías caiga en la nada millones de veces, Jesús en su Iglesia ha continuado incesantemente existiendo, como si la lotería, loca y desbarajustada, hiciese a este único Jesús, durante 1.956 años, ganador con el mismo número.

Asistimos, continuaba diciéndole a Olivier, a un azar, a ese azar supremo y repetido que es la conducta de un hombre bueno y prudente o de un héroe. Ahora bien, una y otra vez vemos condenar a un inocente... No os dais cuenta de que lo que se ve no es propiamente la bondad ni la ino-

cencia, no el heroísmo, sino los símbolos, como lo son para el Evangelio de San Juan la sangre y el agua.

Ha habido un contacto de nuestro ser con otro ser con motivo de un acto que pone en juego toda nuestra manera de concebir la vida moral. Contacto secreto, íntimo, que actúa en nosotros como un germen de pensamiento, que despierta en nosotros la idea de deberes difíciles. Pues bien, entre la percepción furtiva de un paseante que ha visto en una encrucijada el choque de dos coches y la impregnación del alma entera por otra alma después de una larga existencia compartida, hay toda una serie de grados. En el caso del accidente observado, el que lo observa, por definición misma, se encuentra en estado de sorpresa, sin percepción preparatoria. Le cuesta trabajo saber lo que ha visto.

Para testimoniar hace falta una relación de amistad o de odio; por lo menos una estrecha vigilancia mantenida durante largo tiempo. Es necesario también la perspectiva de un auditorio creciente o lo más numeroso posible. En resumen: el testimonio no es solamente el juicio como yo lo decía hace un momento; es la palabra en lo que ésta tiene de más profunda.

Yo no digo que se pueda defender desde el punto de vista del testimonio cualquier fragmento del Evangelio. Hay casos en que resulta difícil discernir los eslabones entre los testigos y el autor del relato, como, por ejemplo, en lo que se refiere a la infancia de Jesús, pero si considero globalmente los evangelios de la vida pública, encuentro que se presentan como testificaciones.

#### LA GRAN INCOGNITA DE LA RESURRECCION

Un amigo mío me decía que cuando tenía un Evangelio en las manos, corría a la Resurrección. Y yo comprendo muy bien esto: la última frase, el último momento iluminan lo que precede. Cuando un redactor de los Evangelios escribía la primera palabra, tenía fijo su espíritu en esta Resurrección. El relato de la Pasión, donde no hay esperanza, ha sido hecho por un hombre que creía en la Resurrección. Los Evangelios, como toda existencia cuando es contada, han sido pensados por gentes que veían al revés, porque sabían el final desde el principio. Esta ley de todo el relato se aplica aquí más que nunca. La Resurrección no es el punto terminal del Evangelio, sino la envoltura en la que se deposita y en donde reposa.

¿Cómo voy yo a abordar este problema tan capital y que difiere tan profundamente por sus dimensiones, sus perspectivas y su importancia de todos los problemas históricos? ¿Cómo intentar obtener aquí un resultado valioso para un gran número de espíritus, utilizando sólo mi reflexión sobre los datos, según mi hábitos y mi método?

La Resurrección en tanto que signo único en su género comporta dos caras, una por la cual es un misterio cristiano conocido por una revelación pura y otra por la que es un milagro histórico, conocido a partir de ciertos atestados. Ya sé que para Roldolfo Bultmann, el interés que se llama existencial y el interés histórico se excluyen el uno y el otro. Esta disyunción en el uno y en el otro no me sorprende. Yo veo en ello el procedimiento natural de la inteligencia occidental y de la *gnosis* en su esencia misma.

Estoy de acuerdo de que en estos últimos siglos, desde finales de la edad patristica, principalmente a partir del siglo XVI, se ha querido probar el cristianismo por un procedimiento casi mecánico, a fuerza de insistir sobre el carácter histórico de los acontecimientos de donde nos ha venido la salvación y se ha dejado en la sombra el carácter actual de esta salvación, la presencia en este instante de Jesucristo. Se ha hecho algunas veces del cristianismo un bello relato antiguo que es necesario aprender, mientras que es la predicación de un misterio actual, que se renueva cada día en nosotros. Cuando se relea a San Pablo se ve bien que para él la muerte y la resurrección no son sólo acontecimientos ocurridos, sino algo que se reitera en cierta manera en cada destino humano, unido a Cristo por la fe. ¿Con esto se quiere decir que sea necesario considerar como fabuloso el aspecto histórico esencial? La salvación actual no es salvación más porque el Cristo ha muerto de una vez por todas. Y la fe, como los sacramentos, tiene por efecto el hacernos franquear las duraciones al revés, hacernos contemporáneos de los tiempos, particularmente de este tiempo corto y pleno del Cristo histórico, que pasó para siempre.



## CABALLEROS

Elegantes prendas de  
ante, antelina y velvetón

**Galerías Preciados**

Ante el caso de la Resurrección la historia me coloca ante premisas. Los testigos las han interpretado antes que yo. Ellos han llegado a la conclusión de la presencia de su Maestro cuya muerte habían comprobado y que pasó a un nuevo estado de vida. A mí me corresponde reflexionar sobre esto.

Es por esto por lo que yo digo que la Resurrección es, antes que nada, un hecho misterioso y divino, que no es conocido más que por el Padre y el Hijo y de aquellos a los que ellos han querido revelárselo. Pero es también un hecho humano y milagroso, captado por los testigos que han recibido la misión de transmitirlo.

Para resolver una cuestión tan difícil como es la relación del misterio y del milagro no es sólo la Resurrección en la que es necesario profundizar, sino también en esa segunda premisa, más constante, menos prodigiosa, pero más misteriosa, menos exterior, pero más íntima, y que se llama la intimidad de Jesús. O más bien, si se quiere, habría que ver con la misma mirada la divinidad y la resurrección y no separarlas nunca, aunque lógica y esencialmente sean separables y la noción de la una no permita incluir la noción de la otra. Realmente las dos creencias tienen íntimas relaciones.

Lo que yo digo sobre el milagro es imperfecto, porque yo no hago subir, por así decir, el milagro en el misterio. Me atrevería a decir que, en tanto no se fije el problema planteado por la Divinidad, en tanto no se ha buscado por qué vías de la historia o de la revelación el espíritu puede alcanzar esta «divinidad» de un hombre histórico, se está todavía en la penumbra y en el umbral de los problemas más profundos.

#### EL MISTERIO DE JESUS

«Yo no me he preguntado nunca decía Simone Weil, si Jesús ha sido o no una encarnación de Dios, porque realmente soy incapaz de pensar en El sin pensarlo como Dios.» Tal es, en efecto, la paradoja más violenta del cristianismo. Para utilizar una palabra de la lengua religiosa tal es el escándalo cristiano. Y este escándalo se renueva. Existía en tiempos de San Pablo tanto para los gentiles como para los judíos. Existe aún para los espíritus racionales como para los espíritus religiosos de nuestra época. Y, sin embargo, esta afirmación original, comprueba que sin ninguna sombra ni atenuación la religión de Jesús se mantiene.

Si Jesús es Dios todo cambia de sentido, no solamente el Evangelio, sino también la historia humana, así como el sentimiento que podemos tener de este planeta perdido y del universo en general. Porque lo que antes era un punto de la historia se convierte ahora en centro de la historia. Antes era un tránsito, un trazo y ahora está inmóvil y es aquel alrededor del cual gira todo lo demás. Es esto lo que pensó San Pablo, ya que se puede decir que toda su teología consiste en sacar las consecuencias de esta identidad de Cristo con Dios.

Se trata de una revolución del pensamiento, capaz de cambiar el sentido de las cosas y mucho más íntima que la que Kant se jactaba de haber realizado, comparándose con Copérnico. A partir de este momento, es necesario llamar creador a este Jesús criatura—inmóvil y eterno, a este Jesús mudable e histórico—, hogar de la historia al que no era más que un punto privilegiado. Es fundamentalmente el único cambio de la historia de apariencias que merece verdaderamente el nombre de «dialéctico». Y es muy posible que Hegel haya traspasado a la historia lo que él había aprendido del misterio de Jesús durante su juventud teóloga. Puede ser muy bien que esta dialéctica que los marxistas han puesto en el centro de todo el conocer y el ser, sea una última laicización.

Después de haber reflexionado sobre la divinidad y haber pesado las diversas razones que existen para admitirlas, las dificultades sobre la Resurrección disminuyen considerablemente. ¿Un cuerpo unido a la divinidad cómo concebirle afectado por la muerte? Este acontecimiento no conduce al misterio, sino que da luz y fuerza a la revelación virtual del misterio.

Y desde este momento se comprende que es imprescindible no separar nunca estos dos problemas del acontecimiento y del misterio. El primero de ellos encuentra su sentido pleno en el misterio de Dios, que le alumbraba al mismo tiempo. De esta manera se evita dar al cristianismo la apariencia de un culto fundado sobre una maravilla aislada en la naturaleza y en la historia.

Uno de los pasajes más significativos del Evangelio de San Juan es aquel en que cuenta la aparición de Jesús a Tomás y que hace ver muy bien como los primeros cristianos conscientes comprendían esta relación entre el acontecimiento y el misterio. Tomás representa la duda y ésta es doble, duda sobre la resurrección y duda sobre la divinidad. Tomás habría creído en la resurrección si hubiese quizá admitido la divinidad. Si hubiese creído en la divinidad, habría sin duda dado fe a los relatos de los que habían visto a Jesús resucitado. Pero Jesús se ofrece a su experiencia y es en este momento cuando Tomás le llama «su Señor y su Dios».

#### LOS DISCIPULOS DE EMAUS

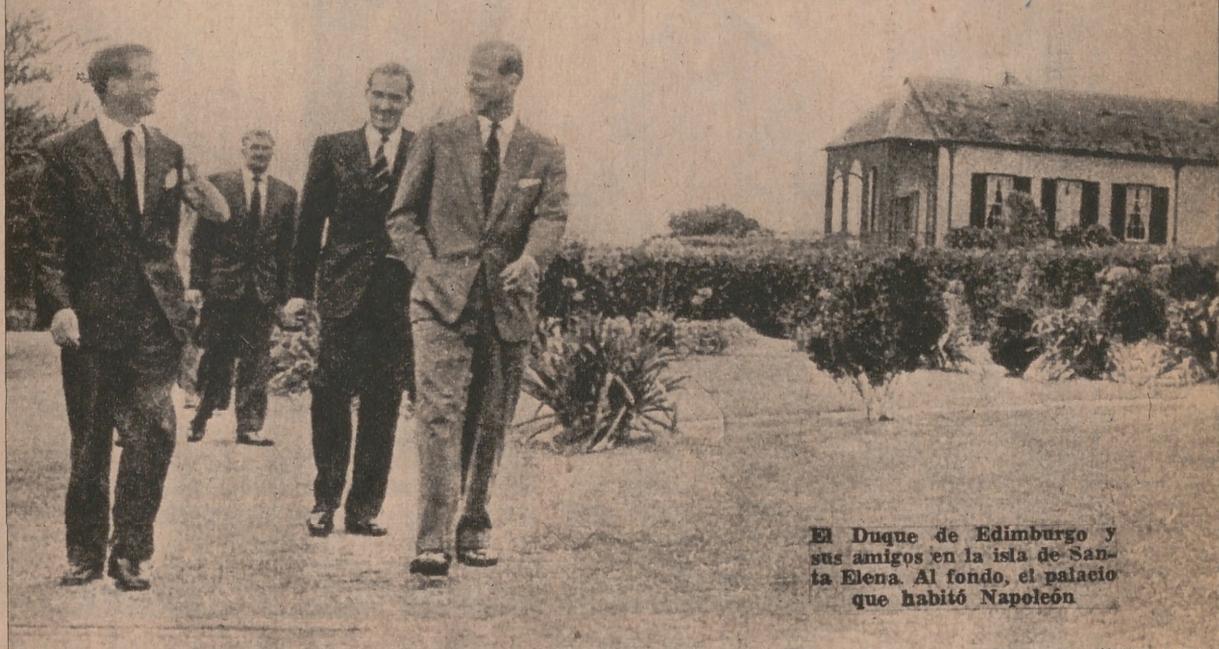
Si es necesario presentar todo el Evangelio por una sola escena en la que esté enteramente resumido, yo apenas si vacilaría en señalar la de los discípulos de Emaús. Y es muy posible que ésta haya sido la intención de San Lucas, en el gozo de su obra, en ese intervalo en donde acaba la historia visible de Jesucristo para comenzar su presencia invisible, la de pintar una escena que indicase los caminos de la fe en los espíritus. a través de las dificultades decrecientes. En realidad mi libro no es más que una glosa escrita al margen de este texto antiguo, pues en cada hombre instruido y en el de nuestro tiempo precisamente más, existen siempre dos seres que secretamente discuten sobre Jesucristo.

Dos personas hablan por un camino. Conversan sobre lo que es siempre tan visible en este mundo: el fracaso de los fundadores, las apariencias contrarias, la decepción, las promesas incumplidas. Y particularmente lo absurdo del movimiento de Jesús que no ha conducido a nada y su fallo en cuanto a las esperanzas puestas en el mismo. Las razones plausibles de dudar no faltan y se duplican, pues cada discípulo agrega sus dificultades de creer a las del otro. Y mientras que hablan, el problema, el problema que les preocupa, camina con ellos, se coloca en el centro de su ser bajo la forma de un ardor por aprender. Y Lucas hace ver cómo surge el renacimiento de la luz de las profundidades de la sombra. En el momento en que declina el día material aparece la aurora del espíritu. El misterio repentinamente presente incomprensible aunque no impensable, se plantea bajo varios aspectos: sentimientos de presencia, iluminación del pasado y de los escritos de este pasado, testimonio dado sobre esta persona por la propia persona, sociedad creada entre las conciencias por este reparto, familiaridad enigmática y tierna, rito misterioso. Después el Eterno desaparece en el instante en que se tenía más necesidad de que permaneciese.

Después de todo esto ya no hay en el tiempo más que restos, es decir, recuerdo que revivir, símbolos que formular, ausencias que soportar, testimonios que aportar, fundamentos, necesarios, pues hay que llenar una duración, ya que el tiempo continúa, ese tiempo que se le conoce bien por haberlo experimentado en un momento de plenitud y que está ya fecundado por un ser eterno.

¿Cuál será el porvenir de la especie humana? Es posible que su edad adulta no haya llegado todavía y que este instante de veinte siglos desde Jesucristo represente lo que la preinfancia. Puede también que la experiencia haya durado bastante y que esté a punto de acabar. Pero, como ya he dicho en otras ocasiones, el tiempo no tiene importancia. Asistimos a una especie de reagrupamiento de naciones, a un ensayo de recapitulación en la unidad. ¿Pero alrededor de qué principio de qué centro y de qué resorte? ¿Hay un Ser, una Idea, una Existencia que, desde nuestros días, sea capaz de permitir a los hombres unificarse, progresar cualesquiera que sea su nivel, reparar en un instante sus pérdidas? Me parece que la historia de Jesús, alumbrada por la de las épocas que le han precedido y la de los veinte siglos que le han seguido, nos permite responder a esta interrogación. Porque nosotros hemos hecho todas las experiencias, hemos agotado todas las negaciones y no hay más que un nombre que pueda ser pronunciado para dar al hombre del siglo XX la esperanza y la alegría.

# 15 DE OCTUBRE: UNA FECHA EN EL PALACIO DE BUCKINGHAM



El Duque de Edimburgo y sus amigos en la isla de Santa Elena. Al fondo, el palacio que habitó Napoleón

## UN VIAJE DE FELIPE DE EDIMBURGO QUE DURA 117 DIAS

### CUATRO MESES CON IMPORTANTES PROBLEMAS EN LA POLÍTICA INGLESA

No siempre llueve en Londres. Pero el 15 de octubre de 1956 amaneció lluvioso y el día se puso gris y oscuro. A primeras horas de la mañana el duque de Edimburgo abandonaba el Palacio de Buckingham para cumplir un largo viaje de circunnavegación. A sus espaldas quedaba un palacio «oficial» y un hogar, la mujer y dos niños. Las 600 habitaciones de Buckingham Palace estiraban los minutos, que se iban haciendo más vacíos para los habitantes del gran palacio.

Horas más tarde Felipe de Mountbatten veía con ojos alegres la chimenea amarilla y el casco azul del «Britannia», el yate de lujo construido bajo sus indicaciones y con gran protesta de los parlamentarios laboristas en los astilleros de la Clyde. Un agudo silbato anunció la llegada a bordo del esposo de la Reina de Inglaterra. La lluvia, monótona, desdibujaba los contornos de la costa con rapidez a medida que la proa cortante del yate cortaba limpiamente las aguas.

Allá tierra adentro, había quedado Buckingham. Y luego fué Inglaterra la que se fué difuminando poco a poco en el horizonte. Ha comenzado el periplo

de 55.000 kilómetros que día a día la Prensa inglesa irá fijando en minuciosas cartas del globo terráqueo. El viaje no había sido preparado improvisadamente. Ya se pensó y proyectó dos años atrás, previendo que fuese el duque, hombre versado y práctico en toda clase de deportes, el encargado de inaugurar en Melbourne los Juegos Olímpicos.

El mando de la política internacional parecía haberse tranquilizado un tanto en aquellos días. Pero muy pronto, octubre de 1956, se convirtió en un período clave. Las primeras arribadas del «Britannia» a los puertos de la Commonwealth eran saludadas con una alegría más o menos auténtica. Australia estaba a la vista cuando se inicia el levantamiento húngaro y la sanguiñaria regresión de Budapest.

Las Cancillerías no conocen un minuto de sosiego. La guerra parece inminente al complicarse el panorama con la invasión israelita a Egipto y la intervención francobritánica en la zona del canal de Suez. En Melbourne los acontecimientos europeos tienen un eco muy acusado, y las rencillas de la política trascienden al deporte. Felipe de Mountbatten inaugura la Olimpiada mientras

en Buckingham Isabel II recibe a sus consejeros.

#### DIAS DE SOLEDAD

Un día y otro, en los pequeños mapas de los diarios británicos se va señalando el largo camino escogido por Edimburgo para su viaje. A mediados de diciembre, cuando se aproximan los días más íntimos del año, llegan a Londres las primeras fotografías de los expedicionarios del «Britannia». La Reina va ansiosa a recrearse en ellas. Y allá en su interior pensará: «¿Habrà cambiado mucho?» Tiende la mirada sobre la primera fotografía, y al mismo tiempo que se encoge de hombros asoma a sus labios una sonrisa:

—Ha vuelto a comenzar—dice Elisabeth dirigiéndose a su secretario particular, sir Michael Adeane—. Igual que durante la guerra.

Y es que el retrato que tenía ante sus ojos le mostraba un Philip barbudo como viejo lobo de mar, que recordaba los años en que era segundo de a bordo en un destructor de la Navy. Aquella barba le acompañó una larga temporada hasta que Isabel, cuando le vió por primera



**La Reina Isabel se traslada de Sandrigham a Palacio para enfrentarse con la crisis provocada por la dimisión de Eden. En aquellas jornadas no pudo contar con el consejo del Duque**



**Churchill, consultado por la dimisión de Eden, regresa en su automóvil después de su conversación con la Reina, el 10 de enero, en el Palacio de Buckingham**

vez terminada la guerra, le advirtió:

—Hazme el favor de afeitarte.

Desde entonces no había vuelto a dejarse la barba hasta ahora. A la Reina le hizo gracia, pero aquella sonrisa duró solo un momento. La Navidad estaba cerca y la familia dispersa. El 14 de noviembre había sido el cumpleaños del duque de Corniwallis, el príncipe Carlos. Y el 20 del mismo mes era el noveno aniversario de su matrimonio. Luego venía Navidad, fin de año. Todo el conjunto de fiestas familiares.

El pueblo inglés comienza entonces a darse cuenta de la soledad en que se encuentra su Reina. Es un murmullo tímido y solapado: «¿Era necesario que fuese solo y por tanto tiempo?»

Ella ha continuado cumpliendo su menester de Reina: recibe a los embajadores, preside banquetes, inaugura Exposiciones. Unas veces sola, otras acompañada por la Reina madre o la princesa Margarita.

Por otro lado los avatares de la política la han colocado ante una de las situaciones más embarazosas para una joven soberana: ha de afrontar un cambio de Gobierno ocasionado por la dimisión de Eden. Es la primera vez que usa una de las prerrogativas más importantes que le concede la Constitución. A salir del paso la ayudan con su consejo los viejos gerifaltes de la política británica Salisbury y Churchill.

Entre tanto el «Britannia», con Felipe y sus compañeros de ju-

ventud, proseguía su alegre crucero entre cacerías, persecuciones de ballenas y retozos más o menos pertinentes de aquel puñado de hombres que jugaban a dejarse la barba. Ya en otro tiempo se habían dedicado a buenas y procedentes diversiones, sacadas a relucir por el «Sunday Express» con ocasión del caso Parker. Entre ellas destaca una fiesta bastante ruidosa a la que asistió Mountbatten, y durante la cual Parker se entretuvo luchando, tirado por tierra, con un joven oficial de Marina. Estas fiestas menudeaban mucho, y Felipe de Edimburgo, antes de su matrimonio, era asiduo concurrente. Ahora en el lujoso yate han vuelto a encontrarse muchos de aquellos camaradas.

#### MOUNTBATTEN, EL INNOVADOR

Aquellas primeras insinuaciones tímidas de los ingleses trajeron a la actualidad la anterior vida matrimonial de Isabel y Felipe.

Se habían conocido en los salones del Colegio Real de Dartmouth un día del verano de 1939. Felipe era un joven cadete de Marina. Se saludaron, jugaron al tenis, y por la noche formaron una animada pareja de baile.

La guerra apareció en el mes de septiembre y las cartas menudearon entre Isabel y Felipe. Luego la paz. Y el matrimonio es cierto que estuvo marcado por un auténtico amor. Pero el pasado año, las fechas clave de su vida, 14 y 20 de noviembre, las

han pasado separados. Eran los días en que se evadían de toda etiqueta palaciega y la real familia se transformaba en una familia más que únicamente obedecía las órdenes del pequeño Carlos y de Ana.

Ahora, con motivo de este viaje, en tales días, se habla del carácter y las aficiones dominantes de Mountbatten. Ama los deportes, los aviones, los coches de carreras, los barcos, el mar y—se ha dicho—está dominado desde su adolescencia por una irresistible nostalgia del espacio. Tal vez haya sido influido por su profesor, Kurt Hahn, que le enseñó las virtudes de la camaradería y la acción. Los paliativos para justificar la actitud del duque son de una convicción relativa: recientemente un periodista francés se expresaba en los siguientes términos: «Su papel de príncipe consorte le pesa. Cuando se mide 1.83 de estatura, cuando se puede pilotar un helicóptero o un avión a reacción, cuando uno ha sido el capitán—después de Dios—de un pequeño barco de guerra, cuando uno lleva en sus venas la sangre de los Mountbatten, uno se siente apretado en la rígida etiqueta del vetusto Buckingham.»

Con su entrada a palacio se hicieron algunas innovaciones. Se abrieron ventanas que habían permanecido cerradas un gran número de años; se descolgaron viejos cuadros; fué instalado un teléfono marino para comunicarse unas habitaciones con otras, con objeto de reemplazar a los pequeños pajes que llevaban los

recados de cámara en cámara, y modificó la ancestral calefacción central adaptándola a las nuevas necesidades.

Todo ello fué motivo de duras críticas y también de opiniones favorables. Pero los familiares de Buckingham, los pares del Reino los Astor, los Butler continúan recelando del sello que imprime Mountbatten a su vida de príncipe consorte. Y la imagen de aquel consorte ideal que fué el príncipe Alberto no se aparta un solo instante de su imaginación.

De todo esto siempre se habló con gran reserva, porque el clima propio de la Corte en Inglaterra es siempre de gran reserva. Pero últimamente el escándalo de Parker sacó a la luz multitud de cosas.

#### INGLATERRA COMENTA EN ALTO LA VIDA DEL PRINCIPE CONSORTE

No ha habido más que los clásicos paliativos, pero es sintomático que los periódicos ingleses hayan abordado directamente los rumores existentes acerca del mundo de Buckingham. Como ya hemos dicho, en principio sólo fueron insinuaciones; pero ahora se ha descrito el velo.

El 8 de febrero una periodista norteamericana, corresponsal en Londres de un diario de Baltimore, envió una crónica diciendo que entre la real pareja existía una verdadera discrepancia.

Ultimamente se ha hecho hincapié en lo impropio de la permanencia del Duque en Gibraltar, en lugar de acercarse a Londres. Ambos llevaban ciento diecisiete días sin verse, pero el calendario de la Corte ya había previsto que el encuentro no se celebrase hasta el 16 de febrero.

La opinión británica no quiere comprender, ni comprende, las exigencias del programa oficial de la Corte. Las ausencias del Duque de Edimburgo son cada vez más frecuentes y largas. De febrero de 1956 a febrero de 1957, Philip ha estado ausente durante más de ciento sesenta días. Y estos problemas preocupan grandemente a un público que cada día se habitúa más a las dificultades psicológicas que puede plantear el matrimonio, ya que el tema está de moda en libros, revistas, televisión y radio.

Por otro lado, la ausencia del Príncipe consorte ha preocupado por la influencia que pueda tener en la educación del príncipe Carlos y la princesa Ana. No hace mucho tiempo llamaba la atención sobre este punto un importante diario inglés, recalando que la Reina era una mujer que se encontraba sola y difícilmente podría atender a la educación de sus hijos.

Con objeto de aliviar la situación, durante las vacaciones navideñas fué llamado a Sandringham mister Michael Farebrother, director de una escuela privada en el sur de Inglaterra, para que hiciera compañía al futuro Rey de la Gran Bretaña. El portavoz de Palacio comentaba la información, aclarando que el príncipe Carlos quiere jugar al fútbol y necesita de alguien que le acom-



pañe y le entretenga, debiendo ser persona con autoridad y que sepa responder a las muchas preguntas que hace el príncipe.

Las relaciones de Felipe e Isabel II han sobrepasado con mucho el ámbito palaciego e íntimo. Un crucero de cuatro meses del duque de Edimburgo en compañía de jóvenes compañeros de juventud y diversiones ha llevado hasta las puertas del palacio de Buckingham las murmuraciones del pueblo inglés. El duque de Windsor, Townsend, Parker y ahora Felipe de Mountbatten son unos escalones muy significativos.

#### ¿EXISTEN DESAVENENCIAS?

De todos modos, no se ha atacado abiertamente al duque de Edimburgo. Casi nadie le culpa de una estancia impropia en Gibraltar, debida a su voluntad. Los más ecuanímenes le consideraban una víctima del protocolo y atacaban a los altos funcionarios de la Corte, a los que hacían responsables de tener separada a la familia real por exigencias un tanto ridículas.

Pero también han llovido críticas duras sobre el duque. El «Sunday Pictorial» escribía: «Para matar el tiempo, ha debido aceptar —se refiere a Edimburgo— el sábado una invitación para un encuentro benéfico de fútbol.» Y el comentario se redondeaba diciendo que la importancia del espectáculo no era lo suficientemente decisiva para justificar la larga estancia en Gibraltar. Lo más grave es la afirmación que hace más adelante: «La decisión de permanecer en Gibraltar fué tomada sobre el lugar, y esta visita tan prolongada no estaba prevista en el calendario oficial.» La duda continúa envolviendo la realidad de una sombra.

Como resumen, diremos que para unos lo que impera son las especiales características de independencia de los Mountbatten;



A bordo del «Britannia» se ha puesto de moda la barba. Aquí vemos cuatro distintas modalidades capilares, desde la distinguida barba del oficial a la hirsuta del marinero

para otros hay que tener en cuenta que el matrimonio está en su décimo año y es probable que se hayan percatado de las direcciones opuestas de sus caracteres; hay quien afirma que si la vida de Corte es un ambiente natural para la Reina, puede no serlo para el duque. Y hay quien dice que Mountbatten hace diez años no era más que un teniente de navío que vivía estrictamente de su paga y ahora es uno de los hombres más adinerados, ricos e influyentes del país.

En todo puede estar la verdad. Pero no sería extraño que tras todo esto existiesen otras circunstancias.



# PARA Vd. LOS MEJORES LIBROS

*La obra de consulta imprescindible para el hombre de hoy.*

## Nueva ENCICLOPEDIA SOPENA

**En 5 GRUESOS VOLUMENES**

La NUEVA ENCICLOPEDIA SOPENA, presentada en un formato de 20 x 25'5 cms. y un compacto tipo de letra perfectamente legible que le permite igualar el número de palabras de otras enciclopedias de mayor número de tomos, es la única obra con información amplia y moderna, **positivamente económica** y asequible a todas las clases sociales. Esto explica que la publicación de la NUEVA ENCICLOPEDIA SOPENA sea uno de los más sensacionales acontecimientos editoriales de los últimos años y objeto de una acogida entusiástica por parte del público lo que determinó que, en breve tiempo, quedaran totalmente agotados los grandes tirajes de las varias ediciones realizadas.

- 7.000 páginas de nutrido texto conteniendo:
- 15.400.000 palabras,
- 89.500.000 letras,
- 400.000 artículos enciclopédicos y lexicográficos,
- 25.837 grabados entre texto,
- 11 mapas a todo color al tamaño de triple y doble página,
- 171 mapas en negro,
- 57 láminas en color,
- 44 láminas en negro al tamaño de página y doble página,
- 400 grabados en negro a página entera y
- Lista alfabética de 12.000 verbos españoles.

**APROVECHE HOY NUESTRAS COMODAS FACILIDADES DE PAGO,** adquiriéndola en su encuadernación de tela en módicos plazos mensuales de Ptas. 85' cada una, o encuadernada en media piel, a plazos mensuales, de Pesetas 125' cada una.



SOLICITE HOY MISMO, folleto a todo color, de la obra que le interesa, que recibirá GRATIS, remitiendo el adjunto cupón.

## LA HISTORIA UNIVERSAL DE NUESTRA EPOCA HISTORIA UNIVERSAL

"LAS GRANDES CORRIENTES DE LA HISTORIA"

por JACQUES PIRENNE, profesor de las Universidades de Bruselas y Ginebra.

El profesor Pirenne da una concepción original y modernísima de las «grandes corrientes» de la historia humana. Esta obra es la historia universal más moderna y tardará mucho tiempo en ser superada. La edición española en su presentación material está a la altura de su contenido. Impresa en papel couché de superior calidad, permite una perfecta reproducción de los grabados. La composición tipográfica ha sido realizada en bellas caracteres y la impresión cabe calificarla de perfecta. La belleza y profusión de ilustraciones en color y en negro, muchas de ellas a toda página, la valoran sobremanera. Se presenta en dos clases de encuadernación: en tela de excelente calidad con rótulos dorados, y en media piel con estampaciones en oro fino. Ambas encuadernaciones van protegidas con una artística sobrecubierta en offset a todo color.

La obra completa constará de ocho grandes volúmenes de más de 500 páginas cada una, formato 20 x 27'5 cms., totalmente impresos en papel couché, con más de 300 ilustraciones y mapas en el texto y ocho bellas láminas y mapas a todo color, fuera de texto, y dos extensos índices, de materias y alfabético, para facilitar su lectura y consulta. Actualmente se han publicado los **SEIS** primeros volúmenes, estando los **DOS** restantes en prensa, los cuales serán publicados en fecha próxima.

Cuota especial de suscripción a la obra completa: Encuadernada en tela: Pesetas 125' mensuales. Encuadernada en media piel: Pesetas 165' mensuales.



Obra galardonada por el Instituto Nacional del Libro Español en el Concurso para premiar los libros mejor editados del año.

Editorial Exito, S. A.  
Paseo de Gracia 24  
Barcelona

Siervase remitir gratis:  
O Folleto ilustrado de NUEVA ENCICLOPEDIA SOPENA  
O HISTORIA UNIVERSAL

Nombre y apellidos  
Profesión  
Domicilio  
Localidad  
Provincia

**EDITORIAL EXITO, S.A.**

**PASEO DE GRACIA, 24. BARCELONA  
ALCANTARA, 13. MADRID**

# LA ACCION DE FRANCIA EN CATALUÑA

Recientemente acaba de aparecer una de las obras de investigación histórica más importantes de las publicadas en nuestro tiempo. Su autor es el presbítero don José Sanabre, archivero diocesano de Barcelona. Treinta años lleva este sacerdote al frente de este Archivo y doce años ha trabajado en este voluminoso libro de 747 páginas. La obra se titula «LA ACCION DE FRANCIA EN CATALUÑA (1640-1659)».

La mayor parte de los archivos extranjeros y nacionales y un centenar de documentos absolutamente inéditos del más alto valor histórico acreditan y respaldan esta obra que ha arrojado una luz meridiana sobre los sucesos y años en que se enmarca la ocupación de Cataluña por los franceses. Las intrigas políticas, las maniobras ocultas y las intenciones de la nación vecina sobre España quedan aquí al descubierto.

De la obra del padre Sanabre, aparecida en Barcelona y adoptada por la Real Academia de Buenas Letras de la Ciudad Condal, EL ESPAÑOL se honra hoy en reproducir algunos párrafos que, sin perder su absoluta conexión, dan una idea clara del contenido del libro, de los propósitos del autor y de la trama histórica que los sucesos narrados contienen.

VEINTE AÑOS  
DE MANIOBRAS  
POLITICAS

FECHAS, SUCESOS,  
PERSONAJES  
Y DOCUMENTOS

Al iniciarse la enconada y abierta lucha de Francia contra España en 1635, los primeros choques tuvieron lugar en Flandes, extendiéndose después a las fronteras de los países aliados y amigos de España, tales como Alemania e Italia. Al correr de los años, no decidiéndose la balanza de la victoria a favor de Francia, el cardenal Richelieu, el artífice de las campañas políticas y militares galas, completó la táctica añadiendo nuevos frentes a los del norte de Francia e Italia, escogiendo el blanco de las fronteras terrestres y marítimas de España. La primera ofensiva se desarrolló el verano de 1638, en la provincia de Guipúzcoa, alternada con duros ataques de la Escuadra contra los principales puertos del norte de España y Portugal. A pesar del empeño y pasión puestos por Richelieu en aquella ofensiva, fracasó con la estruendosa derrota de Fuenterrabía. El honor y prestigio de Francia buscó inútilmente un desquite en 1639 en el Rosellón, que terminó con un fracaso similar, aunque no tan vergonzoso como el de Fuenterrabía. Esta doble derrota, que desbarató los optimistas planes diplomáticos del dictador de Francia de imponer la paz a España, obligó a otro cambio de táctica, confiando a la intriga lo que no habían conseguido las armas. Los nuevos campos de acción escogidos fueron Cataluña y Portugal, y en ellos se emplearon los mismos medios de acción mediante los cuales Francia se había introducido en Italia y Alemania.

Los procedimientos políticos de Richelieu, generalmente silenciados o discretamente velados por la bibliografía francesa, no son fruto de la imaginación de los historiadores; los revelan las instrucciones del nombrado ministro. Un ejemplo, entre los muchos que registran sus epistolarios y los legajos del Ministerio de Negocios Extranjeros de París, lo constituye la instrucción que en 1630 entregó el ministro francés a un agente suyo cerca del elector de Tréveris, que en sustancia decía: «El Rey, movido de una muy sincera voluntad de librar a Italia y



El cardenal Richelieu, primer ministro del Rey de Francia (1624-1642)

Alemania de la opresión a las que las tiene sujetas la violencia y la ambición de la Casa de Austria, ha decidido enviar un poderoso ejército conducido por Richelieu y otro al norte de Francia para... restablecer la libertad de Alemania y de los electores, nuestros buenos vecinos y antiguos aliados.» Con las intrigas y dinero entregado a los Príncipes situados en el oeste, sur y norte de Alemania, y prometiéndoles a todos su protección y una mayor libertad, destruyó aquella nación. Una táctica semejante empleó en Italia, alternando los halagos de todas clases, desde el dinero a los matrimonios, con amenazas de las armas, propias o de los turcos.

Respecto a España, dejó consignado su pensamientos en las siguientes líneas, escritas a mediados de enero de 1629: «Il faut avoir un dessein perpetuel d'arreter le cours des progrès d'Espagne, et au lieu que cette nation a pour but d'aujourd'hui elle-même, et battre et s'ouvrir des portes pour entrer dans tous les Etats de ses voisins, et les pouvoir garantir des opresions d'Espagne quand les occasions si en présenteront.»

La decisión de Francia de persistir en sus ataques a la frontera del Rosellón fué tomada en plena campaña de 1639, cuando se adelantaba el fracaso de la misma. A últimos de agosto de 1639, el príncipe Condé, generalísimo del Ejército del Rosellón, mandó a París uno de los jefes de su Estado Mayor con la consigna de preguntar a los ministros franceses «si desde aquel momento la intención de la Corte era actuar solamente en el Rosellón como una diversión militar o continuarla con todo el poder»; la respuesta, escrita por el secretario de Richelieu y, naturalmente, inspirada por él, fué terminante y digna de ser registrada: «En vano se habría empezado la ofensiva del Rosellón si no se resolviera continuarla con el mismo calor que ha sido empezada, por lo que, si el príncipe quiere encargarse de la misma, a él le toca proyectar los planes desde este momento para el año próximo, y prepararla tan secretamente que los enemigos no tengan la más mínima noción del camino por el cual el viento les llegará.»

#### INTERVENCIÓN DE FRANCIA EN EL ALZAMIENTO DE CATALUÑA CONTRA LOS TERCIOS

Así llegamos a 1640 con el problema o interrogante de descifrar de si Francia intervino en el levantamiento de los catalanes contra los Tercios de España durante los primeros meses de 1640. El criterio general de la bibliografía francesa moderna es negativo; el de la española y catalana, confuso e indocumentado. Es el momento más difícil del presente estudio. Antes de emitir nuestra opinión hemos de advertir que la verdad sobre este misterio debería encontrarse en los archivos franceses. Nuestra investigación en los grandes archivos de París ha sido parcial, pues exigiría una larga vida; los diferentes fondos documentales franceses publicados, como las correspondencias de Richelieu, Mazarin, etc., son incompletos, y los trabajos históri-

cos están basados sobre las fuentes impresas. La declaración de nuestro juicio sobre tan delicado aspecto exige recordar una vez más cómo funcionaba la política diplomática francesa en aquel entonces. El cardenal Richelieu procuraba crear e impulsar enemigos a España por todas las partes del mundo, y atraer a su política, aunque sólo con el carácter de neutrales, a todos los Estados aliados y amigos de España. Hemos dicho adrede en todas las partes del mundo, porque esta acción no solamente afectaba a Europa, sino también a los Imperios coloniales de América y Asia. Aquel hombre estaba atento a todas las ambiciones y malos humores de los amigos de España, y allí donde eran descubiertos enviaba sus agentes a prometer toda clase de satisfacciones, no ahorrándose promesas ni inmediatas ofrecimientos.

El hecho de que tal actividad se desarrollara atravesando fronteras y mares, como lo confirman la acción desplegada en Nápoles, Sicilia, Portugal, etc., haría inexplicable que no actuara en un país limítrofe con Francia, estando informado del grave malestar que en él reinaba y del extraordinario beneficio que le debían reportar tales maniobras, y actuando en Cataluña y Rosellón tantos soldados y jefes militares extranjeros dispuestos muchos de ellos a cambiar de señor y servir al mejor postor, como había denunciado el mismo conde de Santa Coloma en diferentes ocasiones al Rey católico.

La táctica de promover revueltas no se reduce únicamente a excitar a la rebelión a aquellos que se consideran oprimidos; otros recursos más complejos han sido puestos en juego en el curso de la Historia, como son el filtrarse en el mando político y militar del que debe ser atacado, provocando desaciertos del Gobierno o tratos inhumanos de aquellos que tienen el mando militar. Estos fueron los recursos empleados por la diplomacia francesa sin despertar recelo de Madrid y Barcelona. Tales procedimientos iban acompañados de aquellos otros elementos descritos en los capítulos anteriores, malestar interno de Cataluña y desacuerdo en los ministros del Rey, que, conjugados con una maquiavélica presión exterior, fácilmente debían conducir al país a aquella convulsión.

Semejante versión de la influencia exterior en aquel primer período de la revuelta de Cataluña no nos atreveríamos a incorporarla a este estudio por nuestra sola autoridad si no la hubiéramos encontrado insinuada o admitida por el testimonio de personas contemporáneas a los acontecimientos o por autores que reputamos de grande autoridad.

Para comprender cómo se desarrolló aquella acción hay que tener en cuenta el incidente ocurrido en el Rosellón en el último trimestre de 1639. A principios de octubre, Richelieu ordenó a Condé que rápidamente detuviera, en la forma que juzgare más a propósito, a M. de Saint-Aunés, gobernador del castillo de Leucata, de cuya fidelidad se dudaba. Este individuo, que tenía más de aventurero que de jefe militar, se había constituido en señor inde-

pendiente en su castillo, haciendo caso omiso de las órdenes que recibía, por alta que fuese la personalidad que se las diera; y se tenían indicios que estaba en tratos continuos con los españoles, informándoles de los movimientos de las tropas francesas, como había hecho en las campañas de Italia. Ante las repetidas negativas a presentarse en Narbona y París, se ordenó su destitución, que fué a ejecutar el capitán de la guardia de Richelieu, Houdinière. Unos días después de echado de Leucata, en vez de dirigirse a París, se presentó con tres de sus servidores en los alrededores de Salses ante el general español marqués de Spínola, convirtiéndose desde aquel momento en su asesor durante los meses del sitio de la nombrada plaza y entrando en Barcelona, a mediados de febrero de 1640, al lado de Spínola, victorioso de las tropas francesas.

La teoría de que Francia se valió de tales medios para enturbiar las relaciones de España con Cataluña la consigna Plessis de Besançon, el agente mandado por Richelieu a Barcelona en el verano de 1640, el autor de los trascendentales cambios de la estructura política del Principado, en su memorable Memoria sobre la gran batalla diplomática que valió a Francia entrar en Cataluña. En este interesante documento, cuya copia forma parte de nuestra colección particular, Plessis de Besançon dejó escrito que la orden de que los tercios que llevarón a cabo la campaña del Rosellón de 1639 permanecieran en Cataluña fué una maniobra sugerida por Saint Aunés a los generales españoles y al mismo conde de Olivares, con el cálculo de los efectos que había de producir aquella dura e injusta contribución; servicio que hizo valer y le fué reconocido por el Gobierno francés al reentrar en su patria, pues no sólo se le perdonó el grave delito de pasarse al enemigo, sino que se le restituyó en el gobierno de Leucata.

Otro testimonio de la intervención de Francia en aquel primer período nos lo facilita otro personaje francés de la más alta categoría, el mariscal La Mothe, el general que dirigió las operaciones militares en Cataluña durante el primer año de su ocupación por los franceses y que desempeñó el cargo de Virrey del Principado desde mediados de 1642 a finales de 1644. En el libro que escribió en defensa de su gestión político-militar en Cataluña, publicado en 1649, al salir de la cárcel de Pierre Szisse, de Lyon, al narrar el historial de cómo Cataluña se incorporó a Francia, se lee: «Finalmente habiendo [Luis XIII] establecido la paz dentro de su Reino, tuvo la satisfacción de vengar las numerosas afrentas sufridas por sus predecesores; empezó por algunas tentativas en las plazas de Vizcaya, Salses y Laredo; después, al promover las revoluciones en Cataluña y Portugal, la prudente conducta del difunto cardenal [Richelieu], Francia tuvo manera de penetrar más adelante en sus planes más allá de los Pirineos, etc.» Pocos hombres estaban informados como La Mothe de todo lo ocurrido desde el principio de aquella revuelta.

Confirmó esta misma operación

el reputado historiador Cheruel, cuyo estilo impresiona por su imparcialidad y objetividad y que consideramos como uno de los historiadores que más profunda y detalladamente ahondaron en la acción política de Francia durante aquel período. En el prólogo de su interesante y voluminosa obra *Lettres du Mazarin* resumió y enjuició la manera de actuar de Francia en nuestra patria con estas palabras: «Portugal, Cataluña y las Dos Sicilias eran agitadas por sordos movimientos, que hábiles enemigos iban muy pronto a cambiar en revueltas declaradas.»

Durante la primavera y verano de 1640, Francia se limitó a mover los frentes limítrofes de Flandes y del norte de Italia con los objetivos inmediatos de Arras y Turin, al mismo tiempo que intensificaba la acción diplomática contra Florencia y Génova. La ofensiva anunciada contra el Rosellón se redujo a la presencia de un ejército de 15.000 infantes y 3.000 caballos en el Languedoc, bajo el mando del príncipe Condé, que presenciaba cómo se desarrollaba la ofensiva interna de Cataluña y en la que intervino, una vez puesta en marcha. Pocos documentos han venido a nuestras manos sobre los acontecimientos de la primavera de 1640, pero nos ha llamado la atención una carta algo enigmática del cardenal Richelieu a Condé, enviada el 14 de junio, cuyo contenido se presta a interpretaciones varias, dada la misión que le tenía delegada el Rey: la vigilancia de las fronteras del sur de Francia, la quietud de este frente y el papel extraordinario que representó en las gestiones diplomáticas y previas a la declarada intervención de Francia en Cataluña.

#### INTERES DEL CARDENAL RICHELIEU Y SUS PRINCIPALES COLABORADORES EN PRECIPITAR LA ENTRADA DE LAS TROPAS FRANCESAS EN CATALUÑA

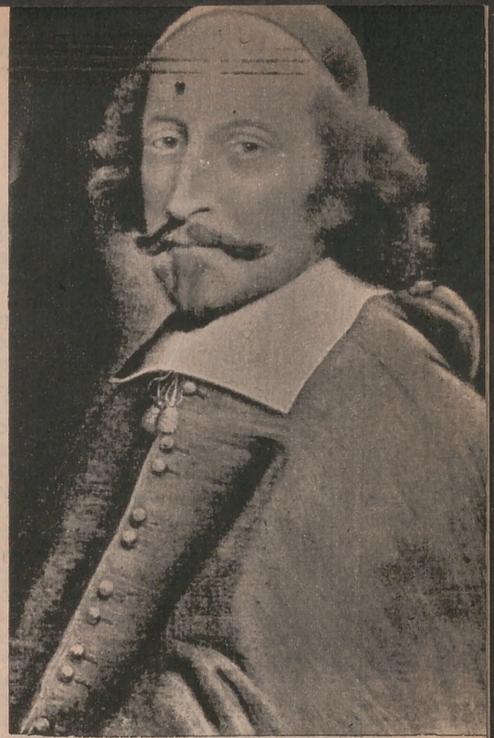
Desde últimos de agosto de 1640, el cardenal Richelieu y sus más inmediatos colaboradores de la Cancillería y los principales jefes del Ejército y Marina se pusieron en movimiento para precipitar la gran maniobra que debía traducirse en la ocupación militar y política de Cataluña. El optimismo que se respiraba en las alturas gubernamentales de nuestros vecinos por la revuelta de Cataluña y su inminente conquista lo dejó reflejado el ministro de Estado, Noyers, en una carta a cierto personaje, que le pedía noticias sobre el estado de salud del cardenal Richelieu, y en la que le manifestó: «La salud de S. E., gracias a Dios, es muy buena, siendo causa de ello los felices sucesos del actual momento: Turin, conquistado, el puerto de Rosas sitiado por los catalanes, su revuelta más encendida que nunca, y rumores de otros grandes éxitos en Alemania; todas estas noticias son para hacer resucitar los franceses.» Desde este momento se pueden seguir las actividades del Gobierno francés casi a diario por el testimonio de la abundante correspondencia sobre tan palpitante tema. La actividad debía ser extraordinaria, porque no está sa-

cada de ningún registro, sino que ha sido encontrada esparcida en diferentes fondos y libros. El primer testimonio escrito del interés apasionado de Richelieu por los negocios de Cataluña nos lo proporciona el billete enviado al secretario de Estado M. de Chavigny el 26 de septiembre, en el que le hacía presente «que los negocios del Rey exigen en este momento encontrarse en París o en lugar vecino. Me he tomado la libertad de escribirle al Rey. Hay tantas órdenes a dar relacionadas con Turin, Casal [Italia] y Cataluña... que es imposible actualmente alejarse de París.»

El frenesí para hacerse con nuestro país lo demuestran la prisa y tono con que daban las órdenes antes de estar informados de haberse convenido y firmado los pactos. El 26 de septiembre, Richelieu envió al almirante de la Escuadra francesa, arzobispo de Burdeos, la siguiente orden del Rey: «Los catalanes han pedido mi protección...; ofrecen entregar en mis manos el puerto de Rosas, que lo están sitiando. Ordeno que se envíe sin tardanza una parte de la Escuadra hacia las islas de Marsella, para que, según el aviso que os mandarán los Srs. de Espenan y Plessis de Besançon, vayáis a recibir en mi nombre el puerto de Rosas y sus fortalezas y asegurarlos completamente a mi servicio y en socorro de los catalanes». Esta carta iba aún acompañada de otra del ministro Noyers al arzobispo de Burdeos, animándole a ejecutarla inmediatamente por tratarse de una orden del Rey y del cardenal, y de una acción que sería de gran ventaja y servicio del Rey y de gloria para los que en ella intervinieren.

Para completar el cuadro de actividades, en la misma jornada el ministro Noyers escribió a Plessis de Besançon, informándole de las medidas tomadas para asegurar el éxito de la empresa. Empezaba diciéndole que podía presagiarse un gran día con una hermosa aurora en el negocio de Cataluña, del que se podía esperar mucho, y que sus principios eran arrebatadores. Continuaba dándole cuenta de las órdenes enviadas al arzobispo de Burdeos y M. Farbin para preparar las galeras que debían ir a tomar posesión de Rosas, de cuya plaza esperaba serían dueños los catalanes, y que el príncipe Condé salía para el Languedoc para preparar el ejército, indicando los nombres de los generales. Añadía que el cardenal creía que él sería el alma motora de todo como mariscal de batalla; que no ahorrare nada para asistir aquellos pueblos, y terminaba recomendando la necesidad de hacer un buen tratado, porque hasta ahora las proposiciones eran muy ambiguas y sin fundamento.

A 2 de octubre, Noyers escribió al mariscal Espenan, el que había iniciado las conversaciones con los catalanes: «Continuad a animar este negocio y conducidlo en forma que podamos ver el éxito del mismo, así como todas las ventajas que insinuais en vuestra carta a Plessis de Besançon. Como sabéis cuánto se desea aquí el adelantamiento de este negocio, espero que procuraréis su feliz éxito con todos vuestros esfuerzos e informaréis con frecuencia



Julio Marín, primer ministro del Rey de Francia (1643-1660)

al Rey del progreso del mismo.»

A últimos de septiembre surgió en la escena otro personaje, el mariscal Schomberg, gobernador general del Languedoc, que al ver la madurez de la victoria política del negocio de Cataluña, intentó llevarse la gloria y disputarla a su subalterno el general Espenan y al enviado de la Corte Plessis de Besançon. Durante los meses de septiembre y octubre informó continuamente a Richelieu de las incidencias del levantamiento de los catalanes, del auxilio francés prestado a los de Illa en los combates librados contra los soldados del general Garay, de los preparativos de las tropas francesas para hacerlas entrar en Cataluña, etcétera. Pero el asunto estaba en las manos de los primeros personajes de Francia, y Richelieu ordenó a Schomberg que se quedara al margen de las negociaciones, confiándolo al príncipe Condé, responsable de la defensa de las fronteras meridionales de Francia, quien, situado en el sur de su patria, dirige las operaciones diplomáticas que tenían por objetivo Cataluña, acudiendo a él para las decisiones rápidas Espenan, Plessis de Besançon y el mismo Vilaplana. A 31 de octubre, Richelieu insistió cerca de Condé ordenándole que era necesario que las tropas del Languedoc fueran más que completas para asistir a los catalanes; «siendo el negocio tan importante como es, no duda que tendréis de ello un cuidado especial, sobre todo ante el peligro de que el Rey de España intente algo contra los catalanes durante este invierno».

El 1 de noviembre, el cardenal le renovó las órdenes, revelando con toda claridad sus intenciones. La carta estaba redactada con los siguientes términos: «Le mando otra vez unas palabras para conjurarle que obre de tal manera yue si los catalanes dan ocasión al mariscal Espenan de entrar en Cataluña, en vez de mandar los tres mil hombres y mil caballos que piden los catalanes,

procure hacer entrar el doble; esto sería un golpe muy importante, porque si los catalanes resisten este invierno las fuerzas de España, el negocio tendrá largas y nos proporcionará muy favorable ocasión para conseguir una buena paz general; de ser necesario dinero, gastad todo el que sea necesario.» A mediados de noviembre insistió una vez más con los mismos requerimientos a Condé, diciéndole: «Tomo aún de nuevo la pluma para conjuraros a que hagáis lo imposible para aumentar las tropas que deben entrar en Cataluña. Es negocio de tanta importancia, y que exige tal rapidez, que no dudo que os superaréis a vos mismo en esta ocasión.» Después de concretar las órdenes sobre la manera de organizar las fuerzas de infantería y caballería, terminaba diciéndole: «La diligencia es muy extraordinariamente necesaria en negocio semejante; no olvidéis nada.»

#### RESISTENCIA DE LOS CATALANES A LA MOVILIZACIÓN DECRETADA POR LA GENERALIDAD

Para mejor comprender la prisa de la Generalidad en el trámite de los pactos con Francia y la urgencia con que reclamaba su cumplimiento, conviene explicar lo ocurrido con la movilización que ordenó dicha institución. Consumada la ruptura con Madrid a primeros de septiembre, y habiendo llegado a Barcelona la información de los preparativos militares que se hacían para invadir Cataluña, se decidió organizar la defensa militar del Principado, y así el 21 de septiembre el Consejo de Guerra acordó los nombramientos de los maestros de campo, sargentos mayores y ayudantes de sargento de todas las veguerías y subveguerías de Cataluña y Rosellón, que recayeron en unas cincuenta personas pertenecientes, en su mayoría, al estamento noble o militar, a los cuales se confió el encargo de organizar la movilización de los hombres aptos para la guerra de las respectivas veguerías. Inmediatamente de darse las primeras órdenes de movilización se manifestó la resistencia a cumplimentarla o, mejor dicho, antes de esta movilización general se presentó la primera señal con la orden del diputado Quintana a los pueblos de las comarcas tarraconenses, a negarse a incorporarse a sus fuerzas para el castigo de Tortosa.

A últimos de septiembre empezaron a llegar cartas a la Diputación, de sus mismos miembros y sus más altos cooperadores, denunciando la indiferencia y la resistencia de los pueblos a mandar soldados. El diputado Tamarit escribió desde Figueras: «La gente que viene es poca y con poco calor» Enrique de Alemany, a 30 de septiembre, informó desde Vich: «La gente tiene pocas ganas de pelear y salirse de su aire.» Francisco de Vilalba comunicó: «Que la ciudad de Urgel iba muy lenta», y los paeres de Cervera: «Que las levás de su veguería se hacían con gran tibieza.»

El diputado José Quintana, al que la Generalidad encargó la organización de la defensa de las líneas del Ebro y del Segre, escribió «que debía advertirles que era imposible continuar la guerra sin

la gente necesaria, sin oficiales ni municiones, y, lo que es peor, sin forma de milicia, ni obediencia.»

#### ENTRADA DE LAS TROPAS FRANCESAS EN EL ROSELLON Y CATALUÑA

La entrada de soldados franceses en Cataluña, en forma de voluntarios, se inició mucho antes de convenirse los pactos oficiales.

En la incursión y ataque de los Tercios españoles a Illa, el 25 de septiembre, entraron en el Rosellón algunos oficiales franceses que dirigieron la defensa de aquella villa, y con ellos otros muchos soldados dispuestos a ayudarles, considerándose aquel gesto como la primera intervención militar de nuestros vecinos. Desde la nombrada fecha, el gobernador del Languedoc, mariscal Schomberg, estaba pronto al envío de tropas y municiones prometidas a los catalanes. Así lo comunicó al cardenal Richelieu en carta expedida el 23 de septiembre desde Narbona, en la que le decía «que había dado orden de reunir las tropas en lugares a propósito para trasladarse fácilmente a Cataluña, y ofrecía garantía a los comerciantes que se habían comprometido a entregar municiones a los catalanes, y que permanecía en Narbona para estar pronto a dar las órdenes oportunas». Y a mediados de noviembre, en los combates ocurridos en los alrededores de Tortosa entre soldados españoles y voluntarios catalanes, enviados de Barcelona, se encontraba un numeroso grupo de franceses que fueron hechos prisioneros.

Resueltas las más importantes dificultades, y por no poder contener por más tiempo los anhelos de Espenan, ansioso de recoger los laureles de tan señalada maniobra, sin haberse ratificado en Barcelona los acuerdos, el día 28 de noviembre entraron los primeros regimientos en el Rosellón por la comarca del Conflent, alojándose en las villas de Prades y Vilafranca del Conflent. Ante el temor de que surgieran graves incidentes se habían tomado diferentes medidas, como señalar las rutas, el número máximo de cada grupo que entraba, etc.

A últimos de noviembre fueron enviadas al Rosellón cuatro carretadas de moneda catalana para pagar a los soldados a su entrada, pues corrían a cuenta de la Generalidad los sueldos de los oficiales y soldados. La entrada la dirigió Vilaplana.

El 2 de diciembre, el príncipe Condé firmó la autorización dirigida a todas las autoridades para sacar de Francia dos mil mosquetes, y trasladarlos a Cataluña.

El 7 de diciembre, el mariscal Espenan, al frente de sus soldados, entró en Figueras, en donde «salióles a recibir el diputado Tamarit acompañado de muchos caballeros, poniendo la villa algunas compañías de guardia». Se trataba de tres mil infantes y mil caballos, pero una buena parte de los mismos se quedaron en la frontera catalanorrosellonesa, alrededor del Parthus, por temor de que las tropas españolas se apoderaran de aquellos pasos y cor-

taran las comunicaciones de Francia con Cataluña. El mismo día el veedor general comunicó a los diputados que antes de entrar todos los regimientos se habían terminado las veinte mil libras que la Generalidad había enviado para el pago de las tropas.

La noticia de la entrada de los franceses circuló rápidamente por toda Cataluña, comunicándola oficialmente los diputados a los jefes encargados de las defensas de las fronteras y a las poblaciones situadas en las zonas más afectadas al peligro de invasión. La mayoría de los documentos oficiales cursados aquellos días sobre la entrada de los auxiliares hablan de que se dirigían directamente a Tortosa, sin pasar por Barcelona, a detener el ejército del marqués de los Vélez.

#### PROTESTAS DE LAS COMARCAS DEL EBRO CONTRA LOS MALOS TRATOS DE LOS SOLDADOS FRANCESES

La resistencia de Cataluña al dominio de Francia se manifestó de diferentes maneras, pero sobre todo por la protesta contra la forma como eran tratados los pueblos por el Ejército francés, que algunas veces se exteriorizó en forma violenta, y por la persecución de que eran víctimas las personas calificadas de desafectas a la situación política. Resulta muy difícil reconstruir este capítulo de la historia de Cataluña, porque los abusos de la soldadesca tenían lugar en las comarcas fronterizas en donde luchaban y en aquellas otras en las que acampaban los soldados, y la correspondencia, en la que los pueblos formulaban sus quejas, cursada a la Generalidad durante este período, fué destruida o no ha habido manera de encontrarla en el Archivo de la Corona de Aragón; pero esta lamentable falta la hemos podido suplir, en cuanto se refiere a este período, por las cartas enviadas a los concejales de Barcelona por los jurados de Flix, plaza ocupada por los franceses. A través de la correspondencia de la villa de Flix sabemos cómo se desplegaba la vida de las poblaciones y comarcas en las que residían las tropas francesas.

La primera carta de los jurados de Flix, fechada a 11 de enero de 1643, empezaba diciendo a los concejales de Barcelona: «Son tantos y tan grandes los trabajos y vexaciones que sufrimos y de que somos objeto cada día, que el relatarlos sería cansarlos, por lo que enviamos el síndico para informarles»; como primera prueba de tales abusos acompañaban la orden dada por el mariscal Xabot, uno de los principales jefes del Ejército francés, mandando a los jurados «secuestrar todo el trigo de los pueblos de Flix y Palma, amenazando, caso de resistencia, con alojar la infantería y caballería en los pueblos y castigar a los jurados; sirva esto de último aviso, y sepan deben cumplimentarlo sin quedarse un grano de trigo, haciendo excepción del necesario para el sustento de la casa».

Otra manifestación importante de oposición a los franceses fué el levantamiento del Valle de

Arán a favor de los españoles. A últimos de marzo de 1643 llegó a Barcelona la noticia de que los habitantes del Valle de Arán se habían rebelado contra el Gobierno, y que con el auxilio de un destacamento de soldados españoles se habían adueñado de la fortaleza que dominaba aquel Valle, Castell Lleó. El Virrey, temeroso de abandonar Barcelona por los días que importaba tan largo y penoso viaje, delegó al gobernador de Cataluña, don José Marguerit la operación de reconquistar aquella lejana comarca, el cual salió inmediatamente con unos seiscientos hombres, llegando a las inmediaciones de Viella el 4 de abril. La empresa resultó sangrienta, sobre todo el ataque a Viella, en donde se habían refugiado los insurgentes, y culminó con el incendio y saqueo de todas las casas de la capital del Valle y con un duro castigo de los promotores de aquel movimiento de rebelión. En una relación enviada al cardenal Mazarin por un amigo de Marguerit se decía: «Los cómplices han sido castigados con garrote en sus mismas villas para que sirva de ejemplo.»

Otra manifestación de resistencia violenta contra aquella situación política tuvo lugar en la comarca de Cardona a principios de 1643, con el objetivo de levantar el país contra los franceses. La villa de Cardona y su comarca, por ser muy adicta a la casa de los duques de Cardona —la familia más ligada con el Rey católico— desde el principio del alzamiento constituyó un foco de rebelión contra la nueva política. A principios de enero de 1643 estalló un motín en Cardona, dirigido por Juan y José de Pallarés, contra las fuerzas enviadas por el Virrey a deshacer el complot tramado por los Pallarés. La lucha duró toda la jornada del 7 de enero de 1643, convirtiéndose la iglesia en foco de resistencia, muriendo algunos de los oponentes a la rebelión e incendiándose la casa de los Pallarés, etc. En el memorial en donde se da cuenta de este intento se habla de que había quinientas personas comprometidas para levantar toda aquella comarca; pero habiendo sido enviadas nuevas fuerzas de Barcelona se retiraron por los montes con otros compañeros en rebeldía hasta primeros de mayo, en que fueron detenidos.

#### LA GENERALIDAD Y AFILIADOS AL PARTIDO FRANCÉS SE ASOCIAN A LAS QUEJAS DE LOS PUEBLOS DE CATALUÑA Y EL ROSELLON

Los excesos de los soldados en los pueblos no era cosa local, sino proceder general, por lo que los diputados se vieron obligados a hacer presente al Virrey tales contravenciones a las leyes fundamentales del Principado, como se puso de manifiesto el 28 de mayo de 1643 en cuya fecha los diputados mandaron una embajada al Virrey en la que le expusieron «que la constitución veinte prohibía taxativamente al capitán general del Rey y a sus ministros imponer directamente, o simultáneamente, ninguna contribución o vectigal; así como ordenaba a los diputados, caso de

hacer lo contrario el Virrey o sus delegados, querrellarse contra su persona para que en el término de tres días revocara dichas órdenes, y de no cumplirlo acudir a la Audiencia para que procediera a inmediata revocación». Continuaba la exposición: «Y como, según informaciones recibidas por los diputados, V. E. haya ordenado mandamientos a los bailes y jurados de diferentes poblaciones que facilitaren granos a las fuerzas; y además los soldados obligaban a los pueblos a darles alimentos sin paga alguna, todo ello contra la mencionada constitución, le requerían extrajudicialmente ordenara revocar sus órdenes y las de sus ministros, disponiendo restituir y compensar a pueblos y personas por los daños recibidos y castigar a los violadores de las constituciones.»

Estas gestiones de la Generalidad, que fueron reiteradas en diferentes ocasiones en el curso de 1643, unas veces eran de carácter general, y otras concretando las poblaciones en donde habían tenido lugar, como aparece en otra reclamación de primeros de diciembre del mismo año, en que son nombradas numerosas poblaciones, desde Vall d'Aro hasta Santa Coloma de Gramanet, pasando por la costa, contra los excesos cometidos por los soldados franceses en agosto de aquel año.

El disgusto estaba latente en todas partes donde había guarnición francesa y la protesta se manifestaba aprovechando todas las ocasiones. En Cadaqués, donde el problema era muy grave desde 1641 con motivo de un ataque de los soldados españoles de Rosas, informaron los jurados a los concellers de Barcelona que durante el combate habían muerto el capitán y algunos oficiales franceses a causa de los disparos del interior de la población.

#### EL ESTAMENTO ECLESIASTICO ACENTUA SU OPPOSICION AL DOMINIO DE FRANCIA Y EL OBISPO MARCA INTENSIFICACION SU PERSECUCION

Pero desde este momento las personas más reacias a la asimilación y colaboración francesa fueron los eclesiásticos. Ante la evidencia de los desastres de todos órdenes, religioso, político, económico, etc., que reportaban al país la ocupación francesa, y del engaño de que había sido víctima el Principado, no dudaron en comprometer su libertad por rescatar Cataluña.

A mediados de julio de 1644, Marca insistió en sus informes sobre el mismo problema, dando cuenta «de que habiendo observado que los castellanos hacen seducir los pueblos mediante la acción de los religiosos en las confesiones, y que los predicadores, que casi son todos del clero regular, de un año acá no hablan en sus sermones de los asuntos de la Provincia, exceptuando tres de Barcelona, de los cuales hacen burla declarada los demás, y que tal silencio es debido a las órdenes de los provinciales de que se abstengan de predicar sobre tales materias sin su permiso, decidí poner remedio a tal desorden, y de acuerdo con el Consejo Real,



El Conde-Duque de Olivares, primer ministro de Felipe IV

el día 15 reuní en mi casa los provinciales y superiores de las Ordenes religiosas de la provincia, advirtiéndoles de la obligación que tenían, como hacían al principio: 1.º, de aconsejar y animar los pueblos en sus sermones a guardar la fidelidad al Rey, que tan poderosamente les protegía y tanto les amaba; 2.º, que los confesores insistieran en lo mismo con los penitentes; 3.º, rogar por el Rey en la misa, haciendo mención nominal del Rey Luis y no en abstracto del Rey, y finalmente que vigilen que sus súbditos cumplan con sus deberes, en caso de desobediencia los castiguen, o los entreguen a los jueces seculares, porque del contrario se tendrá que recurrir a medidas extraordinarias. Esta advertencia fué recibida con gran satisfacción, manifestando muchos de los concurrentes que de haberse hecho dos años atrás la situación sería más favorable».

A 3 de agosto, con motivo de la detención delante de Tarragona de tres franciscanos, portadores de un mensaje de Rosas, Marca notificó el caso a Le Tellier, e insinuó la nueva política a seguir con el clero rebelde, diciendo: «He conferenciado con el gobernador Marguerit sobre este asunto, y hemos resuelto que esta gente no entre en Barcelona a fin de evitar un conflicto de jurisdicción y una discusión de exención de los religiosos, pues de meterlos en las cárceles públicas de la ciudad, según sus privilegios, no reconocerían otros jueces que sus superiores, o el juez del Breve, que el Papa no ha querido aún conceder. El servicio del Rey exige que esta gente sea examinada, y sujeta a la tortura si es necesario... y que esto se haga en cualquier provincia de Francia. La jurisdicción se puede fundamentar en que estos religiosos han sido detenidos en el mar por naves del Rey mientras intentaban entrar en una plaza enemiga con letras credenciales para el Rey católico. El crimen es de

lesa majestad, que es privilegiado, etc.»

La ofensiva de Marca contra el clero desafecto fué creciendo en el decurso de 1644. En otro informe político advertía a los ministros de la Corte: «Los enemigos no solamente se sirven de las armas contra nosotros, sino sobre todo de la lengua de los sacerdotes, monjes y particularmente de los franciscanos, que claman abiertamente contra los franceses en diferentes lugares de la provincia, persuadiendo a los pueblos que se encuentran en estado de pecado si no se someten al Rey católico; se toman esta libertad porque no tenemos jurisdicción para castigarlos, y sus superiores vienen a bien con tales desórdenes, y alguna vez los alientan a cometerlos. Esta situación me obligó ayer a representar a los Consistorios la necesidad de poner remedio a semejantes males por resultar insuficientes los avisos dados a los religiosos. El caso no tiene solución si no se nombra el juez del Breve.»

No consideraríamos completo el estudio de aquellos veinte dramáticos años sufridos por Cataluña con sus invasiones, ocupación del país por soldados de numerosas naciones de Europa, persecuciones, destierros, confiscaciones, asedios de sus principales poblaciones, hambre, peste, etc., si no intentáramos hacer un balance de aquel agitado período. La casi totalidad de la abundante bibliografía dedicada al estudio de lo ocurrido en Cataluña durante aquellos años ha omitido este tan interesante aspecto. Los autores franceses, que han recogido las tristes consecuencias que tuvieron para Alemania aquellas guerras, silencian las de Cataluña. La demás bibliografía escrita en España raramente alude a tal aspecto; solamente algunos historiadores catalanes nos hablan de gestas salvadoras de las libertades patrias y de aventuras.

Ante la oleada de salvajismo que invadió el país al entrar en el Principado, en enero de 1640, aquellos Tercios sin patria, sin pan ni freno alguno, y la obstinación de los ministros del Rey de España de permitir tanto desorden, los hombres que regentaban los Consistorios de Barcelona, en un arrebato de indignación y despecho no supieron intuir otro camino salvador que el de pedir asistencia militar a Francia. Richelieu, que anhelaba encender focos de rebelión en el interior de la Península Ibérica, accedió muy complacido a que sus soldados, en número superior al que habían pedido, entraran a socorrer a los catalanes. Con los acuerdos de los Brazos de la Generalidad, de 23 de enero de 1641, la entrada de los ejércitos franceses en el Principado y la muerte de Pablo Claris, los destinos de Cataluña quedaron totalmente en manos de los militares franceses y del intendente Argenson. Las venganzas conseguidas por Francia con aquella hábil maniobra fueron extraordinarias, pues mediante tan atrevida operación alejó la guerra de su frontera meridional, sus ejércitos penetraron en la Península Ibérica y abrió un frente en el interior de

España, situándose delante del Ebro y del Segre, desde donde amenazó los Reinos de Aragón y Valencia. Los beneficios reportados a Cataluña se redujeron a una pretendida protección, que de momento se limitó a quedar convertida en campo de batalla de los Ejércitos españoles y franceses, y posteriormente, a la llegada a Barcelona de los generales y emisarios de Francia, los cuales empezaron los manejos para anular las mismas Instituciones que habían abierto las fronteras del Rosellón y Cataluña a los soldados de Luis XIII y transformarlas en juguete de la Cancillería Real de París.

Los ministros franceses, que no tuvieron un momento de confianza en la fidelidad de los catalanes a los pactos convenidos, estudiaron una hábil trama para hacer imposible la rectificación de aquella nueva política. Hemos podido reconstruir aquella táctica, de la que fueron artífices Plessis-Besançon, Argenson y Pedro de Marca, mediante las amplias informaciones enviadas a la Corte sobre las maneras de mixtificar la voluntad del país.

Tres fueron los medios principales de que se valieron los emisarios del Gobierno francés para sostener aquella ocupación política, a saber: suplantar la voluntad de los Consistorios de Barcelona, comprar la adhesión de una pequeña minoría y excitar el odio del pueblo catalán contra el Ejército español.

Como hemos descrito en los capítulos dedicados a narrar la oposición del país a su ocupación, el número de catalanes partidarios de Francia disminuyó de tal manera que en los últimos años, según el testimonio de Pedro de Marca, quedó reducido a unas pocas docenas, y todos ellos agitados con los bienes confiscados a los catalanes desterrados o encarcelados por desafectos. La fuerza de esta arma política nos viene señalada por la extensión que tuvieron las mencionadas confiscaciones. No podemos concretar con exactitud su volumen, pero hemos calculado que las tres cuartas partes de los bienes inmuebles del Principado fueron incautados, y la casi totalidad, exceptuando una pequeña parte entregada a franceses, distribuida entre los partidarios de Francia. En la misma forma se aplicó el sistema en el Rosellón.

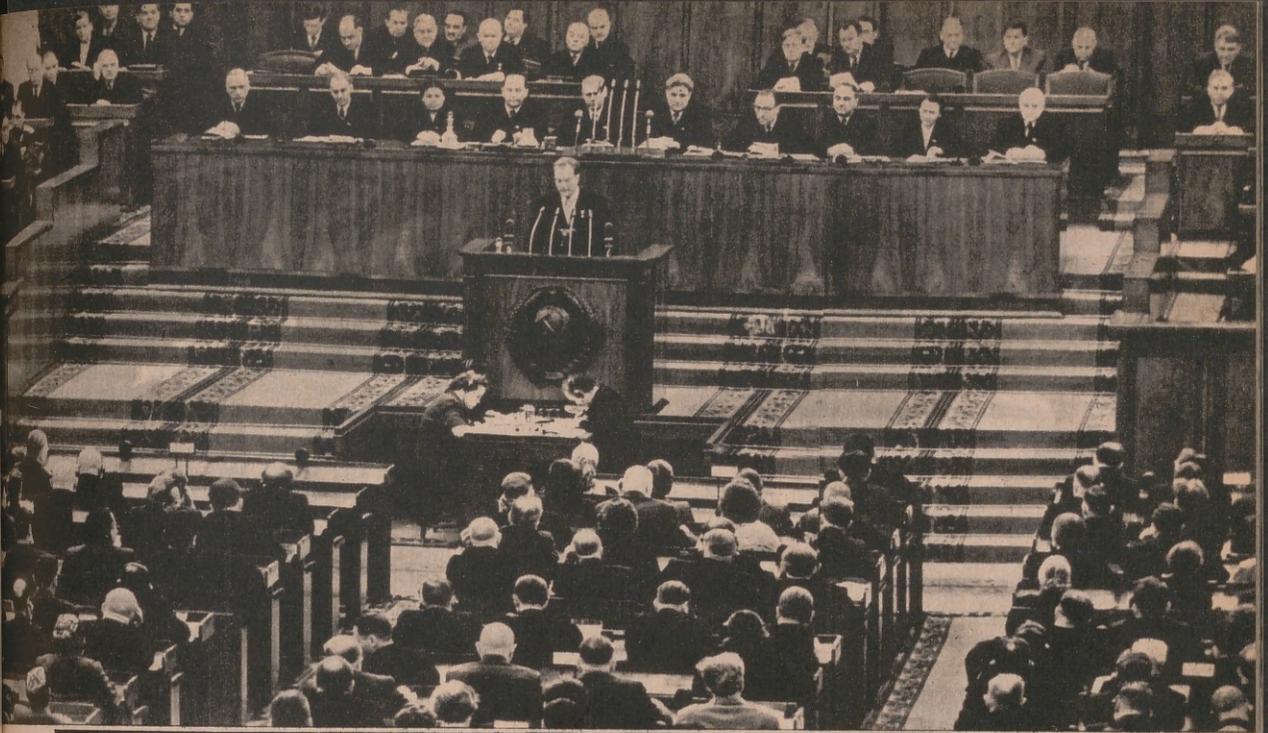
#### BALANCE ECONOMICO DE LA GUERRA

El balance económico no fué menos catastrófico que el político. La continua batalla política de Cataluña con el Gobierno central, en el decenio de 1630-1639, coincidió con otra económica; la Generalidad, la ciudad de Barcelona, los estamentos eclesiástico y noble y el país en general, se resistieron a las contribuciones por considerarlas anticonstitucionales y superiores a sus posibilidades. Esta negativa general del país a soportar dichas cargas económicas desencadenó una oleada de violencias por parte de los Tercios contra los pueblos; la inhibición, e indirecta aprobación, por parte de los más altos organismos centrales, ante las mismas, fué contestada con la fuer-

za por los campesinos, y así se llegó a la revuelta general del país, primero contra los Tercios y después contra los representantes del Rey.

Los diputados, con gran ingenuidad, creyeron en la ayuda económica de Francia, y unas semanas después de firmados los pactos pidieron al Rey de Francia un millón quinientos mil francos para organizar la defensa militar del país, petición que ni fué contestada; pero en cambio los ministros franceses solicitaron de los diputados que deberían cooperar a la paga de los soldados franceses. Durante la primavera y verano de 1641 se pudo comprobar que la intendencia y organización económica del Ejército francés funcionaba en la misma forma que la de los Tercios españoles. Los soldados eran mandados previa una paga mensual; las demás pagas unas veces no eran enviadas y otras se quedaban por el camino. Otro sistema que se hizo endémico desde el principio fué el de pagar a los soldados con la moneda desvalorizada del país, quedándose en Francia la moneda fuerte, o de oro, a beneficio de los más altos jefes militares o de los comisarios intendentes. La lectura de la abundante documentación referente a este aspecto de la guerra nos permite afirmar que durante los primeros siete años de la ocupación por Francia sus ejércitos no recibieron ni la tercera parte de sus pagas, y siempre en moneda desvalorizada, y en los cinco últimos años, 1648-1652, vivieron casi sin interrupción sobre el país, limitándose los ministros franceses a mandar alguna cantidad cuando se iniciaba la desbandada general de aquellas tropas hambrientas.

Durante el mandato de Argenson y La Mothe (1642-1644), la casi totalidad de la moneda entregada por el Gobierno francés para atender a los ejércitos situados en el Principado quedó en el sur de Francia, sustituyéndola por moneda catalana que se acuñaba clandestinamente en algunos lugares de Francia y Cataluña. El escándalo fué denunciado reiteradamente por los concejales de Barcelona, como responsables de la política monetaria del Principado, a los ministros franceses, advirtiéndoles las graves consecuencias que reportaba a la vida económica del país y a las buenas relaciones entre los soldados franceses y los paisanos. Esta invasión de moneda falsa, en sustitución de la de oro que debía fortalecerla, precipitó su desvalorización y el aumento del precio de los comestibles, dejando a los soldados sin los elementos necesarios para su sostenimiento. El Gobierno francés dio la sensación de preocuparse del problema, requiriendo a Pedro de Marca, al Virrey La Mothe y a otros para que estudiaran el asunto e informaran ampliamente sobre el caso. Finalmente, al ser relevado de su cargo de Virrey el mariscal La Mothe, a finales de 1644, fueron detenidos los altos funcionarios de la intendencia, acusados de haber sustraído a su utilidad las monedas destinadas al pago del Ejército.



Una vista de la sala durante una de las últimas reuniones del Soviet Supremo, celebradas en el actual mes de febrero

CUATRO micrófonos negros delante de su mesa. Durante dos horas, el ministro ruso de Asuntos Exteriores, Dimitri Chepilov, presentó su informe sobre la situación internacional y ofreció las soluciones a los problemas. Era, en cierto modo, una nueva ofensiva sobre la misma historia: aplicar la política de no intervención en el Oriente Medio; renunciar a la organización de bloques militares; liquidar las bases militares y retirar las tropas; renunciar, en fin, a proporcionar armas a los países del Oriente Medio...

Las dos Cámaras del Soviet Supremo, el Consejo de la Unión y la Cámara de Nacionalidades, casi millar y medio de hombres, entre los que sobresalían las imponentes miradas, las ropas vistosas y exóticas de las lejanas tierras del interior del Asia rusa, cerraron con un cálido aplauso el discurso. Todo parecía indicar que los diputados daban su beneplácito al programa. El gigante Chepilov, un metro noventa de altura, grueso y canoso, vestido con un traje azul, bajaba los escalones de la tribuna. Antes de llegar a su puesto se comenzaba un severo análisis de la «línea económica». Era el día 12 de febrero.

Dos días más tarde, el Comité Central del partido comunista tomaba dos decisiones: cambio radical en la estructura de la economía soviética y reemplazamiento del ministro de Asuntos Exteriores.

**UN DEBATE EN EL MAYOR SECRETO: EL DEL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA RUSO**

Inmediatamente después de las

Malenkov escucha atentamente las consideraciones que le hace Malik, probable sustituto de Gromyko en la Embajada de Londres

## DEBATE MUY SECRETO EN EL COMITE CENTRAL DEL P. C.

### GROMIKO, DEL CLAN MOLOTOV

### MALENKOV DICE: "ACONTECIMIENTOS EN LA PRIMAVERA"



sesiones de los días 11 y 12 de febrero el Soviet Supremo, el Comité Central del Partido se reunió en el mayor secreto. Mientras los 1.331 diputados daban por terminados los actos del día, los «hombres claves» comenzaban, por su cuenta, el análisis de la situación. Durante más de diez horas—según el informe de un periodista inglés que recibió la información en la mayor reserva—el pugilato de los grupos en oposición no llegó a un acuerdo. Dos grandes problemas, pero que cada uno afectaba personalmente a varios de los miembros del Comité Central, aparecían como sucesos decisivos: el problema económico y la situación internacional.

De acuerdo con la estructura del régimen soviético, el motor político del P. O. es el organismo—Comité Central, se entiende—encargado de plantear los nuevos objetivos que, a su vez serán encargados de desarrollar el aparato estatal y gubernamental.

Cuando al final se disolvió la reunión secreta, dos acuerdos habían sido tomados. Un comunicado oficial informaba que el Gobierno soviético estaba dispuesto a organizar la economía sobre una nueva estructura fundada sobre el «principio territorial». Este principio no es otro que comenzar la lucha contra la burocracia comunista a quien se hacía responsable del fracaso del funcionamiento del Plan Quinquenal en el año 1956. Las cosas han llegado a tal gravedad, que por primera vez después de una discusión borrascosa, el Comité Central presentará al Soviet Supremo un plan de reorganización que pone en equilibrio la «planificación científica» con «determinadas ampliaciones del espíritu de iniciativa de los propios centros productores». En el Comité Central, los ortodoxos de la línea «Saburov» llegaron a hablar, en ese momento, de que era una «resolución capitalista».

Pero la lucha de los grupos, la interna y secreta lucha de los grupos, se iba a mostrar de manera clara en el examen de la situación internacional. Un breve comunicado daba la noticia: «Dimitri Chepilov será sustituido en el ministerio de Asuntos Exteriores por Andrei A. Gromyko...»

#### CUATRO HOMBRES A LO LARGO DE VEINTIOCHO AÑOS

La noticia era sensacional, sobre todo para los «inocentes» diputados del Soviet Supremo, que a lo largo de veintiocho años no habían visto en ese puesto nada más que cuatro caras: de 1929 a 1939, la de Litvinov, que «dimitió» el 3 de mayo de ese año. Llegaba, detrás de él, un hombre imparable, Molotov. Su aparición en la escena política significó un cambio sensacional: la firma del pacto rusoalemán. Ribbentrop en persona lo firmaba, en uniforme nazi de gala, en el mes de agosto.

Molotov permaneció en ese puesto, sin interrupción, durante diez años. En 1949 le sucedió, provisionalmente, Vichinsky, el famoso procurador de los juicios de Moscú. Aquellos juicios que dejaban al mundo sorprendido

con las declaraciones espontáneas. Aquellas declaraciones que Krustchev se encargó más tarde de explicar.

Vichinsky continuó en ese puesto hasta marzo de 1953, es decir, un mes después de la muerte de Stalin. La lucha por el Poder volvió a situar en cabeza a Molotov, que automáticamente se incorpora otra vez al viejo puesto. Permanece en él de manera poco atrosa viendo cómo se realiza, ante sus ojos, la transformación «krutscheviana» de la política exterior. Como de costumbre es la lucha por el poder quien decide: en junio de 1956, Krustchev se considera lo suficientemente fuerte para derribar, sin más problemas, al «staliniano» de Asuntos Exteriores. Tras él viene Dimitri Chepilov, redactor jefe de «Pravda», Veintiocho años de terribles luchas, de dramáticas depuraciones, pero sólo esas cuatro caras. ¿Quién iba a pensar que Chepilov estaría sólo unos meses? La explicación es bien sencilla: el período de Stalin, dentro del terror, es el Poder constituido. La fase que sucede a su muerte es idéntica a la ocurrida a raíz de la grave enfermedad inicial y la muerte de Lenin. Un período de luchas internas, algunas impresionantemente dramáticas. Esta es salvando las diferencias que el tiempo ha impuesto al aparato político y mental de los hombres, la significación de cada movimiento de hoy. El comunismo, por su peculiar estructura política, no puede gobernar de otra forma que como lo hizo hasta el presente. Ese es su dilema.

#### LA CAIDA DE CHEPILOV ES PARTE INDUDABLE DE LA LUCHA POR EL PODER

Dimitri Chepilov ha nacido en Krasnodar hace cincuenta años. Era un hombre oscuro. Mirando hacia atrás apenas se vislumbra su paso. En 1930 publica un libro: «El alcoholismo y el crimen». Este gigante tiene fama de hombre sobrio. Cuando habla de ello, protesta:

—Tengo una úlcera de estómago.

Cuando llega el año 1938 es ingeniero agrónomo y es acusado de «desviacionismo», mala planta que lleva a otros a la horca. El se arregla con dos años de prisión. Durante la guerra surge la chispa: la estrella. Trabaja en Ucrania de instructor político. Pero da la casualidad que allí está Krustchev. Pasa inmediatamente a los altos puestos. En 1952 el teórico se convierte en redactor jefe de «Pravda». Un hombre está siempre detrás: Krustchev, el mismo hombre que acusaría a Stalin de haberle hecho bailar delante de los invitados, un baile ucraniano para el que se necesita la más viva ligereza. Una burla sangrienta.

#### NACE Y FRACASA UNA POLITICA EXTERIOR: LA DE KRUSCHEV

Nunca, durante el período leninista y staliniano, habían sido olvidados los caminos orientales. Lenin decía que Pekín era la ruta de la revolución mundial. Stalin tampoco lo olvidó, pero es Krustchev quien va a dedicar todas sus

energías a un terreno, a un área principal: el Oriente Medio. Toda la carne en el asador ahí. ¿Necesita un éxito decisivo? Nadie lo sabrá. El caso es que, en 1955, un periodista ruso, redactor jefe de «Pravda», llega a El Cairo. Es un viaje de intento de sugestión, de contacto. Un año después, justamente en junio, Chepilov regresaba al Oriente Medio como ministro de Asuntos Exteriores. Mientras tanto se había ofrecido la cabeza de Molotov, el enemigo directo de Tito, como homenaje simbólico al yugoslavo, que en ese año se asomaba a Moscú. Kruschev mataba, entonces, dos pájaros de un tiro: por un lado el viejo estaliniano, Molotov, era barrido. Por el otro comenzaba una nueva política internacional. Y las cosas parecían ir rápidas: el 16 desembarcaba en El Cairo con su hija. El 22 aterrizaba en Damasco. El 25 volaba a Beyruth como «fiel amigo de los árabes». A fin de junio de 1956, Nikita Kruschev concedía una entrevista a un periódico egipcio. «una guerra israeloárabe ocasionaría la tercera guerra mundial. Todo corre a favor de una amistad rusoárabe...»

Quieren dar a entender que los cimientos estaban echados. La lucha por el Poder, detenida por un breve momento.

#### LAS DIFICULTADES DE EUROPA Y EL FRACASO EN EL ORIENTE MEDIO

En el entretanto, ocurren muchas cosas. La más importante para Rusia y, sin comparación, para el mundo—puesto que marca un jalón nuevo en la historia contemporánea—es el levantamiento de Hungría. En ese momento, sin más explicaciones, el comunismo soviético vuelve a producirse como se produjo durante la época staliniana: por la represión. Pero viene ésta a subrayar, precisamente, la debilidad de los dos años anteriores: el fracaso, en fin, de la política del primer secretario del partido comunista ruso: Nikita Kruschev.

La intervención francoinglesa en el Canal de Suez da un leve respiro a la propaganda soviética. Se aferran a esa campaña, pero nada de ello cambia el problema: aparece el nacionalcomunismo—otro gran peligro—en Polonia. El propio Kruschev, en persona, acude a Varsovia. Durante más de diez minutos es necesario mantenerse en el aeródromo, porque su furia contra los comunistas polacos es tan absoluta que llega al paroxismo. Sólo después de una leve pausa consigue oír a Gomułka.

A continuación se produce la Doctrina Eisenhower para el Oriente Medio. La situación varía a ojos vistos. La plataforma de agitación encuentra, cada día, más reducida el área de penetración. El viaje a Washington del Rey Saud y de otros grandes dignatarios árabes es un jarro de agua fría, pero lo es más, naturalmente, el brusco cambio presentado en el interior de los países árabes. La «Doctrina» se abre camino. La ayuda económica ofrecida por el Gobierno americano es votada por el Congreso. Esta acción estratégica ejerce también su enorme atracción.

Al mes justo de la formulación

de «Doctrina Eisenhower» se ha hundido la política árabe de Chepilov en el Oriente Medio. Pero al tiempo se ha hundido también la política continental de Kruschchev; Hungría, prácticamente en pie de guerra. Los satélites, agitados. Yugoslavia, indecisa primero, pero dando marcha atrás hacia un «stalinismo privado» que lleva a la cárcel por dos años a Milovan Djilas, el «Delfín» y heredero de Tito. Causas: la publicación de un artículo de Djilas en el que afirma que los nacionalcomunismos no hacen otra cosa que precipitar el acontecimiento final: la derrota inevitable del comunismo, que los obreros húngaros han puesto en marcha.

### GROMYKO; MR. «VETO» LE APELLIDARON LOS AMERICANOS

El Presidente Truman dice que en 1943, cuando llegó a los Estados Unidos Andrei Gromyko no hablaba inglés. No obstante, al día siguiente era capaz de decir lo siguiente: «No estoy de acuerdo». Sea verdad o mentira, la anécdota quiere revelar al hombre. Durante los tres años que permaneció en la O. N. U., es decir, de 1946 a 1949, formuló veintiséis «vetos», o lo que es lo mismo: un record que nadie todavía ha podido eclipsar.

### UN TÉCNICO AL SERVICIO DE MOLOTOV

Gromyko nació el 18 de julio de 1909. Sus padres eran campesinos de un pueblito cerca de Minsk. De los dos, era la madre quien trabajaba en una granja colectiva. El niño acudió a la escuela pública y pasó después al Instituto de Ciencias Económicas de Moscú, donde su trabajo silencioso y hermético llegó a conocimiento de Zdanov, muy poderoso, que le ayuda a salir adelante. A los treinta años ingresa como funcionario en el ministerio de Asuntos Exteriores. Desde ese momento Gromyko y Molotov trabajan juntos. El nuevo técnico es acoplado a las secciones occidentales, fundamentalmente a la norteamericana. Un año después es como agregado a Washington y en 1934 sucede a Litvinof como embajador.

Solitario y hosco, casi inaccesible, el carácter de Gromyko se convierte en un mito: el del «mon». Un día un periodista le detiene: «¿Por qué tiene usted ese carácter?»

—Porque no se mentir—le responde ásperamente.

En la O. N. U. sus intervenciones son brutales. Por los paillos corre una noticia:

—¿Sabes lo que significa «grom» en ruso?

—¿Qué?

—El trueno.

La gente ríe silenciosamente la broma mientras mister Veto se pronuncia en contra.

En resumen: al Ministerio va un técnico. Frente al teórico de las ideas generales un hombre del estilo de Molotov de objetivos limitados y estrechos, pero defendidos con una estolidez rayana en lo desconcertante. Ese ha sido el sistema y el triunfo de Molotov y su política durante mucho tiempo. Cuando Chepilov incorpora

ideas generales, política de largo alcance y a niveles ostensibles, los políticos occidentales ganan la batalla

### LA SIGNIFICACION INTERNACIONAL DE GROMYKO

Todo cuanto se diga de la política rusa peca o puede pecar de ingenio. El hecho cierto es que, por encima de esa realidad, hay una serie de síntomas que pertenecen a los caracteres generales y por ellos cabe fiarse.

Gromyko representa, ante todo, una línea de conducta: la de Molotov. Una manera política: la del período staliniano. ¿Es esto la señal del porvenir? Los caracteres generales invitan a pensar que, en principio, Molotov gana puestos sobre Kruschchev y que esta victoria de la posición del antiguo ministro del Interior radica en el fracaso de la política contraria.

Es evidente que la lucha por el Poder continúa notoriamente clara. En el terreno de la economía, un teórico de la materia, Saburov, es sustituido por un realizador práctico: Pervukine. En la política internacional ocurre lo mismo.

Ahora bien, es seguro que estamos de cara a un cambio en la táctica rusa. Gromyko es un «entendido» en cuestiones occidentales. Lleva años dedicado a la observación y dirección del Departamento americano y conoce bastante bien, por sus contactos, conferencias y viajes, Inglaterra y Norteamérica. Parece, pues, que sea Occidente el punto de partida. De buscar frentes lejanos se volverá a hacer sentir la presencia de la diplomacia rusa en «la propia casa». Alemania, fundamentalmente, será piedra de choque. Americanos e ingleses están de acuerdo en considerar esa posibilidad como más grave que la del Oriente Medio.

Pero para que le sea posible realizar movimientos estratégicos y políticos sobre Europa necesita Gromyko, imperiosamente, la «paz» en la Europa ocupada. Este es, pues, otro cantar. El cantar de la lucha por el poder y los cauces por donde éste se dirija.

En el primer round el derrotado ha sido, claramente, Nikita Kruschchev. ¿Hasta dónde puede éste resistir a la oleada de los «viejos» que llega acompañada de los «jóvenes»?

Una cosa no menos interesante será saber hasta qué grado un relativamente nuevo como Pervukin (1904) serán absolutamente fieles a Molotov y sus hombres. Molotov es del siglo pasado: nació en 1890. Parece cierto que Gromyko recuerda a su maestro Testarudez, obstinación, brutalidad si es necesario y dedicación completa. Grupo, en fin, cuyas características le hacen terriblemente peligroso a la hora de la disputa interna precisamente por eso, por la solidez.

### LAS DECLARACIONES DE MALENKOV: «¿QUE PASARA EN LA PRIMAVERA?»

No ocurre ahora como en tiempos de Stalin. En aquella época los disturbios internos se presentaban con cierta claridad, aunque

se buscara, posteriormente, el enmascaramiento de la verdad. De esa forma, y por ese camino, se llegó a los grandes procesos, a las depuraciones colectivas. El poder de Stalin echaba sobre la balanza un peso concluyente. En este caso los movimientos son más lentos, pero todos hacia un fin. Negarlo sería equivocarse completamente. Estos se producirán o no, pero el hecho inequívoco es su gestación.

Uno de los hombres que vuelven a tener una preponderancia indiscutible es Malenkov, el hombre que fuera, inicialmente, el heredero de Stalin. Precisamente en estos momentos acaba de conceder una entrevista al enviado especial de la revista italiana «Oggi». Algunas de sus declaraciones son sorprendentes.

Veamos determinados puntos. «Grandes cambios ocurrirán en Rusia en la próxima primavera...»

Misteriosa declaración que es la primera que hace Malenkov desde aquella dramática renuncia al poder. Precisamente al aludir a ello, Malenkov añade:

—Era todavía muy joven para asumir las cargas que debía llevar a la muerte de Stalin...

Mirando a su sentido oculto. Malenkov da la impresión de que es, justamente ahora, cuando se encuentra ya en posesión de la experiencia necesaria...

La cosa es mucho más directa todavía cuando alude a Stalin: «Es mentira que Stalin destruyese las personalidades que le rodeaban. Lo que ocurre es que estaba solo y esta soledad le dejaba, alguna vez, desorientado delante de los hombres y de los acontecimientos. Pero yo no le tenía ningún temor y es esta la razón por que él se confiaba a mí.»

Esta profesión de fe estaliniana, muy diplomática, pero contundente, va directamente contra un hombre: Kruschchev. El fué quien hizo público el universal miedo que pasaron los comunistas rusos. Esta claro, pues, que los peones se van moviendo lentamente, pero firmemente. Hay que saber sólo la capacidad inmediata de reacción que el queda aun a Kruschchev que aparece como el gran perjudicado en las últimas maniobras internas. Si tiene capacidad de reacción se verá inmediatamente. Desde luego, antes de la primavera «malenkoviana»... De todas maneras no vemos ninguna base para que se piense en una debilitación del peligro soviético. Esto no puede eludirlo nadie.



Hombres y mujeres de todos los tipos y razas, asisten a las reuniones del Soviet Supremo. Las expresiones varían desde el escepticismo a la indiferencia

# EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150



He aquí los hombres del último relevo. A la izquierda: Gromyko, en el instante de abandonar Londres camino de Moscú. A la derecha: Una característica actitud de Chepilov

**ERATE MUY SECRETO EN EL COMITE CENTRAL DEL P.**

**GROMYKO, DEL CLAN DE MOLOTOV**

**ALENKOV DICE: "ACONTECIMIENTOS EN LA PRIMAVERA"**